



Z. 466



Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Otoño 1988

33

II Epoca

ESTADOS UNIDOS
EN ESPAÑA

Manuel Azcárate

POSICION INTERNACIONAL
DE ESPAÑA

Roberto Mesa

FUERZA Y DEBILIDAD
DEL FRENTE POPULAR

Santos Juliá

TOTALITARISMO
Y MODERNIDAD

Luciano Pellicani

¿ES EXPORTABLE
EL MODELO AMERICANO?

Norman Birnbaum

LA TRANSICION
EN CHILE

Manuel A. Garretón

LA CRISIS DEL
SISTEMA SOVIETICO

Ferenc Feher

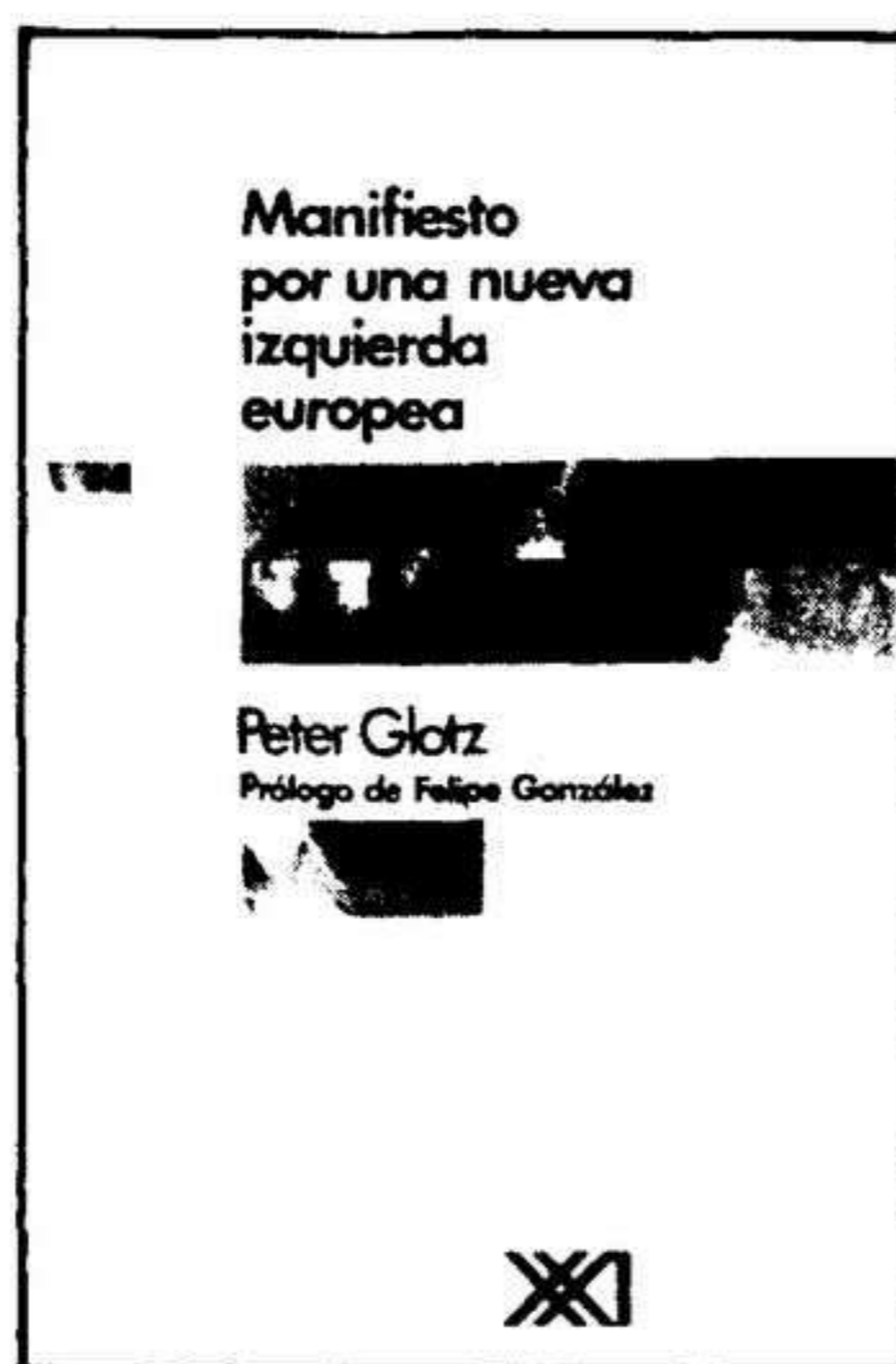
MARXISMO
Y SOCIALISMO

A. Sánchez Vázquez

E D I T O R I A L

FABIO IGLESIAS


Siglo veintiuno
de España
Editores, sa



MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA

Peter Glotz

Prólogo de Felipe González

91 págs.

540 ptas. (IVA)

«Este *Manifiesto* es un folleto publicístico que entronca bien con la vieja tradición de la agitación (de ideas) de la izquierda. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras largos años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años setenta, precisamente cuando se nos hacía creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda en todo el mundo. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como éste las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real. Y reconquistar la calle.»

FELIPE GONZALEZ

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



Leviatán

Revista de hechos e ideas



ACTUALIDAD

La percepción española de los Estados Unidos. Manuel Azcárate	5
¿Se puede exportar el modelo americano? Norman Birnbaum	19
La posición internacional de España. Entre el centro y la periferia. Roberto Mesa	33
Chile: el plebiscito y la transición. Manuel Antonio Garretón	41

ANÁLISIS Y DEBATE

Fuerza y debilidad del Frente popular en la guerra civil. Santos Juliá	53
La reacción totalitaria contra la modernidad. Luciano Pellicani	73
Marxismo y socialismo, hoy. Adolfo Sánchez Vázquez	83
La crisis del sistema soviético en la época de Gorbachov. Ferenc Feher	97
Radicalismo, peronismo y socialdemocracia. Juan Carlos Rubinstein	115

LIBROS

Miguel Porta Perales, Juan Antonio Matesanz, Jacinto Luis Guereña	135
--	-----

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Comité de Dirección:

Antonio G. Santesmases
Ludolfo Paramio
M. Reyes Mate
Ramón Vargas-Machuca
Julio R. Aramberry
Santiago Roldán
Miguel Satrústegui

Comité Asesor:

Pedro Altares
Joaquín Arango
Carlos Barral
Carlota Bustelo
J. María Castellet
Fernando Claudín
Elías Díaz
M.A. Fernández Ordóñez
X. Rubert de Ventós
F. Fernández Santos
Salvador Giner
Enrique Gomáriz
J.A. González Casanova
E. Haro Tecglen
Francisco Laporta
Marta Mata
J. Martínez Reverte

Secretaria de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010 Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 466-1978. I.S.S.N.: 0210-6337.

Distribuye: Siglo XXI de España, S.A. - C/. Plaza, 5 - 28043 Madrid.

Realización Gráfica: Carácter, S.A. - C/. Fernández de la Hoz, 60 - 28010 Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.



ACTUALIDAD

1

LA PERCEPCION ESPAÑOLA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Manuel AZCARATE

¿Cómo vemos los españoles a esa gran nación que desempeña hoy un papel tan esencial en la escena mundial y con la que estamos asociados por estrechos lazos, tanto multilaterales, en la OTAN, como bilaterales mediante convenio sobre bases militares y otros aspectos?

I.

Para que se pueda seguir mejor mi exposición adelantaré mi tesis principal: las relaciones de España y Estados Unidos han sido sumamente conflictivas. En el siglo XIX, los españoles hemos percibido a Estados Unidos casi como un país enemigo. Hay que mirar de cara a esa realidad histórica. Ahora bien, esa percepción negativa que los españoles —globalmente— hemos tenido de Esta-

dos Unidos, hay que encuadrarla en dos binomios contradictorios:

a) La diferencia entre los sectores democráticos, progresistas, liberales (en el sentido del siglo XIX) de la sociedad española, con una opinión mucho más favorable de Estados Unidos, y los sectores conservadores, reaccionarios, católicos, cuya percepción ha sido en principio mucho más negativa.

b) La diferencia entre la opinión sobre

Estados Unidos en tanto que Estado, política —en general muy negativa— y la opinión sobre la sociedad, la cultura, los ciudadanos norteamericanos, mucho más favorable.

Veremos cómo estas dos parejas de contradicciones se matizan entre sí, se relacionan, incluso se invierten. Si a partir de ahora se van tejiendo —y ojalá sea así— relaciones amistosas entre España y Estados Unidos, será en realidad la primera vez que ello ocurra en la historia.

II.

La independencia de Estados Unidos ha sido apoyada por España, sobre todo a causa de la hostilidad con Inglaterra. El conde de Floridablanca, entonces embajador en París, se entrevistó en 1783 con Benjamín Franklin y con Lee, primeros enviados de los recién nacidos Estados Unidos. Incluso Lee estuvo en Madrid para concertar las formas de la operación. Con esa política, España ayuda a crear un foco de independencia en América que luego estimulará las guerras de liberación que irán poniendo fin al colonialismo español. Fue un hecho histórico progresivo. Nosotros saludamos la independencia de las naciones latinoamericanas.

Más para comprender la percepción española de Estados Unidos hace falta tener en cuenta que, durante el siglo XIX, España, como Estado en guerra para conservar sus colonias, tuvo en Estados Unidos a un verdadero enemigo, que fomentaba y ayudaba a las guerras de las naciones latinoamericanas. La doctrina Monroe —América para los americanos— proclamada en 1822, está dirigida en gran medida contra España. Ese enfrentamiento, más o menos duro según los momentos, se prolonga durante décadas, un siglo, y desemboca, como sabemos, en la guerra de 1898. Este factor de «tiempo prolongado» hay

Si a partir de ahora se van tejiendo relaciones amistosas entre España y Estados Unidos, será la primera vez que ello ocurra en la historia.

que tenerlo en cuenta, porque un conflicto puntual se esfuma, se olvida mucho mejor que una situación de constante enfrentamiento que, al alargarse, parece corresponder a causas permanentes.

III.

Es lógico que esa situación de conflicto entre los Estados haya producido una revisión sumamente negativa de la mayoría de los españoles sobre EE UU en el siglo XIX. Pero aquí es donde se produce una primera ruptura importante en esa percepción española «global». Para una minoría de españoles, EE UU aparece como la representación de una serie de valores fundamentales de democracia, independencia de los pueblos, tolerancia religiosa.

No subestimemos esa minoría. Para comprender el hoy y el mañana de España, es importante no sólo estudiar, en el siglo XIX, la monarquía, la Iglesia, el ejército, las guerras carlistas. Hay que estudiar esas minorías esclarecidas —las grandes olvidadas aún hoy en la cultura dominante— que han abonado espiritualmente el suelo de la España contemporánea. En esas minorías estaban los amigos y admiradores de EE UU en el siglo XIX.

En particular la Institución Libre de Enseñanza, que fue mucho más que una escuela o un centro de pedagogía moderna: un amplio movimiento de renovación intelectual y moral, de lucha contra el in-

tegrismo católico que aplastaba a España, cuyas derivaciones fueron fundamentales en las corrientes progresistas del siglo XX y concretamente en la Segunda República española de 1931.

Un caso singular de impacto de la cultura norteamericana sobre España es el movimiento abolicionista para suprimir la esclavitud en las colonias. Lo inicia en 1860 un portorriqueño que había vivido en EE UU, Julio Vizcarrondo.

En 1864 se crea la primera Liga Abolicionista encabezada por el Marqués de Albaida, fundador del partido republicano. Se adhieren Juan Valera, Fermín Caballero, Galdós, todas las que serán luego grandes figuras del progresismo y del republicanismo: Nicolás María Rivero, Castelar, Olózaga, incluso Sagasta. A la vez surge la Sociedad Abolicionista de señoras, apoyada por Concepción Arenal. Con el viraje reaccionario de 1866, la Liga es disuelta, pero reaparece en 1868, con el triunfo de la revolución, con nuevas incorporaciones como las de Canalejas, Salmerón, Gumersindo de Azcárate, Giner de los Ríos, Rafael Labra, Fernando de Castro (que la preside), es decir las mismas personas que poco después van a crear la Institución Libre de Enseñanza.

Existe una relación íntima entre este movimiento y la guerra de EE UU; el triunfo del Norte sobre el Sur, partidario de conservar la esclavitud, se produce en

***Un caso singular de
impacto de la cultura
norteamericana sobre
España es el movimiento
abolicionista para
suprimir la esclavitud en
las colonias.***

1885. Lo que a esas minorías españolas les entusiasma de Estados Unidos en su régimen político y jurídico: República, democracia, tolerancia religiosa, respeto a la ley, igualitarismo social, ausencia de aristocracia, costumbres sociales más llanas... Lo explican bastante bien algunos libros o ensayos que se publican entonces, escritos por figuras de la Institución, sobre la realidad norteamericana.

Citaré el libro de Gumersindo Azcárate, *La república norteamericana*, de 1891, que es una presentación sumamente elogiosa de las instituciones políticas de Estados Unidos, si bien critica duramente la corrupción que predomina en el sistema de partidos y los efectos negativos de la «politización de los cargos administrativos...» En cambio, valora el papel de la «opinión pública, en ninguna parte tan poderosa». «Esa opinión pública —dice— tomada en conjunto, es recta y sana». (p. 55). Subraya su admiración por la tolerancia religiosa: «La separación de la Iglesia y el Estado es cosa indiscutible para todos los norteamericanos, cualquiera que sea su creencia, y no estiman que dañe a la religión nacional». (p. 75). Destaca el papel de la mujer norteamericana de modo muy positivo: «En Europa el hombre habla a la mujer mirándola como de arriba abajo y suponiéndola casi siempre inferior: esto no pasa en Estados Unidos. A los americanos que viajan por Europa causa repugnancia ver a las mujeres ocupadas en trabajos como el de las minas, por ejemplo...». «No hay país que deba tanto a las mujeres: les debe el norteamericano lo mejor de sus instituciones sociales y lo mejor de las reglas de conducta que rigen la vida». (p. 83).

Otro texto interesante que refleja los sentimientos en los círculos intelectuales progresistas hacia Estados Unidos es la conferencia de otro institucionalista, Labra, sobre Abraham Lincoln, en el Fomento de las Artes de Madrid, el 15 de febrero

de 1882: es un canto, lleno de exaltación romántica, hacia la personalidad de Lincoln, pero que sirve para poner de relieve las virtudes de civismo y democracia de la república norteamericana.

En un campo específico, el de la enseñanza, merece ser resaltada la actitud del principal fundador de la Institución, Francisco Giner de los Ríos. El mismo se cuidaba de traducir o resumir, en el Boletín de la Institución, el famoso *Report* del Comisario de Educación de Estados Unidos, verdadero compendio del estado de la enseñanza en el mundo. Agrega breves notas en las que resalta los logros de la enseñanza en Estados Unidos. Un aspecto sorprendente —y que lleva al máximo la contradicción entre diversas percepciones españolas— es que siguen figurando notas elogiosas en los informes de los años posteriores a la derrota de España en la guerra de 1898, cuando Cuba, Puerto Rico y Filipinas estaban ocupados por los norteamericanos. Giner destaca el aumento del número de maestros y niños escolarizados, elogia la nueva organización de la Universidad de La Habana, etc. Todo ello figura en el tomo XX de sus *Obras Completas*.

Eran actitudes muy minoritarias. El grueso de las clases dirigentes españolas, la cultura hegemónica, toda la derecha, eran enemigas de Estados Unidos por el problema colonial y por ideología, porque era un país democrático y tolerante.

IV.

La guerra de 1898 no se puede pasar por alto, aunque de ella nos separen noventa años. Salvo el caso de Marruecos, Estados Unidos es el único país con el que España ha estado en guerra desde hace siglo y medio, desde la invasión de la Santa Alianza en 1830, que casi no fue una guerra.

Salvo Marruecos, Estados Unidos es el único país con el que España ha estado en guerra desde hace siglo y medio.

La conducta del gobierno norteamericano, con actos tan horribles como la provocación de la explosión del «Maine», encendieron sentimientos antiamericanos en amplias capas de la población. Hubo manifestaciones en las calles de muchas provincias, si bien la derrota rapidísima sufrida por España causó un abatimiento, una reacción de escepticismo y pesimismo general.

Pero la guerra de 1898 debe ser examinada desde otro ángulo. Durante la segunda mitad del siglo XIX, un sector político español —más amplio que las minorías a las que nos hemos referido más arriba— preconizó una política flexible, liberal, en relación con Cuba, y la concesión a Cuba de niveles crecientes de autonomía. Cuando estalla la guerra de 1899, en el gobierno liberal presidido por Sagasta había partidarios de conceder a Cuba la máxima autonomía antes de ir a la guerra con Estados Unidos.

El presidente Mc Kinley declara la guerra cuando se apuntan claras posibilidades de que en España se impongan las tendencias dispuestas a las máximas concesiones. Pero a todas luces es lo que no quería Estados Unidos. No le interesaba la independencia de Cuba, sino una guerra gracias a la cual pudiese someter a Cuba —como luego se ha visto— a diversas formas de tutelaje, y apoderarse de otras colonias españolas como Puerto Rico y Filipinas, en este último caso a costa de

Estados Unidos demostró en la guerra de 1898 que se había convertido en una potencia imperialista lanzada a conquistar y dominar otros pueblos.

una dura guerra, no ya contra España, sino contra los filipinos en lucha por su independencia.

Ello acrecentó los sentimientos antiamericanos incluso en sectores de América Latina que habían luchado contra el colonialismo español. Es significativa la afirmación del gran poeta nicaragüense Rubén Darío: «No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata».

En realidad, Estados Unidos demostró en esa guerra que se había convertido en una potencia imperialista lanzada a conquistar y dominar otros pueblos. A realizar una política que pisoteaba los principios que están en la base misma del nacimiento de la nación norteamericana.

La situación para los que habían defendido en España, frente al absolutismo y al integrismo católico, los valores de la democracia norteamericana, no era nada cómoda. Sin embargo, conviene recordar que, en el debate en las Cortes de septiembre de 1898, una vez derrotada España, la minoría republicana, con Salmerón, Azcárate, Sol y Ortega, presentó una moción en la que se dice: «El gobierno pudo evitar la guerra con Estados Unidos y no acertó a evitarla».

En el entorno de esa guerra quiero resaltar un rasgo que luego se ha prolongado décadas: Estados Unidos ignora totalmente la realidad de España. Son dramá-

ticos los esfuerzos del ministro de Estados Unidos en Madrid en 1898, el general Stewart Woodford —que había logrado establecer relaciones serias con políticos españoles— por lograr que se le den plazos para seguir negociando. Choca con un gobierno y un presidente que no saben nada de España, ni les interesa. Saben que son más fuertes y quieren ganar.

Esa actitud se ajustaba en cierto modo a las concepciones que sobre Estados Unidos tenían los conservadores españoles, enemigos de Estados Unidos por principio, porque era un país democrático y tolerante, cosa que ofendía a la ley de Dios. Eran superbelicistas. A Sagasta le culpaban de no haber aplicado contra los cubanos una represión más dura y de no haber actuado con mayor energía contra Estados Unidos. El general Weyler, destituido como jefe supremo en Cuba por el gobierno liberal a causa de la bestial represión que había aplicado, preconizó que España desembarcase tropas en Estados Unidos para así obtener la victoria. Todo ese belicismo se esfumó con el desastre.

V.

De todos modos, el impacto de la derrota conduce a un retorno de los conservadores al gobierno. Todo el sistema de partidos hace crisis. Las posiciones se radicalizan. La política española se pone en marcha hacia la dictadura de Primo de Rivera y luego la República de 1931.

Pero lo importante es el impacto en la conciencia nacional, en la cultura: el rasgo dominante no es de odio o recriminación hacia «el enemigo victorioso» (como *le boche* en Francia después de la derrota de 1871) sino la crítica contra nosotros mismos. La guerra ha demostrado sobre todo la necesidad de cambiar España. Los males de España, «el problema de Espa-

ña», son los temas del día. Ello se expresa en dos sentidos principales:

a) El regeneracionismo, con Matías Picavea y Joaquín Costa, en lo social y político.

b) La amplia y compleja corriente literaria y cultural que se conoce como *generación del 98*. Se quiere olvidar la guerra y olvidar a Estados Unidos.

Unamuno escribe que la mayoría de los españoles estaban mucho más preocupados por el problema del pan de cada día que por el desastre de la flota en Santiago de Cuba.

Ello se asocia con el inicio de la tendencia hacia la «europeización de España»: dejémonos de colonias —aunque la tendencia colonialista hacia Africa perdurará mucho—; busquemos un puesto en Europa, que es después de todo el foco de la civilización en el mundo.

VI.

Se inicia con el siglo lo que el escritor norteamericano Arthur P. Whitaker llama «un tercio de siglo de olvido» (*Spain and the Defense of the West*, 1961, Harper Brothers, p. 394). De hecho, Estados Unidos se olvidó de España hasta la guerra civil de 1936. ¿Se puede decir lo mismo de España?

España queda al margen de ese contacto nuevo que se establece entre Estados Unidos y Europa después de la guerra mundial, que termina con los *boys* norteamericanos combatiendo al lado de los franceses e ingleses para derrotar a Alemania.

En cambio, llega a los españoles esa ola de entusiasmo y admiración por lo norteamericano que se extiende por la política y cultura europeas. En ello desempeña un

papel decisivo el cine, en una proporción aplastante producido en Estados Unidos y que muestra la vida en aquel país.

Se inicia el fenómeno, que perdura hoy potenciando por la televisión, cuyo impacto es difícil medir: el mundo de la imagen es sobre todo el mundo norteamericano. Es un mundo artificial, pero que parece real, y que es muy superior a «nuestro» mundo.

Los norteamericanos aparecen más jóvenes, más ricos, más fuertes, más eficaces. El *american way of life* empieza a ser una especie de ideal hacia el que aspiran los europeos de manera metapolítica y metaideológica. Simplemente viven mejor; saben arreglarse mejor en este mundo para pasarlo bien.

La primera guerra deja unas terribles huellas de amargura y pesimismo entre los europeos. Millones de muertos entre nosotros, y los problemas sin resolver. Frente a esa Europa avejentada y amarga, los Estados Unidos se rodean de un prestigio de «pueblo joven» con sentido práctico, descargado de ideologías paralizantes.

Esa moda de lo americano tiene un fuerte impacto en España, sobre todo a nivel del hombre de la calle, de actitudes más o menos difusas e inconscientes, aunque no tenga las expresiones literarias y teóricas a que dio lugar en Francia y otros países. Ello tiene una manifestación espe-

***El New Deal de Roosevelt
aparece como un camino
nuevo para superar los
males del capitalismo
y por una mayor justicia
social.***

**Ortega habla del
primitivismo de los
norteamericanos, de cómo
su eficacia en el hacer
se mezcla con un vacío
interior.**

cífica en la izquierda. Por un lado, la gran literatura norteamericana que llega a España, con Dreiser, Dos Passos, Faulkner, Caldwell, luego Hemingway, tiene una fuerte carga rebelde, incluso revolucionaria. Por otro lado, el *New Deal* de Roosevelt aparece como un camino nuevo para superar los males del capitalismo y para atender las exigencias de una mayor justicia social.

VII.

Frente a esa moda, ese entusiasmo por lo norteamericano, se levanta en España una voz interesante: los comentarios del filósofo José Ortega y Gasset, en 1931 y 1932 (*Los nuevos Estados Unidos y Sobre los Estados Unidos*, tomo IV de las *Obras completas*), es una advertencia a los europeos, y a los españoles, a no dejarse llevar por ese entusiasmo hacia Estados Unidos que se ha puesto de moda. Sin duda los Estados Unidos son fuertes, son un país joven, pero ser joven es no ser todavía: Estados Unidos todavía no es.

La superioridad de Estados Unidos está en lo instrumental, en lo mecánico, en saber hacer cosas prácticas, pero carece del fondo de espiritualidad que se crea con el tiempo, y sin lo cual un país no puede tener una verdadera personalidad, no puede saber cuál es su papel en la historia.

Lo propio del norteamericano es «la

forma inferior de espiritualidad, que se confunde casi con lo mecánico»; por eso Estados Unidos tendrá que aprender de Europa para ser un gran país.

Ortega habla del primitivismo de los norteamericanos, de cómo su eficacia en el hacer se mezcla con un vacío interior. Les falta lo esencial: contestar no al cómo, sino al para qué del hacer humano. Curiosamente Ortega —como había hecho en un sentido muy distinto Gumersindo Azcárate 40 años antes— se refiere a la mujer norteamericana como ejemplo de vacío espiritual: «No es tampoco nada peculiar —escribe— la impresión de vacuidad que deja en nosotros el tipo medio de la mujer norteamericana. Contrasta sorprendentemente el pulimento físico de su cuerpo y aderezo exterior, la energía y soltura de sus maneras sociales con su nulidad interna, su indiscreción, su frivolidad e inconsciencia»... «La mujer norteamericana es el ejemplo máximo de la incongruencia entre la perfección del haz externo y la inmadurez de lo íntimo, característica del primitivismo americano» (tomo IV, *O.C.*, p. 377-378).

Esta advertencia de Ortega a los europeos y a los españoles se produce en un momento en que la relación con Estados Unidos iba a tener que establecerse en función de nuevos imperativos políticos, determinados por la amenaza del hitlerismo primero, por la guerra para derrotarlo después. Entonces se produce la gran bifurcación de los caminos de Europa (al menos Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda y otros varios países) y los de España. Caminos que sólo muy recientemente han vuelto a aproximarse.

VIII.

La actitud norteamericana ante la amenaza hitleriana fue inicialmente ambigua. Hay un abismo entre los sentimientos in-

discutiblemente antifascistas de Roosevelt y su gobierno, y la realidad de su política. Estados Unidos entra en la guerra contra Hitler después de sufrir la agresión de Pearl Harbour japonesa. Pero en la mente colectiva de los pueblos europeos lo que cuenta es la realidad visible de la presencia de las tropas norteamericanas en la liberación de Francia, Italia, etc. Los americanos son los liberadores del fascismo. Además, los liberadores ricos, los que poco después de terminar la guerra ayudarán con el Plan Marshall a la recuperación de las economías europeas. Esa percepción de Estados Unidos —liberador y donante generoso— es la que tienen los europeos en general. Con una excepción: los españoles. Para nosotros, ni liberador ni donante. Más bien, como vamos a ver, lo contrario.

La participación española en la guerra mundial contra el fascismo es específica. Nos levantamos antes de la aurora. La guerra civil provocada por la sublevación del general Franco contra la República, el régimen legal del país, se convirtió por la masiva ayuda de Hitler y Mussolini a Franco, con presencia de tropas italianas y alemanas, en la «primera batalla de la segunda guerra mundial» (es una expresión utilizada por muchos historiadores).

Roosevelt tenía una indudable simpatía por la República española, pero la realidad de su política fue mucho más favorable a Franco: concretamente a causa de la venta a Franco de petróleo a crédito, producto decisivo para la guerra, y que ni Alemania ni Italia podían facilitarle.

Pero en el fondo Estados Unidos hizo lo mismo que las otras democracias más cercanas de España, como Francia, de la que sí se esperaba una ayuda efectiva. Por otra parte, de Estados Unidos llegó un testimonio de solidaridad particularmente fuerte, con los voluntarios de la Brigada Lincoln, y expresiones calurosas de sim-

patía de su opinión pública, de sus intelectuales, incluidas muchas figuras del cine que disfrutaban ya en España de una popularidad gigantesca.

No creo por ello que la actitud de Estados Unidos en la guerra sea un componente esencial de la percepción que se ha ido formando en las mentes españolas sobre la gran república norteamericana.

IX.

Lo que sí ha sido decisivo, aún para la actualidad, es su actitud en relación con la dictadura de Franco. Sin duda hubo la condena, junto con Inglaterra y Francia, de 1946, en la que se reconocía que Franco había sido un aliado de Hitler en la guerra. Ello sirvió sobre todo para dar base a la campaña nacionalista de Franco contra las democracias occidentales que querían doblegar la voluntad española. Esa campaña tocaba entonces a masas considerables y ayudó sin duda a acentuar los tradicionales sentimientos anti-norteamericanos, típicos —como hemos visto más arriba— de la derecha española.

En cambio la ilusión esperanzada, que se despertó en los sectores republicanos y liberales de la población, de una ayuda para el retorno de un régimen democrático en España, pronto quedó decepcionada. Decepción que tuvo dos momentos: primero al constatar que esa ayuda no se producía, que el caso español se aparca-

Roosevelt tenía una indudable simpatía por la República española, pero la realidad de su política fue mucho más favorable a Franco.

ba, que España se convertía en la Cenicienta de Europa.

Pero el hecho decisivo —porque además fue un gesto exclusivo de Estados Unidos que se separó en este caso de sus aliados francés y británico— fue el acuerdo de 1953 entre Estados Unidos y Franco. Ese acuerdo, prolongado hasta nuestros días con fórmulas distintas, fue justificado por Estados Unidos sobre todo como necesidad de seguridad nacional. Era parte de la defensa para hacer frente a lo que se consideraba —al menos en teoría— inminente, una agresión soviética contra Europa occidental.

No puedo entrar aquí en el aspecto general de la política de Estados Unidos en ese período. En mi opinión, a la obsesión por la amenaza soviética se añadía como factor esencial el deseo hegemónico de Estados Unidos a escala mundial. Para ese proyecto le convenía tener al lado de la alianza multilateral de la OTAN una alianza especial con España, con un régimen dictatorial que «no presentaba problemas», que aceptaba casi todo lo que se le pedía, y que podía servir de palanca de presión sobre los otros países europeos miembros de la OTAN.

Por otra parte, no sería justo olvidarlo, Estados Unidos estaba sufriendo una gravísima enfermedad política, que afectó gravemente a su salud mental colectiva, en el gobierno y en parte de la sociedad: el

***A cambio del apoyo
político norteamericano
Franco abandonó toda la
tradición de neutralidad
que tenía raíces
profundísimas en la
conciencia nacional.***

maccarthismo. Ello creaba el ambiente óptimo para una política de acercamiento al régimen de Franco, régimen de terror sanguinario contra todo lo que era liberal y socialista —no digamos los comunistas— y cuya policía política había recibido pocos años antes consejos e instrucciones del propio Hitler.

En cuanto a la percepción española del acuerdo con Estados Unidos, se produce una total inversión del marco que he trazado al principio. Estados Unidos se alía ahora con el franquismo, con la extrema derecha española, es decir con las fuerzas que durante el siglo XIX estuvieron en punta para denostarle, presentando como contrarios a la ley de Dios los principios de la Constitución norteamericana. Es a la vez una política que daña directamente a los españoles liberales y demócratas que sufren durísimas persecuciones, condenados a la emigración, las cárceles o la clandestinidad.

Por lo tanto, del acuerdo de 1953 hay dos percepciones españolas radicalmente distintas: los franquistas, que sin duda en aquel momento tenían un eco considerable en la opinión pública, influida como siempre suele ocurrir por un dictador que, además, cosecha un gran éxito internacional proclaman: Estados Unidos nos viene a dar la razón. Se ha puesto de nuestro bando. Después de haber ayudado a Stalin contra Hitler, ahora comprende que lo decisivo es salvar a la cristiandad del comunismo.

El discurso que hace Martín Artajo a las Cortes es para «celebrar el triunfo Franco» (Whitaker, p. 54). Como dice este autor norteamericano, el acuerdo no es sólo coyuntural para lograr unas bases en territorio español. «La lógica de las relaciones establecidas... convierte al régimen de Franco en una combinación admirable de aliado (*partner*), de subvencionado (*pensioner*) y, como lo muestra el caso de la

OTAN, de protegido» (p. 380). En efecto, Estados Unidos se esforzó por obtener de los otros miembros de la OTAN que den ingreso a Franco.

Es obvio que ese apoyo *político* norteamericano tuvo un valor decisivo para Franco. A cambio de él, Franco abandonó toda la tradición de neutralidad que tenía unas raíces profundísimas en la conciencia nacional. Hizo las concesiones más vergonzosas para la soberanía y la dignidad nacional, en orden a bases, jurisdicción sobre el personal norteamericano, etc.

Estados Unidos aceptaba con satisfacción esa extraordinaria blandura —salvo resistencias en ciertos lugares de la Administración— con que Franco entregaba lo que se le pedía. Con ello Franco compraba un apoyo inestimable para sostenerse en el poder.

En la actuación de la Administración de Estados Unidos predominó una vez más —ya lo hemos visto en momentos cruciales anteriores— la ignorancia de la realidad profunda de España. Y quizás el desprecio. Sin duda en ese momento Franco era legalmente España y tenía una parte de la opinión pública con él. Pero España tenía que ser otra cosa, sobre todo en un mundo en el que el hitlerismo había sido derrotado. El efecto del pacto de 1953 es que Estados Unidos ha sido durante más de dos décadas el apoyo fundamental de Franco ante la opinión interior y exterior. Es pues un proceso prolongado y que por ello mismo tenía que penetrar hondamente en la mentalidad de los españoles.

El efecto no podía ser otro que provocar, entre los demócratas españoles en general, con grados distintos según las ideologías, un fuerte sentimiento contra Estados Unidos. Además ese factor —Estados Unidos sostiene a Franco— era inevitablemente prioritario para los españoles

con respecto a otros juicios de la política exterior, el papel de Estados Unidos en la defensa de Occidente, etc.

El resultado es que, para los españoles en general, la percepción de la amenaza soviética no ha existido. Era un tema central de la propaganda de Franco. En eso Estados Unidos seguía, repetía, respaldaba, lo que era un lema franquista esencial. Luego, entre los españoles enemigos de Franco esa percepción no ha existido, se han sentido ajenos a toda la filosofía que sirvió, y sirve, de base a la OTAN.

Nos encontramos así con este fenómeno muy curioso: a medida que se fortalecen los sentimientos democráticos, que la dictadura de Franco se descompone, que la mayoría de los españoles quieren establecer un régimen comparable al que Estados Unidos ha conocido desde su Constitución, en esa misma medida la opinión española se hace más antinorteamericana. Los proamericanos son los franquistas, los continuadores políticos de ese general Weyler que propuso el desembarco español en Estados Unidos en 1898, es decir, todo lo más contrario a las ideas que han dado nacimiento a la nación norteamericana.

Este proceso desemboca en la desgraciada frase del general Haig, cuando era Secretario de Estado, al decir, ante la ocupación del parlamento por los guardias civiles de Tejero, que era «un asunto inter-

Los españoles, a pesar de la aceptación por referéndum de la permanencia en la OTAN, tienden a una posición de no alineamiento.

***La evolución de la
situación internacional,
los avances del desarme,
pueden disminuir la
visión militarista de la
política de Estados Unidos.***

no de los españoles». Eso confirmaba la percepción española de que a los Estados Unidos el régimen de Franco les iba muy bien, y que la democracia española les importaba en bleo.

Todo esto, me apresuro a agregarlo, como Estado, como política. Al mismo tiempo, las pautas de la sociedad norteamericana, su libertad en la vida diaria, en materia sexual, su cine, su literatura, ejercen un papel considerable como inspiradores de una forma de vida que resulta cada vez más atractiva para los españoles.

Sin duda para la juventud, para la intelectualidad, París era la fuente de las ideas de libertad. Pero también llegaban de Estados Unidos. De Berkeley, del movimiento de liberación negro, de las protestas por la guerra del Vietnam. Joan Baez —y tantos otros— alimentan la canción de protesta en España.

X.

Llegamos a la etapa actual, más conocida. Casi está cada día en los periódicos. Por eso la resumiré mucho más.

En el terreno político —y continuando el proceso que hemos venido examinando— la percepción de Estados Unidos es netamente negativa. Los españoles —a pesar de la aceptación por referéndum de la permanencia en la OTAN tienden a si-

tuarse en una posición de no alineamiento. A este respecto los sondeos del CIS aportan datos de indudable interés. Voy a utilizarles ampliamente: ante la hipótesis —sin duda absurda— de una tercera guerra mundial, el 4% de los españoles se pronuncian (en noviembre de 1986) porque España se coloque al lado de la Unión Soviética, el 23% al lado de Estados Unidos, y el 51% por la neutralidad. Sólo en las personas de derecha y extrema derecha hay porcentajes serios, 46 y 51%, en favor de un alineamiento con Estados Unidos.

Ante la pregunta de si España debería acercarse o alejarse de Estados Unidos, la evolución es la siguiente: los partidarios del alejamiento pasan del 24% en diciembre de 1983 al 40% en abril de 1987. Los partidarios de un mayor acercamiento disminuyen en iguales fechas del 29 al 24%. Tan sólo los votantes de AP tienen una actitud acorde con la actual política de alianzas, siendo mayoría los partidarios del acercamiento a Estados Unidos y del alejamiento de la Unión Soviética. Es significativo que entre los jóvenes (18 a 40 años) y entre las personas con estudios superiores los partidarios del alejamiento superan el 50%. También predomina la tendencia al alejamiento de la URSS en menores porcentajes. La inclinación mayoritaria es a todas luces por una política de equidistancia en el plano internacional.

Es significativo en este orden un estudio de noviembre de 1986 sobre el grado de confianza de los españoles en la URSS y en EEUU. Sumando «muchísima confianza» y «bastante confianza» obtenemos: 33% por Estados Unidos y 26% por Unión Soviética, o sea una diferencia no grande; «poca confianza» 26 y 28% respectivamente; y «ninguna confianza» 16 y 17%. De nuevo aquí la derecha supera el 50% entre mucha y bastante confianza hacia Estados Unidos. Mientras, en la iz-

quiera, se alcanza el 55% entre poca y ninguna confianza.

El motivo fundamental de oposición a Estados Unidos —Centroamérica— se refleja también en algunos sondeos interesantes. Destacaré el estudio hecho por el CIS en junio de 1985: el 50% de los entrevistados cree que España debe tener un papel activo para lograr la paz en esa zona de Iberoamérica. Y de ellos el 60% (contra un 24% que se opondría) considera que debe hacerlo «también en el caso de problemas de Estados Unidos con la Unión Soviética». La segunda hipótesis, en este caso, es obviamente más bien formal.

Esa actitud se completa con la convicción que expresa el 69% de los españoles (junio 1985) de que la intervención de Estados Unidos en la zona «está orientada ante todo a la defensa de sus intereses económicos y estratégicos». Sólo el 4% cree que está orientada «a la defensa de las libertades». Los porcentajes son casi idénticos en relación con la Unión Soviética.

Pero es preciso —aunque sea desviar-nos algo del tema central— averiguar si hay algo detrás de esa tendencia a la equidistancia de las dos grandes potencias. Los españoles tienen con mucha claridad una preferencia por Europa y una gran simpatía hacia América Latina.

A la pregunta sobre los países o grupos de países más cercanos, los españoles contestan (junio de 1985) del modo siguiente: «muy cercanos o cercanos: 51% al Mercado Común; 47% Iberoamérica; 16% Estados Unidos».

Por otra parte, a una pregunta sobre sus sentimientos favorables, o desfavorables, hacia una serie de países, las respuestas (junio de 1985) dan los resultados siguientes: «muy favorable y favorable: 67% Ar-

Se puede registrar una percepción positiva de Estados Unidos por parte de los españoles en el terreno de la sociedad y la cultura.

gentina, 61% Italia y México, 56% Brasil, 52% Alemania, 37% Cuba, 36% Francia, 31% Estados Unidos».

Si miramos ahora a Estados Unidos no ya como política, como Estado, sino como sociedad, como forma de vivir, entonces desaparece la actitud negativa y la tendencia a la equidistancia con la URSS. Es el mismo fenómeno que ya hemos visto —con otras características— en otras etapas de nuestro recorrido.

A la pregunta sobre si prefieren que España se parezca más en su vida económica y cultural a Estados Unidos o a la Unión Soviética, los españoles (noviembre de 1986) contestan: en lo económico, 45% a EEUU y 6% a la URSS; en lo cultural, 36% EEUU y 13% la URSS. En este caso, los más jóvenes y las personas con estudios superiores se pronuncian con los más altos porcentajes (56, 57, 54%) en favor de EEUU en lo económico. En lo cultural, esas categorías alcanzan porcentajes del 43-45%; en cambio la derecha, extrema derecha, votantes de AP, dan porcentajes del 64%.

XI.

Unas palabras de conclusión. Veo algunos factores que pueden ayudar a que la percepción española de Estados Unidos evolucione en un sentido más favorable. En primer lugar, nos conocemos más. Se eleva considerablemente el número de es-

pañoles que visita y toca directamente la realidad norteamericana, de jóvenes que estudian en Estados Unidos. Que los pueblos se conozcan como personas, no como entidades abstractas o políticas, creo que es esencial para lograr una percepción más real.

En el terreno directamente político, la evolución de la situación internacional, las cumbres Reagan —Gorbachov, los avances del desarme, pueden disminuir esa visión militarista de la política de Estados Unidos, sin duda uno de los motivos esenciales de la negativa percepción española. Si esa tendencia se afirma con el nuevo presidente —y es probable que la elección de Dukakis contribuiría a ello— cabe prever una actitud menos desfavorable de la opinión española sobre la política de Estados Unidos.

Pero está el problema de América Latina y más concretamente de Centroamérica. Aquí sigue existiendo un foco grave de contradicción si Estados Unidos no se decide a una política que respete y tenga en cuenta lo que desean los pueblos y gobiernos de Centroamérica, a una política de apoyo a los esfuerzos de paz y de renuncia al tipo de intervención que ha realizado en el caso de Nicaragua y, en otro sentido, de Panamá. En todo caso, la sensibilidad española en este terreno es fuerte. Además hoy cabe pensar que la CEE y otros gobiernos europeos tendrán en este punto una actitud cada vez más cercana a lo que es la posición española.

Un paso importante ha sido la comprensión norteamericana de que hacía falta cambiar, y no simplemente prolongar, el acuerdo bilateral.

Por otra parte, se puede registrar un progreso serio hacia una percepción positiva de Estados Unidos por parte de los españoles en el terreno de la sociedad, de la cultura, del modo de vivir. Creo que ha perdido vigencia esa «fascinación» que Ortega combatía en los años 30. Pero hay cambios importantes en la sociedad norteamericana que repercuten fuertemente en la mentalidad española. Por un lado, su impresionante capacidad creativa, artística y científica. Sin duda hay mucha importación de cerebros de Europa y Asia.

Pero el papel de científicos norteamericanos, de las Universidades de Estados Unidos en los avances de la ciencia, es decisivo. La presencia norteamericana en la creación artística y literaria mundial tiene un valor considerable. Nueva York no es ya sólo un gran mercado de arte, es un centro de creación de importancia. No quiero silenciar otro aspecto que el ministro francés, Jack Lang, ha calificado en numerosas ocasiones de colonización o invasión de Europa por formas de subcultura norteamericanas. Ello se manifiesta en el cine y sobre todo en la televisión, donde factores económicos y financieros permiten situaciones casi de monopolio. Hoy los niños de las ciudades españolas saben mucho mejor cómo se vive en los *ranchs* del Middlewest que en las aldeas de Castilla. Es una realidad deformada en que todo está limpio, todas las mujeres son guapas y todas las casas son maravillosas. Aunque ello pueda crear en ciertos sectores una popularidad artificial del modo de vida americano, creo que provoca en los sectores españoles más cultos un efecto contrario. Cabe pensar que ese fenómeno se superará con el desarrollo de una actividad europea más poderosa en esos campos.

Pero volviendo a los aspectos positivos de la cultura norteamericana que impactan las mentes españolas, hace falta mencionar el papel especial que desempeña la

música, la canción, entre las grandes masas de la juventud. Es una realidad cultural y sociológica de primera magnitud en el mundo de hoy. Desborda fronteras y barreras ideológicas.

Aquí hace falta llamar la atención sobre un aspecto porque creo puede indicar algo esencial para el futuro. En el mundo de la música moderna —y eso empieza por lo menos con el jazz— Estados Unidos aparece con una cara en la que los negros ocupan el lugar central. La música hoy más universal tiene raíces culturales diversas, pero sin duda un componente negro fundamental. No soy especialista. Son ideas triviales, pero creo que en ellas se refleja algo que empieza a apuntar en otros terrenos, incluso en la política.

Estados Unidos empieza a tener una faz distinta. Ya no se presenta solamente con la del inglés o irlandés, rubio, católico o protestante. Los negros, los hispánicos, son parte creciente de Estados Unidos. El fenómeno Jackson indica que está ya en horizonte la posibilidad de un presidente negro. Estas mutaciones internas en Estados Unidos —el papel creciente de los hispanos lógicamente facilita el acercamiento con nosotros— crean sin duda premisas para una percepción más favorable por parte de los españoles de la realidad de Estados Unidos.

Una condición decisiva para esa posible evolución es que Estados Unidos —gobierno y sociedad— conozcan mejor a España. En 1898 y en 1953, el desconocimiento de España ha sido causa de graves errores. Hay señales de que ahora se empieza a comprender mejor en Washington a nuestro país. La larga relación con un régimen

En la perspectiva de una creciente afirmación de la personalidad de Europa, evolucionará la percepción de Estados Unidos en España hacia una mejor comprensión.

como el de Franco creaba una visión inevitablemente errónea de lo que tiene que ser una política española en una situación democrática. Hace falta que se logre esa nueva comprensión. Un paso, quizás importante —hace falta operar otras experiencias para medir su significado—, ha sido la comprensión norteamericana de que hacía falta cambiar, y no simplemente prolongar, el acuerdo bilateral; y a la vez hacerlo respetando la soberanía de España para decidir sus opciones políticas. En este marco hay que situar la salida de los F-16. Espero que en otros aspectos, como el nuclear, haya el mismo respeto.

Existe hoy una percepción española, y europea, de que estamos en una etapa, con la reforma de Gorbachov en la Unión Soviética, en que se abren posibilidades de desmilitarizar la vida internacional, avanzar en el desarme, dar más peso a la política y menos a sus aspectos puramente estratégicos y militares.

En la perspectiva de una creciente afirmación de la personalidad de Europa, de unas relaciones más de igual a igual entre Europa y Estados Unidos, evolucionará la percepción de Estados Unidos en España hacia una mejor comprensión.



ACTUALIDAD

2

¿SE PUEDE EXPORTAR EL MODELO AMERICANO?

Norman BIRNBAUM

En la actualidad no existe modelo americano alguno, pues Estados Unidos está viviendo un largo interregno en el equilibrio interno de los grupos económicos y sociales, en su cultura política (es decir, en la relación con nuestras propias tradiciones), y en sus ideas de gobierno en el mundo. La incertidumbre resultante desafía a la física: puede que la naturaleza rechace el vacío, pero desde luego, en el nuestro se han precipitado ideólogos, mediocridades y tecnócratas. Los recientes fracasos de los dirigentes americanos no son, pues, accidentales.

Podríamos empezar por el más conspicuo de todos los fracasos: la contrarrevolución de Reagan se está desintegrando en sus propias contradicciones. La derrota de los republicanos ante el Senado en 1986, la pérdida de legitimidad de la Administración Reagan ante su ineptitud y mentiras en el escándalo de

Irán y la Contra, y la incapacidad del Presidente para colocar en el Tribunal Supremo a un juez con conceptos constitucionales propios (en el sentido de que los tribunales no pueden interferir en asuntos como la educación, las relaciones étnicas y raciales, o los abusos de autoridad por parte del gobierno —por no mencionar el

funcionamiento del mercado), hacen pensar que el Presidente es ahora el primer Presidente de la era post-Reagan.

Esto no significa que se vislumbre una alternativa clara. A pesar de la presencia de buenos candidatos (Jackson y Dukakis dentro de la contienda electoral, Cuomo fuera de ella), la oposición, curiosamente, carece de una política sistemática. Puede articular los intereses inmediatos de algunos de sus grupos de votantes (negros, sindicatos), pero es incapaz de conectarlos entre sí con un denominador común que pudiera dar lugar a un programa para una campaña de carácter nacional. Es posible que los demócratas lleguen a la presidencia en 1988 (los republicanos presentarán como candidato a nuestro poco notable y poco convincente Vicepresidente). Es imposible predecir lo que harían con la victoria.

Alejémonos de las vicisitudes de la política y tengamos una visión más amplia del pasado y el futuro del modelo americano. Lo primero que hay que decir es que la idea de un modelo americano es a menudo un artificio para legitimar a las élites nacionales, quienes se erigen a sí mismas en su defensor. En la actualidad, son varios los presuntos modelos que compiten, basados en interpretaciones diferentes (y antitéticas) del pasado y en esbozos del presente. Se ha desarrollado toda una industria de exportación ideológica (sus responsables dirían exportación intelectual) como parte de lo que ahora está de hecho en tela de juicio: nuestro papel hegemónico en casi todo el mundo. Nuestros amigos europeos harían bien en analizar estas ideas americanas de América, que les han sido presentadas como si fueran cánones, con el mismo cuidado con el que deben observar, por ejemplo, un automóvil americano. Ninguno de los dos productos ha salido últimamente de la cadena de producción sin defectos.

Es posible que los demócratas lleguen a la presidencia en 1988; es imposible predecir lo que harían con la victoria.

Cuando los europeos suponen que la historia de América representa el triunfo del modelo de la sociedad de mercado, cuando suponen que nuestra actual democracia plebiscitaria de consumidores (o, como dice un historiador, la democracia de la avaricia) desciende directamente de la república original de artesanos, granjeros y comerciantes y se les puede excusar. Una buena parte de nuestra reciente comprensión de nosotros mismos se debe a una noción de la historia esencialmente igual. Esto entraña una dificultad: es una noción falsa. La república original estaba ideada como una república de virtud, una *polis* en la que la participación de unos ciudadanos soberanos convertía el gobierno en algo muy distinto del mero garante de la propiedad, de la estabilidad del orden social establecido. El invento de la soberanía popular por parte de los revolucionarios (que es lo que éramos entonces) sacó sin duda partido de la tradición inglesa, desde la Commonwealth de Cromwell en el siglo XVII hasta las luchas de los primeros parlamentos británicos por limitar el poder real. También tuvo su influencia sobre otras tradiciones (Rousseau y *la volonté générale*, Montesquieu y la separación de poderes en el gobierno, las antiguas ideas de la constitución mixta). Sin embargo, la soberanía no era únicamente un fin en sí misma: un pueblo necesitaba su soberanía para alcanzar un orden moral superior, el pleno desarrollo de la personalidad de cada uno. Es asombroso que (Paine es una de las

personificaciones del proceso) los revolucionarios franceses consideraran la Revolución americana como una fuente de inspiración y un modelo.

¿Qué fue lo que alteró la idea de la república de virtud y con tal celeridad (en el propio debate constitucional)? Dos factores fueron decisivos. Uno de ellos fue la esclavitud. A pesar de la ambivalencia moral de ciertos negreros ilustrados como Jefferson, de las dudas de los calvinistas, incluso respecto a los deístas de la Nueva Inglaterra, la Constitución legitimaba la esclavitud en aquellos estados en que su práctica era común —como en Virginia, que fue cuna de un número desproporcionadamente importante de teóricos republicanos. ¿Limitaron el racismo, y el miedo al levantamiento de los esclavos, el alcance de los conceptos de la Ilustración respecto al derecho natural a la libertad? Por supuesto que sí, y como consecuencia de ello la misión del gobierno adquirió una nueva orientación: ahora consistía meramente en preservar la libertad al máximo, al mismo tiempo que mantenía el orden social —en el que estaba comprendida la esclavitud. Cuando Ronald Reagan manifestó su condena de las interpretaciones judiciales de la Constitución que hubiesen extendido la igualdad a los negros y a las mujeres, estaba siguiendo (¡por desgracia!) una tradición americana. Según dijo, no deseaba ver a los tribunales dictando lo que denominó «leyes sociales». La sociedad era una esfe-

Es asombroso que los revolucionarios franceses consideraran la Revolución americana como fuente de inspiración y modelo.

ra autónoma y natural que debía guiarse por sus propias leyes.

Llegamos al segundo factor que limitó (y nótese que no digo erradicó) la soberanía popular y el desarrollo de una república de virtud —que podemos entender como una sociedad burguesa creando su propia retórica. Primero la división de la propiedad, a continuación la industrialización y la expansión a otros continentes, hicieron de la práctica de la democracia algo distinto de las comunidades locales de ciudadanos, cuyas virtudes fueron ensalzadas por Jefferson y Madison. De hecho, Jefferson insistió en la antítesis entre la libertad y el comercio, siendo la primera propia de una democracia de propietarios de bienes raíces y el segundo característico de la volatilidad, incluso de la corrupción, de la vida en lugares que Jefferson no consideraba americanos, es decir, las ciudades. (Es curioso ver a los europeos que pretenden conocer América tomarse en serio esta vulgar retórica americana que insiste en que la «middle América» es íntegra mientras que los grupos y los pensadores urbanos no lo son. Muchos de los defensores de las virtudes del «middle América» tienen, desde luego, un modo de vivir altamente urbanizado si bien no siempre urbano —y no sabrían distinguir una vaca de un novillo si se presentara la ocasión. La retórica, empleada también por un personaje absolutamente móvil y de hecho sin raíces como Ronald Reagan, es un derivativo degradado del Jeffersonismo, utilizado esta vez no para condenar el «comercio» sino para defenderlo.) La expansión occidental, las primeras guerras comerciales (de 1812 con Inglaterra), los conflictos en la época de Jackson con los bancos, el desarrollo inmediato de una jurisprudencia económica cuyo principal criterio era la eficiencia económica, fueron aspectos distintos de un mismo proceso: al crecer y diferenciarse el mercado americano, el gobierno se convirtió en subordinado de dicho mercado.

Es bastante fácil considerar el mercado como un proceso impersonal. Nadie lo describió mejor en América antes de la Guerra Civil que dos de los críticos de la nueva sociedad. Uno de ellos (leído a fondo por Marx) fue George Fitzhugh, un negrero de Carolina, cultivado, cuya defensa de la esclavitud (*Cannibals All*) oponía al capitalismo la imagen idílica de un trato patriarcal y benevolente de los amos hacia los esclavos. Por lo que sabemos de las sublevaciones de esclavos, la benevolencia del sistema no era apreciada por éstos —pero la descripción de Fitzhugh de la falta de corazón y la rapacería, la destructividad moral de la incipiente industrialización capitalista americana (no sólo en su influencia sobre granjeros independientes, que pasaron de granjeros autosuficientes a pequeños empresarios subindustrializados) hizo eco de la protesta social del Norte y Oeste americanos. Pensamos en la época de Jackson como en el triunfo de la democracia populista, pero fue la época de la creciente polarización de las clases, de los inicios del sindicalismo. Otro pensador que observó lo mismo fue un protestante convertido al catolicismo, Orestes Brownson, uno de los primeros entre una larga fila de críticos católicos del mercado, los últimos de los cuales se encuentran en figuras como nuestro compañero socialista americano Michael Harrington —y los propios obispos católicos.

Se preguntarán dónde queda en todo esto lo que sabemos que es cierto de los Estados Unidos —su tímida encarnación de la idea de progreso. No cabe duda de que si observamos al personaje que Henry Kissinger tanto admira, Metternich, a principios del siglo XIX éramos una nación progresista. La cuestión es qué contenido social específico se daba a esta nación. Una respuesta es que la incesante producción, la expansión del mercado, la conquista de la naturaleza, eran consideradas cada vez más como pruebas evidentes del

La Guerra Civil no fue exclusivamente obra de los abolicionistas, sino que fue el resultado de una amplia alianza.

progreso —o quedaban justificadas por esta idea. Cuando hablamos de la conquista de la naturaleza también debemos recordar que para los americanos del siglo XIX la naturaleza significaba lo salvaje, encarnado por los indios, cuya mera existencia bastaba a sus ojos para legitimar en la medida de lo posible que los desposeyeran de sus tierras y los asesinaran, después de haber destruido su cultura. Se ha hablado mucho en América sobre el problema de la frontera, que proporcionó cierto alivio respecto de las presiones del capitalismo industrial: sin embargo, los movimientos de la población hacia el Oeste también significaron la expansión del capitalismo. Cuando los primeros canales y luego el ferrocarril unieron el continente, la frontera fue lanzada inmediatamente al mercado nacional. La frontera (cerrada a principios de siglo con la admisión del último territorio federal como Estado de la Unión) mitigó en cierto modo el conflicto de clases en las ciudades. Este conflicto se vio agravado además, a partir de la mitad del siglo XIX, por la llegada de emigrantes de etnias diferentes a las de los protestantes europeos del Norte —primero los católicos irlandeses y más tarde los europeos del Este y del Sur. Ninguno de ellos era portador de ideas secularizadas de progreso, muchos habían venido a trabajar y volvieron a Europa después de unas décadas (al menos un 35 %, pero las divisiones culturales en el seno de la clase trabajadora urbana dificultaron el surgimiento de un equivalente americano de la

La política interna de los estados esclavistas provocó el temor de los otros estados por el futuro de la democracia en sí.

clase trabajadora europea). A pesar de todo, como veremos, surgió —pero nos estamos adelantando a la historia.

Una consecuencia fundamental de la frontera fue que ésta hizo inevitable la Guerra Civil. La Guerra Civil no fue exclusivamente obra de los abolicionistas, enemigos moralmente inflexibles (a menudo calvinistas) de la esclavitud. Fue el resultado de una amplia alianza (que incluía a muchos racistas que consideraban inferiores a los negros) entre éstos y otros grupos. Los trabajadores y granjeros (y los capitalistas) del Norte y del Oeste temían que los sureños trataran de extender la esclavitud a los territorios del Oeste —que convirtieran la frontera no en el linde abierto de una versión americana de la sociedad burguesa, sino en una prolongación de la sociedad esclavista. Más aún, la política interna de los estados esclavistas, donde toda crítica del orden social estaba rigurosamente excluida, provocó el temor de los otros estados por el futuro de la democracia en sí. La famosa frase de Lincoln, según la cual una casa dividida se derrumba, tiene aquí sus orígenes —que por supuesto son mucho más profundos que las causas inmediatas que lo provocaron. La Guerra Civil puso fin a la esclavitud, pero no al racismo americano. El Norte victorioso se hizo cómplice de la posterior implantación de la segregación en el Sur —pero mucho después de haber abandonado la responsabilidad de mejorar las condiciones económicas y sociales

de los esclavos liberados. (Quienes han seguido la actual controversia respecto a la supuesta politización del poder judicial americano, eufemismo para designar a los jueces que consideran que el gobierno tiene el deber positivo de tratar de eliminar la desigualdad racial institucionalizada, también desearían saber que, en el pasado, el Tribunal Supremo aprobó la segregación racial.) Hasta el New Deal, el Sur siguió siendo la zona más pobre de la nación. No obstante, la Guerra Civil permitió que el capitalismo americano acabara su conquista del continente (habiéndole sido conquistado Texas a México algo antes y habiéndose visto obligados los británicos y los canadienses, bajo amenaza de guerra, a desplazar la frontera canadiense). También institucionalizó una forma americana de hacer la guerra. Las fuerzas confederadas, más numerosas, eran agresivas y estaban bien dirigidas. La guerra no era del todo popular en el Norte, cuyas fuerzas reclutadas sufrieron amplias pérdidas. La confianza de los militares americanos en su superioridad material (reflejada hoy en día en su obsesión por la tecnología, nuestra fe en las armas nucleares) tuvo pues sus orígenes no sólo en las campañas contra los indios y los mexicanos sino también en la Guerra Civil. Hubo otros refinamientos, como la campaña de la tierra abrasada de Sherman en el Sur —en pocas palabras, fue una guerra muy moderna.

Llegamos al período descrito recientemente por un académico como el de la incorporación de América. Este período comprendido entre la Guerra Civil y nuestra participación en la primera guerra mundial estuvo marcado por formas nuevas de organización capitalista, como la corporación, la afluencia masiva de emigrantes, el desarrollo del consumo de masas y de los medios de comunicación en una sociedad totalmente industrializada. Los granjeros estaban integrados en el mercado mundial, pues la economía rural

dependía de la exportación de su producción, las vicisitudes del ciclo económico imponían alternativamente la miseria y la prosperidad a la clase trabajadora de las ciudades, y la clase media culta se enfrentaba a un mundo que cada vez entendía menos —y cuando lo hubo comprendido no le gustó. La extraordinaria corrupción política marcó la intrusión de nuevos consorcios y de nuevo capital financiero en la vida política. Por supuesto, nuestras tradiciones populares permanecieron: los capitalistas se dieron cuenta de que, siguiendo la hipótesis de *ceterus paribus*, los resultaba más barato comprar legisladores de estado que senadores o presidentes. La compra y venta se hizo idéntica a la política —pero no sin protesta. Esto adquirió diversas formas.

La protesta rural (que concernía, por supuesto, a aquellas personas cuya vida dependía de la agricultura en las ciudades rurales —y también a miembros de la clase trabajadora como los madereros) se unió al movimiento populista. Marcado por las imágenes bíblicas del Antiguo Testamento, este fenómeno, de tinte claramente protestante, no estaba libre de xenofobia y en particular de anticatolicismo. Sin embargo, sus principales enemigos eran los capitalistas financieros del Este, los propietarios del ferrocarril, los bancos locales y los políticos aliados a ellos. Fue una protesta de las comunidades rurales amenazadas por el proceso en razón del cual existían en realidad —la nacionalización y la internacionalización del capitalismo americano. Las poderosas organizaciones locales permitieron que los populistas se hicieran con el Partido Demócrata y nombraran a William Jennings Bryan candidato a la presidencia en 1896. La derrota de éste marcó la desintegración del movimiento. Por una vez en el Sur, el populismo llegó incluso a unir a granjeros empobrecidos negros y blancos, hasta que el antagonismo racial, exacerbado por la derrota, hizo aún más intensa

su común impotencia. El legado populista siguió siendo importante en la política americana. (Resulta interesante que mucho más tarde, ciertos protagonistas altamente sofisticados del nuevo consenso americano de la postguerra, como el historiador Hofstadter, consideraran a los populistas como poco más que ignorantes o culturalmente protofascistas. Estos mismos temas se han convertido en elementos básicos de análisis, y pueden encontrarse en las obras de ciertos siervos del aparato pobremente disfrazados de académicos, como Samuel Huntington.) Pasó a formar parte de la oposición hasta nuestra intervención en la primera guerra mundial y hasta el imperialismo, en general y erróneamente denominado aislacionismo por quienes ignoran su contenido social.

El fracaso electoral de los populistas, un momento crucial en la historia moderna de América, tan significativo como cualquier otro, se debió entre otras cosas a la incapacidad de establecer una alianza entre los granjeros y la clase trabajadora urbana. Esta última estaba dividida étnica y económicamente, pero era cada vez más combativa: en el cambio de siglo, un observador extranjero podría haber imaginado la posibilidad de que surgiera un movimiento socialista americano al menos tan amplio como los existentes en Gran Bretaña. Su combatividad adoptó la forma del sindicalismo, pero los sindicatos estaban divididos en cuanto a su estra-

***El período comprendido
entre la Guerra Civil y la
primera guerra mundial
estuvo marcado por
formas nuevas de
organización capitalista.***

***El fracaso electoral de los
populistas se debió
a la incapacidad de
establecer una alianza
entre granjeros y clase
trabajadora urbana.***

tegia. ¿Aspiraban a una mejora de sus condiciones de trabajo y sus sueldos, en el marco de una perspectiva de reforma general, o contemplaban la posibilidad de una transformación del sistema? El pensamiento socialista europeo en sus versiones británica, judía de Europa del Este y alemana, constituyó un movimiento sindical muy internacionalista —si bien tenía que funcionar en condiciones nacionales muy específicas. Más aún, había un amplio componente católico en el sindicalismo americano (las doctrinas sociales del catolicismo europeo eran importadas por los teólogos). Los sindicalistas americanos, a diferencia de sus hermanas y hermanos alemanes de aquella época, podían dar por supuesta cierta dosis de democracia —si bien no se puede pasar por alto hasta qué medida estaban subordinadas las fuerzas policiales locales a la autoridad del capital nacional. Incapaces de formar una coalición con los granjeros populistas, los sindicatos (o, para ser más exactos, sus dirigentes) se orientaron cada vez más hacia la negociación táctica con los reformistas de la clase media.

He mencionado la contribución de los protestantes, en realidad de los calvinistas, al abolicionismo. La persistente tendencia al moralismo protestante sirvió ya para legitimar el capitalismo, ya para alentar a ciertos pensadores y grupos en su aversión hacia éste. La influencia del darwinismo social sobre ciertas clases cultas de americanos fue muy grande —y en

ciertos casos, las doctrinas evolucionistas se unieron al *ethos* social cristiano, para dar lugar a una teoría que generó programas de reforma social. Además, muchos protestantes (clero, juristas, profesores, escritores) se vieron cada vez más alienados en una América totalmente subordinada al poder del dinero, un poder ejercido despiadadamente por vulgares advenedizos. La clase media cultivada temía la perspectiva de la europeización de América, es decir la perpetuación del conflicto de clases y tal vez hasta una revolución. Las ciudades tenían gobiernos corruptos, la infraestructura social era pobre, los emigrantes constituían en realidad un amplio proletariado interno en crecimiento, ajeno en su ideología y en su lenguaje a las tradiciones nacionales americanas. Eran necesarias reformas sociales, y esto trajo consigo un término que revelaba sus orígenes de principios del siglo XIX: el progresismo. El progresismo no era anticapitalista, pero aspiraba a un capitalismo ilustrado o socialmente responsable. (Algunos de sus teóricos habían estudiado con los *Fathedersozialisten* en Alemania.) Se desarrollaron programas con el propósito de regular las mayores excrecencias del mercado, así como de ampliar la sensibilidad del gobierno (tanto como su eficacia y honestidad). Estos programas correspondían al espíritu de la nueva clase media americana de profesionales, quienes aportaban su conocimiento técnico al público y a las burocracias privadas, cada vez más presentes en la sociedad americana. Podríamos decir que los progresistas fueron unos herederos extremadamente sobrios de la tradición ilustrada propia de la generación que fundó la República.

Por desgracia, no fueron lo bastante sobrios. Muchos de los progresistas (recuérdese que el presidente Teodoro Roosevelt fue uno de sus dirigentes) también contribuyeron a la creación y a la consolidación del imperialismo americano moderno. El papel mundial que los Estados Unidos

han jugado desde su intervención en la segunda guerra mundial no constituye un aspecto nuevo de nuestra historia, sino una prolongación lineal de gran parte de ella. La versión americana del imperialismo tiene diversas raíces, una ideología anti-imperialista (en lo que se refiere al imperialismo de los demás) y un concepto americano de nuestra misión histórica. Esta idea de misión, unida a un deseo de diferenciación con relación a Europa, e incluso con relación a otros países de culturas ajenas a la nuestra y de población de color, era inicialmente calvinista. Durante casi todo el siglo XIX adoptó la forma de una continuación de la «erranza en el desierto» puritana, la conquista civilizada de los territorios vírgenes. La expansión hacia el Oeste a través del continente trajo consigo nuevas misiones allende el Pacífico —y hacia el Sur en una América Latina de la que las potencias europeas habían sido desterradas. (El primer conquistador norteamericano de Nicaragua, o aspirante a ello, fue un personaje repulsivo del siglo XIX llamado Walker, quien se desesperanzó ante el futuro de la esclavitud en su propio país y pretendió ir en busca de nuevas naciones esclavistas en el Sur.) Con este incurable sectarismo que desesperaba a Marx, una parte de la izquierda europea sigue pensando que se puede aislar un factor económico preponderante en nuestro imperialismo, cuando en realidad es uno de los muchos que intervienen en una formación histórica compleja. ¿Qué explicación económica cabe para la integración imperialista de decenas de millones de católicos americanos en nuestra misión mundial moderna (una integración que ahora, afortunadamente, se está desintegrando)? La explicación es psicológico-cultural, y está relacionada con una primera etapa de asimilación por parte de una nación dirigida, en el primer tercio del siglo, por una élite protestante, actualmente transformada y en cierta medida desplazada. Dicho esto, hubo factores económicos en nuestras sín-

tesis imperialista, pero estos factores han ido variando con el tiempo. La búsqueda de mercados era un factor primordial, y se acompañaba de un intento de crear las condiciones de estabilidad política que hicieran seguras las diversas inversiones. En épocas más recientes, claro, hemos tenido el motivo económico (y la justificación explícita) de la protección del acceso a bienes de primera necesidad. Todo esto se ha generalizado, desde luego, a una oposición sistemática a la revolución social —entendida como una lacra ideológica que podría extenderse, y llegar incluso a infectar la patria americana. Llegamos a una tercera fuente de nuestro imperialismo y su ideología y práctica: la convicción por parte de las élites de que para la nación resulta moralmente provechoso un tipo político de entrenamiento espiritual —convicción particularmente característica de quienes no incurren habitualmente ellos mismos en riesgos en las aventuras imperiales, pero que creen que el comportamiento espartano es bueno para una nación en peligro constante (según ellos) de seguir la misma suerte que Roma.

Esto era muy evidente en el apoyo al imperialismo a principios del siglo XX (fue Teodoro Roosevelt quien construyó nuestra marina moderna): se pensaba que era idóneo para devolverle a la nación un sentimiento de determinación que había perdido. Ecos de esto han aparecido en la

La versión americana del imperialismo tiene diversas raíces, una ideología anti-imperialista y un concepto americano de nuestra misión histórica.

retórica de Kennedy y (si bien no todos están convencidos de ello) en el lenguaje de los reaganistas. Recuerden la frase «América ha vuelto» —una afirmación que no se acompaña de una explicación sobre adónde habíamos ido todos a parar. Existe una última fuente del imperialismo, en la actualidad cada vez más evidente: la autogeneración y el servicio de los intereses y de la ideología de una élite imperial (y de un aparato imperial), que viven —según las palabras de Max Weber— no para sino de nuestra misión imperial. Me refiero no sólo a los militares y a aquellos sectores de la economía que producen material militar sino a secciones enteras de la Academia americana, nuestra burocracia, de los medios de comunicación. Por supuesto, en estos asuntos los civiles son bastantes más militaristas que los oficiales del Ejército, muchos de los cuales son prudentes y honorables funcionarios públicos.

Desde luego, existen aspectos más nobles de este asunto —relacionados recientemente con la insistencia de un amplio número de americanos en el sentido de incluir los derechos humanos en el programa de nuestra política exterior, por muy difícil que resulte aplicarlo a situaciones concretas y a corto plazo. También está el hecho de que somos un Estado multiétnico y multiracial. Es bien sabida la solidaridad de la comunidad judía americana con Israel (a pesar de las actuales

El progresismo y el imperialismo se unieron en el breve período de la intervención americana en la primera guerra mundial.

tensiones). La solidaridad de los ciudadanos negros con el movimiento en favor de los derechos humanos en Suráfrica es más bien reciente, o mejor dicho más bien nueva dentro del programa nacional. Los lazos de los católicos con América Latina han provocado entre otras cosas la firme oposición de la Conferencia Episcopal Católica a la política oficial americana en la zona. Llama la atención que, de hecho, el cabildo de estos grupos no se manifiesta en forma de simple expresión de los intereses de un grupo —sino de llamadas a la fe (derechos humanos) y a los intereses (la seguridad de la nación americana, si bien difícil de definir) comunes a toda la nación.

El progresismo y el imperialismo se unieron en el breve período de la intervención americana en la primera guerra mundial. Por muy breve que fuera, este período bastó para fragmentar el movimiento socialista americano, gran parte del cual se oponía a la guerra —y para transformar a muchos intelectuales que habían criticado la cultura y la sociedad americanas. La propia llamada de Wilson a la autodeterminación de los pueblos dejó paralizados a nuestros negros (era un racista consumado) pero fue una expresión genuina del componente moralizador de nuestro imperialismo.

Tal vez sea más importante recalcar que la participación de la nación en la guerra anticipó, en forma de ensayo general, lo que habría de producirse en la segunda guerra mundial y la consiguiente colaboración íntima y la interpenetración del gobierno y el sector privado, la integración ideológica de grupos antes opuestos, la distribución geopolítica en todo el territorio de la nación en los beneficios económicos del uso (relativamente) pleno de los recursos productivos.

Y aún hay más... ¿acaso puede compararse la década siguiente a la primera gue-

rra mundial y anterior a la Depresión, y nuestra reaparición en la escena política mundial con la década de los ochenta? En primer lugar, se ha exagerado la medida en que los Estados Unidos se retiraron de los asuntos mundiales, a pesar de que el Senado se negara a aceptar nuestra calidad de miembro en la Liga de las Naciones. En aquel período, el aislacionismo fue pues una expresión retroactiva de la oposición a la guerra, oposición reprimida durante la contienda y localizada bastante a menudo en los antiguos centros de las fuerzas populistas y a veces socialistas. A nivel nacional, la década siguiente a la guerra fue un período de relativa prosperidad, de inversión tanto como de especulación, y (a veces se pasa por alto) de mucha experimentación cultural, no sólo en la esfera de las relaciones entre los sexos. Fue una década en la que algunos de los esfuerzos realizados en el cambio de siglo empezaron a dar sus frutos (debido también al constante aumento del número de mujeres empleadas). Fue asimismo un período en el que, al haber sido frenada en gran medida la inmigración, los grupos relativamente nuevos se estaban preparando para la integración (relativa) que conocerían con el New Deal. (Al Smith, el primer candidato católico a la Presidencia, fue derrotado en 1928, pero por primera vez los demócratas obtuvieron mayorías en las ciudades —en las que habrían de centrarse Roosevelt en 1932 y los demócratas modernos posteriormente.) También fue el período del *Harlem Renaissance*, una extraordinaria manifestación de la creatividad negra originada en la migración de los negros hacia el Norte y de una nueva conciencia negra. Por último, fueron también unos años de realizaciones artísticas genuinas en cinematografía y en literatura, de realizaciones intelectuales en materia de ciencias humanas (con nombres como John Dewey y Thorstein Veblen). En definitiva, fue un período en el que (recordando los comentarios de Gramsci sobre el «fordismo») un modelo

americano, incluso basado en el capitalismo, pudo haber ejercido cierta atracción debido a su obvia incorporación de una convicción de movimiento histórico, su progresismo cultural, la creencia de gran parte del mundo que los Estados Unidos (con una competencia considerable por parte de la Unión Soviética, claro está) constituían una nación con un futuro abierto. Es difícil describir el período de Reagan en estos mismos términos.

Si consideramos la etapa de Franklin Roosevelt y el New Deal, nos encontramos con un período de nuestra historia del que la mayoría de nosotros se enorgullece. Mientras Alemania padecía el nazismo e Italia el fascismo, mientras Stalin y sus esbirros destruían las esperanzas que decenas de millones de personas habían puesto en la revolución soviética, los Estados Unidos demostraron con su evolución interna que aún quedaba algo de la idea de progreso. Se desarrolló el estado de bienestar americano, por muy incompleto que éste pudiera quedar. Con el apoyo del Gobierno Federal, los sindicatos organizaron las principales industrias. El Partido Demócrata se convirtió en el partido de quienes una vez fueron emigrantes, de las víctimas de la depresión, de la nueva clase intelectual (rápidamente transformada, para su seguridad, en una élite tecnocrática) —el partido de la América urbana. La ideología del mercado (cuidadosamente elaborada, para nuestra seguridad), y su complemento individua-

***La etapa de Roosevelt
y el New Deal es un
período de nuestra
historia del que la
mayoría de nosotros se
enorgullece.***

Con el crecimiento y la importancia política de los sindicatos quedaba forjada la base de la versión americana moderna de un contrato social.

lista, o más bien atomista, una parodia americana de Locke y Mill (en realidad, el darwinismo social en su expresión más brutal y cruda) permitieron la práctica de la solidaridad social, implantaron el principio de que el gobierno poseía una función positiva en el seno de la economía y de la sociedad —no sólo para proporcionarle una infraestructura, sino para generar unos recursos mínimos para una existencia decente. Con la política del New Deal, tanto la doctrina social católica como una parte de las enseñanzas judías se unieron a la conciencia social protestante en torno a la política americana. Con el crecimiento y la importancia política de los sindicatos quedaba forjada la base de la versión americana moderna de un contrato social. Por supuesto, mucho quedó sin hacer. El Sur permaneció acosado por la pobreza y atollado en la segregación racial. El desempleo siguió siendo de un 10 %, incluso en los mejores años del período, y no disminuyó hasta que empezó la industria de armamento. A pesar de la proliferación de movimientos sociales, pocas fueron las modificaciones introducidas en los mecanismos de participación social. El New Deal fue un experimento de pedagogía social, pero los grupos sociales implicados tuvieron que instruirse a sí mismos.

En el plano internacional, los Estados Unidos siguieron siendo «aislacionistas» durante la mayor parte del período, es decir que muchos de los grupos que apoya-

ron el New Deal seguían retroactivamente escépticos respecto a nuestra participación en la primera guerra mundial. Roosevelt lanzó el inicio de una versión más tímida del imperialismo, al menos en América Latina —y defendió lo que fue incapaz de llevar a la práctica, la seguridad colectiva. Al estallar la guerra, lo hizo en el Pacífico (a pesar de que la Marina americana ya estuviera luchando contra el Tercer Reich en el Atlántico). Japón atacó, en respuesta a un ultimátum y a severas sanciones económicas. La guerra con Japón se vió incentivada por una dosis considerable de racismo americano, tal y como lo demostró el vergonzoso trato dado a los japoneses en América. La alianza con la URSS (reconocida a nivel diplomático por Roosevelt en 1933 cuando asumió el poder) generó ilusiones, ampliamente extendidas y curiosamente relacionadas con un interés moral por la «paz» en las disposiciones de la posguerra. En una época en la que los portavoces oficiales de los Estados Unidos seguían identificando la democracia con un capitalismo sin restricciones, Roosevelt insistió al final de su vida, en su famosa alocución a las Cuatro Libertades, en que una amplia parte de la democracia social debía intervenir en el orden internacional de la posguerra.

Un elemento primordial del período de Roosevelt fue la integración en nuestra política del Estado de bienestar social (mínimo en comparación con los de Europa occidental), que incluso los reaganistas han sido incapaces de destruir. No obstante, el Estado de bienestar americano ha sido organizado de forma que favorece a quienes ya poseen un empleo fijo y bienes, como su propia casa. Pero siguen sin desarrollarse una vez más programas destinados a reducir el desempleo y la pobreza (y más aún, a establecer políticas capaces de producir cambios estructurales que afecten a las causas de éstos). El Estado de bienestar americano se basa en un convenio, un contrato social, establecido en los

inicios del período de la posguerra por los sindicatos (que en aquella época aglutinaban a un tercio de la fuerza de trabajo en oposición al escaso 20 % actual) y el resto de las fuerzas imperantes en la sociedad, es decir, el capital organizado y (en menor medida) la nueva élite tecnocrática. La importancia del reaganismo está en que es el vehículo que conduce no sólo a la erosión de este acuerdo, sino a una alternativa: la vuelta al control del mercado y a la privatización de la función pública, una reducción o una limitación severa de las funciones del gobierno relacionadas con la igualdad económica y social. Los reaganistas, a pesar de su retórica presupuestaria, también se han ocupado de lo que podríamos denominar keynesianismo póstumo: reducción de impuestos y amplio aumento de los gastos militares. También esto ha fracasado: el nivel de vida americano sigue decreciendo, la sustitución del empleo industrial por el empleo en el sector terciario supone una pérdida de poder consensual, los ingresos y la especialización de la fuerza de trabajo y nuestra calidad de vida está en clara regresión.

Las fuerzas que al final de la guerra establecieron un contrato social también se comprometieron a asegurar el estado de seguridad nacional permanente. La famosa Directiva 68 de Seguridad Nacional fue escrita no sólo por Paul Nitze sino también por el economista del Estado de bienestar León Keyserling. La AFL-CIO (escindida ahora debido a las divisiones internas respecto a esta cuestión), la organización central de sindicatos, ha sido una fuente fundamental de apoyo a la política de compromiso global. Esta política ha supuesto mucho más que la producción de armas y gastos en materia militar, por muy indispensables que éstos hayan sido para su institucionalización. (La supuesta militancia en la Guerra Fría de América del Sur, por ejemplo, se deriva del hecho de que las fábricas de armas y las instala-

ciones militares contribuyen de forma desproporcionada a la economía de la región.) Ha supuesto la promulgación de una visión coherente del mundo, la organización de la producción de ideología, y, en ciertas ocasiones especialmente tensas, serios esfuerzos para reducir el alcance de la discusión democrática difamando o incluso reprimiendo a nuestros propios disidentes.

En mi opinión, de todo el período desde 1945 hasta nuestros días, es menos digno de mención el consenso fabricado sobre nuestro papel global, divulgado por los agentes viajeros que venden nuestra ideología oficial, que el éxito de la resistencia a ello. La guerra de Corea y la guerra del Vietnam fueron ambas altamente impopulares, pero la más reciente de las dos tuvo que acabar debido a la presión de la opinión pública (y al grave problema de la moral y la disciplina en el seno de las Fuerzas Armadas). La confianza en las armas nucleares refleja una preferencia americana característica por una mayor tecnología en la guerra, bajo la hipótesis de que pone en juego menos vidas (nuestras vidas). Con las armas nucleares ésta no es, evidentemente, una ecuación que pueda comprobarse de forma empírica sin correr ciertos riesgos. Antes incluso de que la URSS hubiese alcanzado la igualdad estratégica, aparecieron profundas corrientes de dudas (no siempre expresadas de forma directa en la política) y temores frente a la aniquilación nuclear.

El reaganismo supone una reducción de las funciones del gobierno relacionadas con la igualdad económica y social.

No es casualidad que ni siquiera Reagan se atreviera a introducir de nuevo el reclutamiento militar y que ahora aspire a establecer una especie de programa de control de armas con la URSS a pesar de la oposición interna en su Administración (esta oposición viene al mismo tiempo del poderoso núcleo de la derecha y de nuestros burócratas y expertos, de quienes se podría decir que temen por sus vidas profesionales en caso de que la paz se quebrara, contra todas las expectativas. Supongo que en el viejo mundo se cree que estas personas están dispuestas al sacrificio final: están preparadas para combatir hasta que el último europeo...). Poco a poco la nueva política en la URSS está surtiendo efecto en la opinión pública americana, especialmente sensible a los temas que conciernen a los derechos humanos.

En resumen, hemos llevado a cabo lo que pocas potencias imperiales han conseguido: mantener al mismo tiempo un imperio y un debate respecto a este imperio. El académico francés Maurice Duverger describió, durante el momento culminante de la guerra de Argelia, las políticas de las democracias occidentales, un frecuente «fascisme à l'extérieur». No cabe duda de que nuestro propio y vergonzoso apoyo a diversos regímenes dictatoriales y tiránicos, muchos de ellos literalmente criminales, hace pensar que (¡por desgracia!) no estaba del todo equivocado. Lo más asombroso es que las fuerzas de crítica y de resistencia, los grupos que

***Hemos conseguido
mantener al mismo
tiempo un imperio y un
debate respecto a este
imperio.***

proponen alternativas, no son marginales en los Estados Unidos: hemos destruido el antiguo consenso de la guerra fría y, al menos, poseemos un poder tácito de veto, capaz de ponerle los frenos a la más aventurera e irresponsable de las Administraciones. (Granada pudo ser atacada, Cuba no —ellos hubiesen devuelto el ataque.) También es cierto que el asunto del Irán-*Contragate*, la concentración del poder en la presidencia y la reserva del aparato hacen pensar que, a largo plazo, nuestra democracia no puede mantenerse si ha de permitirse que la «seguridad nacional» legitime el ejercicio indiscriminado del poder.

El modelo americano se muestra pues más sólido allí donde no se presta a emulación directa alguna. Es decir, que es más sólido allí donde practicamos la democracia en vez de hablar de ella.

En cambio, en muchos aspectos es poco probable que el modelo americano de economía y de sociedad ejerza demasiada atracción ideológica mientras no desarrollemos nosotros mismos uno nuevo. De momento, nuestro debate padece el inmovilismo o la *Ratlosigkeit* que caracteriza la discusión en todas las democracias occidentales. Existen dos aspectos de la situación americana que sin embargo pueden presentar cierto interés internacional. Uno de ellos es que seguimos siendo en gran medida una sociedad que genera movimientos sociales y cierta cantidad de experimentación social. No poseemos ningún partido ecologista pero sí un movimiento para la defensa del medio ambiente de cierto peso. El movimiento feminista es un factor cada vez más importante de nuestra política. A otros niveles, hemos hecho cierto progreso en el sentido de la institucionalización de una sociedad multiétnica. Aún hay mucho racismo en América y, sin duda, serían bien acogidos como miembros de nuestros propios grupos xenófobos quienes escriben «les Arabes de-

hors» o «Türken heraus» en las paredes francesas y alemanas. Sin embargo, tal y como lo demuestra la expulsión del juez Bork del Senado, se ha establecido por sí solo en América un nuevo consenso de coexistencia —y en comparación con otras naciones, con una rapidez bastante ejemplar.

(La seria discusión que ha tenido lugar recientemente en los Estados Unidos ha pasado con notable rapidez de los temas del restablecimiento de la fuerza americana a análisis positivos de las posibilidades de renunciar a nuestra hegemonía. Dos artículos de Richard Barnet, publicados en la conocida revista *The New Yorker*, recapitulan —profundizando y puntualizando con perspicacia— la situación de la izquierda americana durante años, si no décadas. «The Four Pillars», 9 de marzo de 1987, y «Reflections (National Security)», 21 de Marzo de 1988. Desde otra perspectiva, David Calleo ha tratado el tema en su *The End of American Hegemony, The Future of the Atlantic Alliance*, publicado por Basic Books, Nueva York, 1987. Una obra del historiador británico Paul Kennedy, que creció en la Gran Bretaña postimperial y luego se trasladó a los Estados Unidos, titulada *The Rise and Fall of the Great Powers. 1500-2000*, publicada por Random House, Nueva York, 1987, se ha convertido de hecho en un *best seller*. En pocas palabras, su conclusión es que unos Estados Unidos debilitados económicamente no se pueden permitir sus pretensiones imperiales. Lo más asombroso de todo tal vez sea un sondeo realizado entre un grupo de jóvenes americanos de edad comprendida entre los 25 y los 44 años, y reprodu-

cida por William Greider en la revista *Rolling Stone* del 7 de abril de 1988. Greider comenta que la encuesta revela importantes reservas en cuanto al compromiso moral en este grupo de edad, cuyos héroes están muertos: Robert Kennedy y Martin Luther King. El grupo es muy poco sensible a los temas relacionados con imperialismo, y apenas una quinta parte de los encuestados combatiría por mantener el Tercer Mundo libre del «comunismo», si bien un tercio lo haría para defender a Europa occidental. Indudablemente nuestras actuales élites forman un consenso nacional en su peculiar combinación de devoción retórica hacia el poder militar y su preferencia personal por los trabajos académicos, editoriales o políticos. Apparentemente los jóvenes son capaces de hacer caso omiso de la hipocresía de nuestros dirigentes. Les interesan los programas sociales humanos y se muestran escépticos ante la idea de que las instituciones económicas y políticas actuales puedan ejecutar dichos programas. En pocas palabras, son los hijos del interregno.)

La era de la hegemonía ideológica americana ha llegado a su fin: el reaganismo ha sido el último intento desesperado de restablecerla, y ha fracasado, tanto a nivel nacional como internacional. Ahora estamos en situación de unirnos a gran parte del resto del mundo para realizar un esfuerzo diferente y más digno: una búsqueda común de formas de vida económica y social que, respetando debidamente las tradiciones nacionales, hicieran posible que nuestra nación cumpliera con su papel en la pacificación del mundo.

Traducción de Paloma Valenciano



ACTUALIDAD

3

LA POSICION INTERNACIONAL DE ESPAÑA

Entre el centro y la periferia

Roberto MESA

La meta de la política exterior española desde el momento mismo de la proclamación de Juan Carlos de Borbón como Jefe de Estado, es decir incluso antes de la constitución de un sistema democrático, se fija en la reincorporación del país al juego general de las relaciones internacionales. Por juego general se entiende la participación en las grandes alianzas, la solución de los contenciosos pendientes y la obtención de un lugar, adecuado a las posibilidades españolas, pero no desmerecedor entre las potencias medias de su entorno geográfico.

I.

En este programa global, de rasgos marcadamente nacionalistas en el sentido de recuperación de la dignidad nacional, coincidirán todos los par-

tidos y fuerzas políticas y sociales. Este respaldo será la lectura exterior de la política de consenso que hizo posible el tránsito a la democracia. A este respecto debe aclararse que, salvo estudios sectoriales y muy concretos, el consenso en política ex-

terior no ha merecido la atención que ha concitado el otro, el del gran acuerdo en la edificación del sistema democrático. Algún día, que no debería tardar, tendrá que abordarse este aspecto del quehacer político español de los diez últimos años, que, por lo demás, deberá realzar algún aspecto inédito pero existente de lo importantes que fueron los apoyos internacionales al proceso democratizador español.

La diplomacia española, en sus primeras andaduras por la democracia, también se benefició de unos Pactos de la Moncloa, no escritos, sobre nuestra política exterior. La técnica del consenso supone el entendimiento sobre unas cuestiones determinadas y la marginación de todo aquello que, en un momento determinado, puede obstaculizar o impedir el acuerdo. El consenso era completo en dos puntos muy concretos: el mantenimiento de relaciones diplomáticas con todos los países, sin distinciones ideológicas, y la afirmación de la identidad europea de la Monarquía y del sistema constitucional español. El primer extremo, impulsado por los dos primeros Gabinetes de la Monarquía y sus respectivos titulares de Exteriores, Areilza y Oreja, se logró en breve plazo. Con ello se retornaba a la situación previa al 18 de julio de 1936: España alcanzaba la plenitud en el intercambio de embajadores, salvo en el supuesto de Israel que debería esperar hasta el mes de enero de 1986. Sobre el segundo tema, la europeidad de España, se abrió un doble frente: el estrictamente político y el rigurosamente económico. Tras celebrarse las primeras elecciones legislativas democráticas, en junio de 1977, España ingresaría en el Consejo de Europa. Sin embargo, la adhesión al Tratado de Roma, como era de esperar, tuvo que superar un largo y duro proceso negociador que no concluiría hasta el 1 de enero de 1986; el año 1992 será la fecha de la plena integración de España a la Comunidad Europea.

***La diplomacia española
también se benefició de
unos Pactos de la Moncloa,
no escritos, sobre nuestra
política exterior.***

Habría que añadir que España multiplicó su presencia en cuantos foros internacionales podía. Y que, como en el caso de las Naciones Unidas, añadiría a la política exterior de la joven democracia el rasgo específico de la defensa de los derechos humanos. Punto que reforzaba el consenso de los partidos políticos y de las demás fuerzas actuales en la esfera internacional.

Sin embargo, aquellas cuestiones que, en la realidad y en la ideología, dificultadas o congeladas. Se referían a cuestiones que habían constituido la base del quehacer internacional de la diplomacia franquista. También aquí había dos frentes. En primer lugar, el marco especial regulador de las relaciones con el Vaticano. Como no podía ser menos en un Estado que constitucionalmente se manifestaba aconfesional, el régimen concordatorio que databa de 1953 fue derogado. Las relaciones con la Iglesia Católica no se vieron afectadas por esta decisión que incumbía a la soberanía española. Serían otras decisiones, de pura legislación interna, las que supondrían alguna dificultad, no con el Vaticano precisamente, sino con la Iglesia Católica española.

El segundo frente era de mucha mayor envergadura y, como todos adivinaban, suscitador de mayores dificultades. Se trataba del marco bilateral en el que se contenían las relaciones entre Washington y

Madrid. Relación muy peculiar que, salvo ligeras modificaciones, sería el definido por los Acuerdos de 1953 y que ponía al servicio de la defensa estadounidense cuatro bases militares en suelo español, amén de otras facilidades de tipo estratégico. 1976 y 1982 fueron los años en los que, sin dificultades, se renovaron los acuerdos bilaterales. En el ánimo de los dos Gobiernos que procedieron consecutivamente a la renovación (Arias Navarro y Calvo Sotelo), así como en el resto de los partidos políticos, estaba clara la percepción de que lo que se estaba debatiendo era la pertenencia o no de España al sistema defensivo de la Alianza Atlántica. En ambas ocasiones, en las dos renovaciones, flotaba en el ambiente y en los compromisos entre los partidos, dibujados tácitamente, que el consenso en este punto consistía en respetar el sistema bilateral con Washington y en no progresar ni un milímetro en las aproximaciones a la Alianza.

La Comunidad Europea y la Alianza Atlántica serán los parámetros esenciales en función de los cuales los diferentes partidos que se han ido sucediendo en el Palacio de la Moncloa determinarán sus posiciones con respecto al Centro y a la Periferia o su ubicación en el eje o diálogo Norte-Sur. La Europa Comunitaria no originó la más mínima discrepancia: todos los partidos, sindicatos, movimientos de opinión, etc., proclamaron abiertamente su europeidad. Es curioso observar, con el

***La Comunidad Europea
y la Alianza Atlántica
serán los parámetros
esenciales en función de
los cuales se determinarán
las posiciones con respecto al
centro y la periferia.***

paso del tiempo, como no hubo voz alguna, desde la derecha o desde la izquierda, que cuestionará los soportes ideológicos sobre los que, en su día, se cimentó la idea de esta Europa occidental agrupada en torno a una comunidad de intereses económicos. Como ya hemos escrito en otro lugar, los españoles contemplaban a Europa como el ideal democrático al que no se tuvo acceso gracias al franquismo. Hubo una saludable confusión política que lógicamente descalificaba a la Dictadura como hipotético socio en el proyecto de Europa occidental.

Por el contrario, con respecto a la Alianza Atlántica, en un primer momento que va desde 1976 hasta después de las elecciones legislativas de 1982, el juego derecha e izquierda responde a patrones absolutamente clásicos en la materia. A partir de marzo de 1979, tras las segundas elecciones legislativas, el Gobierno de UCD reafirma, ya sin ambages, su vocación no sólo europeísta, sino también atlantista. Desde UCD hacia la derecha, la postura será idéntica aunque con apuntes de mayor compromiso en las filas y en los líderes de los partidos más conservadores. En cambio, socialistas y comunistas, y desde ellos a la extrema izquierda, invocarán constantemente su antiatlantismo. Era claro, en esta perspectiva, lo que para unos y otros suponía el Centro y la Periferia en materia de compromisos ideológicos y militares.

II.

El consenso exterior se romperá en octubre de 1981 cuando el Gobierno de Calvo Sotelo anuncia en el Congreso de los Diputados su propósito de negociar la firma de España al Tratado de Washington y se materializará, casi en vísperas de las elecciones legislativas, cuando este acto se produzca. Posiblemente, el con-

senso en lo nacional se rompa con la victoria socialista en las elecciones de octubre de 1982.

¿Qué repercusión tuvo todo ello en la diplomacia española? Posiblemente aún sera pronto para poder dar una respuesta cumplida a tal interrogante. Tardarán todavía bastantes años en que los archivos abren sus puertas y en que los protagonistas den a conocer, si alguna vez lo hacen, sus memorias de aquellos años. Lo único cierto es que a partir de estas fechas, precisamente, también se rompe la dicotomía derecha-izquierda. El Partido Socialista Obrero Español, una vez en el Gobierno, se distancia de sus posiciones internacionales en varios puntos; pero en lo que ahora nos interesa, la piedra de toque vendrá constituida por nuestra permanencia en la Alianza Atlántica. En un proceso que dura aproximadamente dos años, el Gobierno socialista irá perfilando su nueva posición que consistirá en no discutir nuestra pertenencia al sistema atlántico, sino en matizar nuestra participación.

No es éste el lugar para evocar todo el trayecto que condujo al referéndum del 12 de marzo de 1986. Nosotros mismos lo hemos hecho ya repetidamente y, por lo demás, tampoco es cuestión central en esta reflexión. Sí debe subrayarse, concretamente, que la celebración de la consulta popular, promesa electoral por otra parte, no ha cerrado, ni mucho menos la cuestión. El debate nacional continúa abierto y, si cabe, con mayor virulencia que en el pasado. No se trata, evidentemente, que se ponga en cuestión el resultado último de la consulta; la polémica se centra ahora en las formas con las que dar cumplimiento al múltiple condicionamiento que propició el voto afirmativo y muy fundamentalmente la regulación de nuestras relaciones bilaterales de carácter militar con Estados Unidos.

Si en una lectura tradicional el atlantismo

En dos años el gobierno socialista perfila su posición que consistirá en no discutir nuestra pertenencia al sistema atlántico, sino en matizar nuestra participación.

de un país es prueba de su pertenencia al Centro, el PSOE no hizo otra cosa, aunque tardíamente, que aplicar al caso español el mismo tratamiento que hicieron, en su momento, los demás partidos socialdemócratas europeos cuando en los años de la Guerra Fría se acudió a Washington en demanda de una defensa colectiva, bajo la sombrilla protectora estadounidense. Sin embargo, nuestra vinculación específica con Estados Unidos subraya nuestra inclusión en la Periferia del sistema. Se podrá recordar que otros países miembros de la Alianza tienen, al igual que España, además un sistema bilateral regulador de un mecanismo de bases militares, sobre todo en el Flanco Sur de la Alianza. A ello habría que responder que se trata de acuerdos que datan de otra época y que sus firmantes siempre han sido mejor atendidos que España, cuando no se han mostrado excesivamente discolos. Ahora bien, la localización de España en los límites del Centro o en el borde de la Periferia, todo es cuestión de perspectiva, se ha puesto de relieve cuando el Gobierno español ha tratado de negociar una reducción de la presencia militar norteamericana en territorio español.

Tiempo habrá de evocar y comentar un proceso, el negociador, que aún no ha concluido. Por ahora, baste con afirmar que la España de la Europa Comunitaria y de la Alianza Atlántica aún no ha merecido de Washington el reconocimiento del

***Insisto en lo deficiente
y perjudicial que es definir
a España como un país
exclusivamente europeo
y atlantista.***

rango que los españoles estiman que ocupan en la escena internacional. Son muchas las referencias contenidas en tan largo período de relaciones específicas desde 1953; pero, en la situación presente, es cuestión básica el respeto a la soberanía nacional; luego, por parte norteamericana, se podrá temer el efecto demostrativo de la postura de Madrid, pero ésta es ya otra historia.

III.

Todo lo anterior, parte de la médula de nuestra política exterior, es preciso pero insuficiente para definir nuestra inclusión en el Centro o en la Periferia. Sólo se ha esbozado, y ligeramente por cierto, una parte considerable de nuestro quehacer diplomático. Repetidamente somos muchos los que venimos insistiendo en lo deficiente que es ahora y lo perjudicial que sería en el futuro definir a España como un país exclusivamente europeo y atlantista. Incluso en lo cultural esta definición cercenaría de raíz muchas de nuestras posibilidades. España, por razones históricas, geográficas, culturales y otras, es también un país mediterráneo y americano. Nuestra mediterraneidad se define no solamente por nuestra posición privilegiada en la parte occidental del Mar Mediterráneo, sino también por nuestra vinculación cultural con el Mundo Árabe. Nuestro americanismo radica, aparte los siglos de unión colonial, en vínculos culturales,

espirituales y lingüísticos que están en la base de un sentimiento colectivo.

Cualquier intento de marginar de la personalidad internacional de España estos dos rasgos diferenciadores, aquéllos en los que radica precisamente nuestra especificidad europea, aparte de estar condenado al fracaso sería una autolimitación que menguaría sensiblemente nuestras posibilidades de protagonismo en la sociedad internacional.

Por la vía mediterránea y por la vía americana se definen nuestros lazos con la Periferia del sistema central de poder en las relaciones internacionales. A todo ello, este conjunto de similitudes y de identidades, habría que sumar la peculiaridad de nuestro pasado histórico y la especificidad de nuestra relación socioeconómica y cultural. Por otra parte, en este mundo de imágenes no sólo cuenta nuestra propia percepción, sino también la idea que de España tienen los otros pueblos que componen la comunidad internacional. España, para los europeos, se sitúa en los bordes mismos del concepto que de Europa tienen los pueblos europeos que lo son desde hace largo tiempo. Estas representaciones, al margen su certeza o su falsedad, no son fáciles de modificar. España se encuentra en el camino de diseñar un perfil europeo que está cercana a conseguir por vez primera en su historia reciente y en la pasada; pero este objetivo no se logrará si es al precio de renunciar a sus más genuinas señas de identidad. Así, por ejemplo, la función de España en el Sur y en Centroamérica, de una España en la órbita europea, no viene dada por una imagen pretérita, sino por una España que, en condiciones similares a las de muchos pueblos latinoamericanos, ha sabido protagonizar un proceso de transición a la democracia verdaderamente ejemplar. Con ello no se está propiciando la venta de modelos; simplemente se está poniendo de relieve que, por una vez, desde siglos

de atraso de todo tipo, se puede forjar el ideal de una Comunidad Iberoamericana de Naciones sobre la base de la consolidación de procesos democráticos análogos.

Pero también pertenece a la periferia el conjunto de nuestros contenciosos pendientes de solución con otros países. En primer lugar, con respecto a Gran Bretaña sobre la plaza de Gibraltar. Indudablemente, el contencioso anglo-español no se adecúa en modo alguno a los que normalmente suceden entre países pertenecientes ambos al Centro. El conflicto de las Malvinas es buen recordatorio para aquéllos que anden flacos de memoria. Las conversaciones iniciadas durante el franquismo, en tiempos del ministro Castiella, han avanzado muy poco en casi un cuarto de siglo. El franquismo fue una excusa válida en el pasado para la cerrazón británica. Hoy, con una España democrática, miembro de la Comunidad Europea y de la Alianza Atlántica, las cosas no han variado sensiblemente. Gibraltar es el único caso de descolonización aún pendiente de realizar en el continente europeo. Para Gran Bretaña la cuestión de la soberanía no es negociable; para España, la presencia británica en el Sur de la Península es un atentado a la soberanía nacional y a la integridad territorial. Lamentablemente, la pertenencia de ambos países, incluso la existencia de una base militar, a la Alianza Atlántica no ha modificado un ápice la situación. Si se lleva el análisis a las últimas consecuencias, incluso ha sido España la que ha modificado sus posiciones —en parte, como demostración de buena voluntad; en parte, como obligación derivada de su adhesión al Tratado de Roma— al abrir la verja, obstáculo para la libre circulación de personas y mostrando su disponibilidad para abrir un proceso negociador a largo plazo.

En segundo lugar, sin que el orden suponga una jerarquía, figura el contencioso multifacético hispano-marroquí. Durante

largos años Marruecos era la constante en nuestra política exterior y, en más de una ocasión, el referente obligado para más de un problema interno; el recordatorio de la Semana Trágica no es baladí. Concluida la etapa del Protectorado, Sidi Ifni es el único testimonio de un conflicto armado de España en el exterior durante el último medio siglo. Después vendría el litigio surgido en torno a la soberanía sobre el Sahara Occidental y que tan pésima solución tuvo, por parte de España, en los acuerdos tripartitos de Madrid de 1975. La titubeante postura española ante la descolonización del Sahara Occidental hizo que el Maghreb se convirtiese en una cuestión obsesiva para nuestra diplomacia; obsesión que, frecuentemente, tuvo un efecto paralizador sobre posibles iniciativas y, de paso, convertía a España en un rehén de los países del Norte de África; nuestra diplomacia ha venido oscilando en una política triangular entre Argelia, Marruecos y el Frente Polisario. La marginación de la cuestión saharauí en los años de la transición, el no despertar una cuestión que podía enfrentar a los nacientes partidos políticos, también tuvo no poco que ver con los efectos del consenso aplicado a la política exterior. Incluso hubo momentos, como la posibilidad de que la OUA afirmase la africanidad del archipiélago canario, que de alguna forma neutralizaron todas nuestras posibilidades de actuación en el continente africano.

Los contenciosos y los conflictos que hipotecan la libertad de actuación de la diplomacia española están en función de nuestras relaciones con el Maghreb.

Pero, indudablemente, los nombres de Ceuta y Melilla son los que concitan una mayor inestabilidad en el contencioso hispano-marroquí. Las posturas son antagónicas: para Madrid, la españolidad de ambas plazas es innegociable e indiscutible; para Rabat, se trata de un tema de descolonización cuya permanencia afecta a la soberanía y a la integridad territorial de Marruecos. En una perspectiva lógica, se trata de una cuestión que puede ser planteada por Rabat en el momento que considere más oportuno para sus intereses. En este sentido han de interpretarse las dos iniciativas más recientes del soberano Hassan II, ya que es una cuestión que dirige él mismo personalmente. La primera en el tiempo ha sido la propuesta de creación de una célula de reflexión bilateral que, sin prisas, estudie las posibilidades de todo tipo necesarias para llegar a un acuerdo o principio de solución a esta cuestión. La segunda, también debida a una iniciativa de Hassan II, ha consistido en la propuesta de constitución de una zona de seguridad en el Estrecho, bajo la protección de las «Tres Coronas»; en esta oferta se sitúan en un mismo paquete Ceuta, Melilla y Gibraltar (ésta última, conservando sus actuales características militares). Se trataría de colocar, según Hassan II, el control de la zona del Estrecho en manos de sus ribereños. Al margen de la difícil problemática constitucional que suscita la invocación de las «Tres Coronas», dadas las profundas diferencias existentes entre el sistema constitu-

***España se halla inserta
en la zona fronteriza
y móvil que separa o une
al centro y la periferia.***

cional de cada uno de los tres países, es obligado reconocer la audacia de la propuesta que emplaza la cuestión en un nivel superior, al otorgarle un rango multilateral que, en cierta medida, lo enlaza con la estrategia de la Alianza Atlántica en su Flanco Sur. Por lo demás, no puede olvidarse que Marruecos, aliado excepcional de Washington, también está conectado en medida no despreciable con los mecanismos logísticos de la OTAN.

Ninguna de estas ofertas negociadoras, al margen de su mayor o menor viabilidad o grado de credibilidad, ha merecido contestación por parte del Gobierno español que, con una cierta inconsciencia, relanzó el tema en momentos de escasa oportunidad con el discutible proyecto de Ley de extranjería, de aplicación a la población musulmana de Ceuta y Melilla.

Por encima de las posturas que, en los años venideros, puedan irse adoptando —y, en buena lógica, la única vía parece ser la apertura de un proyecto negociador de considerable duración, en el que tuvieran tratamiento diferenciado la cuestión de la población y la problemática territorial— también parece fuera de discusión que se trata de un contencioso situado en las fronteras del Centro con la Periferia. Más allá de la consideración que el contencioso en cuestión merezca para las partes directamente concernidas, España y Marruecos, parece claro que el Centro no vería con simpatías la cristalización de un conflicto armado en área tan decisiva para sus intereses militares y que, además, enfrentaría a un país miembro de la Alianza con otro país también aliado de Washington. Y, aunque los futuribles nunca son aconsejables en este tipo de análisis, la estabilidad que Marruecos proporciona en el Norte de Africa sería un factor a tener muy en consideración en el momento de la asunción de responsabilidades por parte de los socios de la OTAN. El nombre de

las Malvinas debe evocar una doble lectura en la práctica española: una, de aplicación directa a Gibraltar, y otra de interpretación inmediata para el supuesto marroquí.

IV.

De todo lo anterior puede deducirse que España, por razones culturales, socioeconómicas, estratégicas y de geopolítica, se halla inserta en la zona fronteriza y móvil que separa o une, depende de las situaciones concretas, al Centro de la Periferia. Lógicamente, la geografía no puede cambiarse según las intenciones de los gobernantes. Una interpretación grosera afirmaría que España es Europa, Centro, a parte entera; tal modo de ver las cosas minusvaloraría dos cuestiones básicas y que hemos tratado de subrayar a lo largo de nuestra reflexión. La primera, que la europeidad de España se enriquece y cobra dimensiones más respetables a través de su americanismo y de su mediterraneidad. La segunda, que los contenciosos pendientes o los conflictos potenciales que hipotecan la libertad de actuación de la diplomacia española están en función de nuestras relaciones con el Maghreb (con la excepción, que no es fruto del azar, de

la presencia administrativa y militar británica en Gibraltar).

Ahora bien, no parece fácil, tampoco es el momento histórico ni se dan las circunstancias requeridas, para alcanzar un nuevo consenso entre los partidos políticos y las fuerzas sociales en presencia sobre cuestiones tan opinables. Todo lo cual apunta a que ya que, constitucionalmente, el Ejecutivo dirige la política exterior, suya será la responsabilidad de la acción que en cada uno de estos contenciosos deba o pueda adoptarse. Finalmente, también será responsabilidad suya el agrupar masivamente tras sus propuestas a la opinión nacional. En estos casos, los sentimientos de la opinión son decisivos y fundamentales para respaldar una acción de gobierno. Las dificultades parecen surgir cuando se ha fomentado tan extraordinariamente la conciencia europea que la opinión pública se ha visto privada de oportunidad para fomentar otras opciones complementarias, pero no alternativas ni tampoco excluyentes. En consecuencia, España y los españoles han de ser muy conscientes en el diseño de su política exterior de su condición dual: país central y periférico o, si se prefiere, país que vive en los límites del imperio, con todas las ventajas e inconvenientes que esta doble dependencia implica.



ACTUALIDAD

4

CHILE: EL PLEBISCITO Y LA TRANSICION

Manuel Antonio GARRETON

En este trabajo intentamos presentar el marco político de una posible transición a la democracia en Chile, centrándonos en la coyuntura plebiscitaria de 1988. En la primera parte indicaremos las causas que llevaron al golpe militar de 1973. Luego describiremos la evolución política del régimen militar y de la oposición a él. En la segunda parte analizaremos la perspectivas de transición, para lo que definiremos las características de estos procesos; luego intentaremos responder por qué no ha habido transición hasta ahora y, finalmente, explicaremos las dinámicas de transición y cambio que pueden desencadenarse en los diversos escenarios del fenómeno del plebiscito de 1988. Todo ello, en forma sintética y a manera de proposiciones más que de una argumentación detallada.

I. EL GOLPE DE ESTADO DE 1973 Y LA EVOLUCION DEL REGIMEN MILITAR Y SU OPOSICION

El golpe de 1973

El derrumbe del régimen democrático chileno en 1973, cristalizado en el golpe militar de septiembre de ese año, encabezado por el general Pinochet y los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y Carabineros, obedece a una compleja combinación de factores de largo plazo y coyunturales. Entre los primeros, de tipo más estructural, cabe mencionar, por un lado, la creciente incompatibilidad —a los ojos de los actores sociales y políticos relevantes— entre un proceso progresivo de democratización social y un modelo de desarrollo que había perdido su capacidad de seguir sosteniendo y ampliando ese proceso. Por otro lado, en un clima ideológico-político de alta radicalización y polarización, la incapacidad de los actores sociopolíticos de establecer un consenso en torno a las transformaciones necesarias que permitiera constituir una mayoría efectiva para impulsarlas dentro de un marco democrático, neutralizando las fuerzas conservadoras o desestabilizadoras. Los rasgos anteriores, propios de la década del 60, se agudizaron en el período 1970-1973 al desencadenarse un profundo proceso de cambio social, que buscaba alterar el patrón de

«desarrollo capitalista dependiente» para sostener y profundizar el proceso de democratización, encabezado por el Presidente Allende y la coalición denominada Unidad Popular cuyo eje eran los partidos socialista y comunista. Este proyecto de transformación y democratización se alejaba del modelo capitalista, pero se mantenía en el marco del régimen democrático. Dirigido por la izquierda, no logró conformar un bloque político mayoritario que incorporara a los sectores medios, para impedir la insurrección de la derecha y los sectores capitalistas afectados y neutralizar la intervención desestabilizadora de los EEUU y la autonomización institucional de tipo golpista de las FFAA.

El golpe militar de 1973 se da en un clima de alta polarización, donde se han debilitado o anulado los mecanismos institucionales de resolución del conflicto político; los sectores medios y el centro político han perdido su lealtad al régimen democrático; los sectores de derecha y capitalistas se han definitivamente «fascistizado»; las expresiones políticas de los sectores populares se han radicalizado sin capacidad de manejo del Estado; las Fuerzas Armadas se han autonomizado del poder político y deciden jugar el rol de árbitro sesgado en favor del derrocamiento y del término del régimen democrático; y la sociedad presenta los rasgos típicos de un capitalismo en descomposición, sin reemplazo por un modelo alternativo coherente.

Para el conjunto del país, el golpe significó no sólo el término de un proyecto político particular sino el derrumbamiento de un sistema político construido durante décadas y el fin de una época de organización de la sociedad. Para el sector derrotado el golpe significó el inicio de un proceso de represión, dispersión y clandestinidad. Para el sector victorioso, junto con el alivio coyuntural por el fin de la amenaza a su posición dominante en la sociedad, el

*El golpe significó el
derrumbamiento de un
sistema político construido
durante décadas
y el fin de una época de
organización de la
sociedad.*

golpe abría la oportunidad para un nuevo proyecto histórico de recomposición capitalista y de construcción de un nuevo sistema de relaciones entre Estado y sociedad. En el seno de este sector heterogéneo, las diversas orientaciones posibles para este proyecto quedan subordinadas a las tareas iniciales de estabilización económica y control político militar, lo que privilegia el papel de las Fuerzas Armadas como actor predominante de este bloque.

La primera fase del régimen militar

En los primeros años que siguen al golpe las tendencias principales del régimen son: la prioridad asignada a las tareas represivas y de control con sólo la definición más a largo plazo del nuevo modelo económico, definido como «desarrollo hacia afuera» y revirtiendo el papel redistributivo y activo del Estado; y la personalización creciente del liderazgo político y militar en Pinochet, con la subordinación de las otras ramas de las FFAA al Ejército. No hay en estos primeros años propiamente oposición, sino dispersión, resistencia para sobrevivir y mantener los aparatos organizacionales y lucha contra la represión encabezada por la Iglesia, que aparece como el único actor frente al poder militar-estatal, jugando un papel de defensa y de espacio de reconstitución mínima de organizaciones sociales y políticas. La resistencia armada o insurreccional es mínima y aislada y sometida a un implacable aplastamiento. En este período se produce también la evolución de la Democracia Cristiana hacia la oposición al régimen militar.

La institucionalización del régimen militar

A partir de 1976/1977 el régimen militar inicia un proceso de institucionalización de un modelo de sociedad en los diversos

En 1976/77 el régimen militar inicia un proceso de institucionalización de un modelo de sociedad en sus distintos ámbitos.

ámbitos de ésta (relaciones laborales, reforma regional y administrativa, privatización de la salud y la previsión social, reforma educacional, municipalización) que acompaña la intensificación de un modelo económico caracterizado por el predominio del capital financiero, la orientación hacia la economía internacional, la reducción de las funciones del Estado, el privilegio irrestricto a los mecanismos del mercado y la concentración del poder en un número muy restringido de grupos económicos de gran envergadura. Todo ello manteniendo un fuerte marco represivo y una centralización personalizada en Pinochet de los aparatos de seguridad encargados de las operaciones en esta materia. Las consecuencias de este proceso de institucionalización (creación de reglas del juego o cristalización institucional de las transformaciones estructurales), a nivel de la sociedad, y que fue denominado «las modernizaciones», fueron principalmente tres. Un aparente crecimiento económico basado en el endeudamiento externo y un alto consumismo y movimiento especulativo, sin bases en una inversión que los sostuviera. Por otro lado, la consolidación en la dirección del Estado de un núcleo formado por el liderazgo político-militar personalizado en Pinochet y por el grupo tecnocrático-político encargado de la conducción económica («los Chicago boys»), que logran imponerse a todos los otros sectores que participaron o apoyaron el golpe, tanto a los empresarios como a los grupos políticos

***De 1976 a 1982 la Iglesia
mantiene su papel
como principal actor
y espacio político.***

de derecha dispersos después de la disolución del Partido Nacional y su fusión con el régimen. Finalmente, se producen transformaciones en la sociedad en el sentido de una desarticulación de la relación clásica entre Estado y sociedad civil, la atomización y empobrecimiento de ésta, el debilitamiento de actores sociales y políticos, la desindustrialización y la reversión del proceso de democratización social desarrollado hasta 1973.

La culminación de este proceso de institucionalización se encuentra en el plano estrictamente político, con la imposición de la Constitución de 1980 que consagra la mantención del régimen militar hasta 1989, consolidando el liderazgo político militar de Pinochet y el marco represivo, y la postulación de un régimen autoritario con posterioridad a esa fecha. Este futuro régimen se caracterizaría por un sistema político presidencialista y de participación y representación restringida y excluyente, poder tutelar de las Fuerzas Armadas, e intangibilidad de instituciones para asegurar el carácter autoritario permanente. Este tránsito de un régimen militar a un régimen autoritario se trata de hacerlo coincidir con la mantención de Pinochet en el poder hasta 1997, para lo cual se establece que en 1988 los Comandantes en Jefe someterán a plebiscito el nombre de un candidato a Presidente para el período 1989-1997.

Desde el punto de vista de la oposición

al régimen, el período que va desde 1976/77 a 1982/83 se caracteriza, en primer lugar, por la mantención del papel de la Iglesia como principal actor y espacio político; por el resurgimiento de organizaciones sociales y culturales con preeminencia sobre las propiamente políticas y por una dificultosa articulación entre ambas; por las resistencias corporativas y dificultades de una oposición global y por una lenta recomposición político-partidaria que busca formas parciales de concertación. En todos estos procesos se va consolidando una franja de militantes político-sociales, algo así como clase política intermedia, entre la organización partidaria y social con relativa autonomía de ambas y que logra mantener la continuidad de una movilización opositora puntual, esporádica, pero consistente y siempre reprimida. Con ocasión del plebiscito que consagró la Constitución de 1980 y al que la oposición negó legitimidad, pese a que mayoritariamente participó en él, se producen dos fenómenos: por un lado, se alcanza el más alto nivel de concertación opositora hasta entonces. Por otro lado, parece agotarse una etapa y los diversos partidos de oposición inician procesos internos de reestructuración que dificultan la acción común y que son: la renovación del liderazgo democratacristiano —más proclive a alianzas con otros sectores—, los intentos de renovación y reunificación del campo socialista fragmentado, y el viraje del Partido Comunista hacia posiciones insurreccionales y alejadas de su línea tradicional

La crisis de 1983 y su proyección hacia 1988

Entre 1981 y 1983 se asiste al colapso del modelo económico del régimen debido a su debilidad interna y vulnerabilidad externa, lo que, entre otros efectos, provoca la descomposición del núcleo hegemónico con la pérdida de poder del equipo

«Chicago», la fragmentación del bloque civil de apoyo con crecientes críticas de la clase capitalista y la adopción de políticas erráticas y de corto plazo para administrar la crisis. Todo ello parece empantanar el modelo fundacional de transformación social del régimen. Cuando la crisis afecta directamente a los sectores medios y éstos junto a las clases populares y a las organizaciones sociales y políticas irrumpen en la vida pública, a través del Movimiento de Protestas, a mediados de 1983, el gobierno de Pinochet inicia un proceso de «apertura» errática e informal. Ella no va destinada a desencadenar una transición, sino a recomponer el bloque civil de apoyo, lo que activa la reorganización política de la derecha, y a encadenar a la oposición en la institucionalidad vigente, lo que obliga a aceptar la organización opositora y su expresión pública, pero manteniendo las exclusiones y la represión, y sin abrir una arena política formal. A partir del año 1985, el régimen militar logra resolver parcialmente los problemas de endeudamiento externo, desde la perspectiva de los acreedores, y retomar algunos de los elementos de su proyecto de modernización sin que esto implique el mejoramiento de las condiciones generales de la población ni de la situación distributiva. La tarea política principal del régimen, a la que subordina todo el resto, es asegurar el itinerario y las instituciones previstas por la Constitución del 80 y generar las mejores condiciones para garantizar la mantención de Pinochet en el poder a través del plebiscito de 1988. La derecha política logra una parcial unificación a través del Partido Renovación Nacional, en el interior del cual se produce su gran dilema: ser el partido sucesor del régimen plegándose irrestrictamente a Pinochet, o convertirse en la futura derecha democrática. Hasta ahora se privilegia la primera opción. La segunda parece quedar reducida al Partido Nacional, que permanece en carácter minoritario y con algunos lazos tenues hacia la oposición.

La crisis del régimen, que en 1983 se expresó en la confluencia, por primera vez en varias décadas, de sectores medios y populares en la oposición en el espacio público como efecto de las movilizaciones populares, conocidas como las Protestas Nacionales. Desde 1983 se asistió, con flujos y reflujos, a un renacimiento de la sociedad civil, al resurgimiento de la acción colectiva, a la presencia física y a través de ciertos medios de comunicación de la oposición en la vida nacional. Pese a los recrudecimientos represivos el escenario político cambió. Sin embargo, estos procesos de movilización social y popular, pese a su masividad y persistencia en el tiempo, adolecieron de dos defectos que impidieron transformarlos en desencadenantes de un término del régimen y de una efectiva transición a la democracia. Por un lado, al carecer de una fórmula o propuesta política concreta de transición que permitiera negociar el marco institucional con un gobierno a la defensiva, las movilizaciones privilegiaron al aspecto agitativo y de contenido simbólico-expresivo con desmedro de los elementos reivindicativos y político-instrumentales. Ello, por otro lado, llevó al desgaste y erosión de la base social movilizadora que fue reduciéndose a los núcleos militantes y a los sectores poblacionales jóvenes. Todo lo cual permitió al régimen recuperarse en parte de la crisis económica y utilizar las movilizaciones para generar la imagen de «caos y anarquía», lo que tiende a sustraer de las movilizaciones a las capas

***Entre 1981 y 1983 se
asiste al colapso
del modelo económico del
régimen debido a su
debilidad interna y
vulnerabilidad externa.***

medias e incluso a sectores de clase obrera amenazados por la cesantía.

Por su parte, la oposición propiamente político partidaria, enfrentada a sus propios problemas de reconstitución interna, no logró transformar su fuerza social en fuerza política al enfrascarse en un proceso de constitución de bloques ideológicos, preocupados más de conservar y reproducir identidades y asegurar liderazgos que de proponer una fórmula institucional unitaria de transición. Las creencias en la inminencia de un derrumbamiento del régimen de ingobernabilidad provocada por la movilización social, y en la unidad orgánica de la oposición como garantía de la caída del régimen, llevaron a planteamientos abstractos que escondían diseños diferentes y que no hacían sino prolongar un enfrentamiento con el régimen que, al carecer de arena de resolución del conflicto, aseguraban su mantención hasta 1989. Así se imponía el diseño institucional del régimen al que la oposición no podía sino plegarse a regañadientes.

Desde finales de 1986, catalizado por las acciones del Frente Manuel Rodríguez (internación de armas, atentado contra Pinochet), que mostraban las ambigüedades del Partido Comunista, parece cerrarse el ciclo de las grandes movilizaciones, aun cuando haya algunas expresiones masivas en 1987, y también se esfuman los mitos en torno al derrocamiento del régimen. Por su parte éste intensifica

La oposición no logró transformar su fuerza social en fuerza política al enfrascarse en un proceso de constitución de bloques ideológicos.

la institucionalización de su diseño de tránsito a un régimen autoritario a través del plebiscito de 1988, promulgando las «leyes políticas» (registros electorales, partidos políticos, etc.) y creando las condiciones para asegurar la candidatura y el triunfo de Pinochet en ese plebiscito. La oposición realiza un proceso de aprendizaje de lo que fue el ciclo de las movilizaciones y de lo que puede esperarse de un proceso de transición. Así, si en 1987 la oposición propone la idea de «elecciones libres» como opuesta al plebiscito y llama a la inscripción en los registros electorales (lo que ya implica un avance en la concepción de un enfrentamiento institucional frente al mito del «derrumbamiento» o «derrocamiento»), a principios de 1988, reconociendo la inevitabilidad del diseño del régimen, todos los partidos de oposición, con la excepción del Partido Comunista, acuerdan enfrentar al régimen en el plebiscito sucesorial votando por el NO y esbozando un esquema de transición en torno a este evento.

II. PERSPECTIVAS DE LA TRANSICION A LA DEMOCRACIA EN 1988

Para enfocar este problema cabe, en primer lugar, referirse a las características básicas de un proceso de transición desde un régimen militar a un régimen democrático. Luego, sintetizar los factores que han impedido hasta ahora el desencadenamiento de este proceso. Finalmente, examinar las dinámicas de transición que pueden desencadenarse a partir de la coyuntura plebiscitaria de 1988.

¿En qué consisten las transiciones a la democracia?

Cuando hablamos de transición política nos referimos exclusivamente a un proceso de cambio de régimen, lo que deja pen-

dientes otros problemas de la sociedad como, por ejemplo, el de su democratización social o global. También las transiciones deben distinguirse de los procesos de consolidación de un nuevo régimen y, a su vez, estos procesos de consolidación pueden incluir elementos de democratización política que una transición dejó incompletos.

El término de una dictadura o régimen militar puede producirse por derrota militar (externa o interna) o colapso, o por decisión y administración de salida por parte de los titulares del poder. En los casos de dictadura puramente personal puede bastar la eliminación del dictador para provocar el derrumbe del régimen, lo que no ocurre cuando hay una combinación de dictadura personal y régimen militar, por cuanto éste supone la negociación con una organización permanente como son las FFAA.

Las transiciones de regímenes militares a democracias no se producen generalmente por derrota militar interna o colapso, en cuyo caso estaríamos en presencia de revoluciones y no de transiciones. Esto significa que, junto a procesos de descomposición interna del régimen y de movilización popular contra él, estas transiciones pasan necesariamente por negociaciones y enfrentamientos institucionales entre régimen y oposición. Estas confrontaciones institucionales (reformas a la Constitución, plebiscito, elecciones, etc.) normalmente se hacen bajo las reglas de la dictadura, pero para terminar con ella. Si la oposición no logra negociar o imponer el escenario de ese enfrentamiento, éste será el impuesto por la dictadura y tenderá a girar sobre el cambio del marco institucional o la cuestión sucesorial. Si una dictadura militar logra institucionalizarse convirtiéndose en régimen autoritario, el paso a un régimen democrático se tenderá a hacer por transformación interna y gradual del régimen debido a presiones de la oposición «desde dentro».

Las transiciones a la democracia pasan necesariamente por negociaciones y enfrentamientos institucionales entre régimen y oposición.

Además de los elementos señalados —descomposición interna, movilizaciones populares, resolución institucional del conflicto régimen-oposición y negociación entre éstos—, las transiciones implican normalmente procesos de mediación de actores o instituciones que se ubican por encima de régimen y oposición y que pueden ser nacionales o extranjeros.

¿Por qué no ha habido transición en Chile?

La ausencia de una transición a la democracia en Chile hasta ahora, retomando elementos descritos en la primera parte y a partir de los factores de transición recién mencionados, puede explicarse en síntesis de la siguiente manera.

Desde el punto de vista del régimen, la combinación de dictadura personal con régimen militar institucionalizada a través de la jerarquía militar y de la Constitución del 80, la ausencia de una protesta empresarial estrictamente política y las dificultades de constitución de un bloque de derecha auténticamente democrática, limitaron la descomposición interna del régimen, impidieron un escenario regulado de permanente enfrentamiento con la oposición, garantizaron la cohesión de las FFAA y aseguraron un consenso respecto de la mantención del régimen y de la cuestión sucesoria. Ello impidió una transición «desde arriba».

Desde el punto de vista de la oposición,

ella no logró transformar su fuerza social en una propuesta política de transición que tomara en cuenta la institucionalidad del régimen para modificarla, ni articular así tanto a las diversas vertientes ideológico-políticas como a la política cupular con un movimiento social que tampoco logró constituirse como actor autónomo. Ello tiene sus raíces tanto en la configuración histórica, orgánica e ideológica de la oposición como en el tipo de transformación social ocurrida bajo el régimen militar que dislocó la relación clásica entre sistema partidario y sociedad. La movilización popular y sus expresiones políticas fueron capaces de transformar el régimen, pero no de cambiarlo. No hubo «transición desde abajo».

No habiendo proyectos consistentes de transición «desde arriba» o «desde abajo», la presión de los actores mediadores por encima de régimen y oposición o se identificó con uno de éstos o fue insuficiente para impulsar dinámicas de transición.

El plebiscito y la posibilidad de transición

Nuestra hipótesis básica es que el plebiscito de 1988, previsto por la Constitución del 80, para pasar de un régimen militar a uno de tipo autoritario y hacer coincidir este paso con la mantención de Pinochet en el poder, presenta una oportunidad para la transición a la democracia que no se ha dado todavía y altera los

factores que hasta ahora la han impedido. Dicho de otra manera, en torno al plebiscito, se haga o no se haga, sea cual sea el candidato, triunfe el SI o el NO, se desencadenan dinámicas de transición aunque ellas sean reversibles. Y no parece haber a corto y medio plazo otra oportunidad que precipite estas dinámicas, aunque no podamos asegurar ningún resultado cierto. Nos mantendremos, pues, en el análisis de probabilidades.

Recordemos que la Constitución del 80 plantea que los Comandantes en Jefe de las FFAA y del Orden deben proponer un nombre como futuro Presidente para el período 1989-1997, el que debe ser plebiscitado. Si no hay unanimidad en el nombre, será el Consejo de Seguridad Nacional el que designe el candidato. Si el plebiscito da como resultado la aprobación popular del candidato único, éste asume la Presidencia y un año después se elige un Congreso bicameral, en el cual el Senado es en parte designado. Desde ese momento rige el articulado definitivo de la Constitución. Si el nombre es rechazado en el plebiscito, Pinochet sigue en el poder por un año y la Junta como Poder Legislativo, y al cabo de un año se realizan elecciones presidenciales y parlamentarias de acuerdo a las normas constitucionales y manteniendo las exclusiones que ella consagra. Hasta aquí el diseño grueso del proyecto del régimen, el que incluye leyes específicas de registros electorales, elecciones, partidos políticos, etc.

En términos generales, nuestra hipótesis se basa en que por primera vez en quince años se produciría un espacio regulado institucionalmente de confrontación entre régimen y oposición que tiene como contenido la mantención o término del régimen. Y hemos dicho que ello es una condición *sine qua non* de las transiciones de este tipo. Por primera vez también se presentan posibilidades de separación del liderazgo político y militar de Pinochet, es decir, de abrir una brecha en-

***El plebiscito de 1988
presenta una oportunidad
para la transición a la
democracia que no se ha
dado todavía.***

tre la adhesión institucional jerárquica y constitucional, por un lado, y la adhesión política, por otro, de las FF AA a Pinochet. Por primera vez, asimismo, el conjunto de la oposición, con una sola excepción hasta ahora (y que muy probablemente variará en las cercanías del plebiscito), enfrentará esta coyuntura con una misma estrategia dejando de lado las identidades y proyectos ideológicos de largo plazo. Si bien éste es un espacio con reglas del juego impuestas y con un alto margen para la manipulación y el fraude, lo cierto es que él facilita mayormente un acuerdo pragmático de la oposición porque no exige ni programa ni liderazgo único.

Los diversos escenarios que examinaremos a continuación muestran más precisamente las dinámicas de transición a que lleva la coyuntura del plebiscito. Los supuestos de estos escenarios son, en primer lugar, que el plebiscito se llevará a cabo y que, en el caso poco probable de no realizarse, los efectos y consecuencias de este hecho son análogos a los que indicaremos en algunos de los escenarios. En segundo lugar, que el candidato será Pinochet, que es el que obtendría mayor votación como candidato del régimen. La hipótesis de un candidato aceptado por la oposición y negociado con las FFAA nos parece de muy baja probabilidad y, en todo caso, nos remite a un escenario que puede definirse como un triunfo anticipado del NO con los efectos válidos para el triunfo de éste en el plebiscito. En tercer lugar, la definición de los escenarios es una construcción social, es decir, más allá de los «datos objetivos» y «contables» se refiere a lo que los actores sociales definen consensual o contradictoriamente.

Los escenarios posibles y probables

El primer escenario posible corresponde al triunfo del SI; es decir, a la aprobación popular al candidato propuesto por

los Comandantes en Jefe. Cuando decimos «triunfo del SI» nos referimos, como hemos indicado en nuestros supuestos, a que el conjunto de actores sociales y políticos, nacionales e internacionales, han aceptado que Pinochet ganó. Esto supone que la oposición no declaró la ilegitimidad previa del acto electoral (ya fuera por un número insuficiente de electores o por manipulaciones institucionales previas) ni tampoco del acto mismo de votación y su recuento. Se trata de un escenario posible, pero casi totalmente improbable. Pero de darse, las perspectivas de transición son las propias de un régimen autoritario, donde la oposición, que correrá el riesgo de dividirse aumentando las tendencias insurreccionales, aunque sin legitimidad masiva, usa el poder adquirido en el plebiscito para negociar mejores espacios y garantías en su participación en las instituciones de representación del régimen (escenario de la transición brasileña). Este sin duda es el escenario que más se aleja de una dinámica de transición rápida; pero es también el menos probable, tanto por lo que muestran las encuestas como por la falta de credibilidad nacional e internacional de Pinochet.

El segundo escenario corresponde al de un resultado de triunfo disputado en que ninguno de los dos bandos reconoce el triunfo del otro y cada uno proclama el triunfo propio. Ello supone que los resultados proclamados por el organismo oficial son negados como imparciales y que

***Por primera vez en
quince años se producirá
un espacio regulado
institucionalmente
de confrontación entre
régimen y oposición.***

***Es necesario transformar
la mayoría social
opositora en mayoría
política, y ésta a su vez
en mayoría electoral.***

la oposición tiene su propio sistema de cómputos. De algún modo este escenario equivale a la declaración de ilegitimidad previa por parte de la oposición o al intento de Pinochet de no realizar el plebiscito. El punto fundamental es que aquí queda planteado el problema de legitimidad del régimen que logre imponerse. Este escenario tiene tres variantes.

En la primera, Pinochet declara nula la elección y ante la situación de «desborde de la institucionalidad y caos» salta sobre su propia institucionalidad en una especie de «autogolpe». Ello implicaría que las FFAA son arrastradas contra la institucionalidad que ellas crearon, y que se intenta recrear las condiciones nacionales e internacionales que viabilizaron el golpe de 1973. Ambos supuestos son altamente improbables, lo que a nuestro juicio los hace inviables aun cuando puedan ser intentados.

En la segunda variante, las Fuerzas Armadas en cuanto tales logran imponer el resultado del SI a su favor, porque no se genera una movilización nacional e internacional opositora suficientemente fuerte, y mantienen el diseño e itinerario constitucional. Esto llevaría a crear una situación de permanente ilegitimidad, donde la cuestión del cambio de régimen estaría presente en cada reivindicación y movilización parcial o general. Ello, a su vez, o conduciría a un escenario cercano a lo que fue El Salvador en algún momento

(una nación desgarrada sin espacio para la política y en guerra permanente), lo que parece poco probable dadas la naturaleza orgánica de las FFAA y las condiciones nacionales e internacionales a este respecto; o llevaría a negociaciones para resolver el problema de legitimidad, lo que acercaría esta variante a la siguiente o al tercer escenario.

La tercera variante, semejante al escenario filipino, es que los actores principales logran imponer en las FFAA el triunfo del NO, con una llamada a no abandonar la movilización en las calles y a una negociación moderada con las FFAA semejante a la del tercer escenario.

Vale la pena llamar la atención que en este escenario de triunfo disputado juegan un rol fundamental los actores mediadores, distintos a régimen y oposición, como pueden ser la Iglesia o actores internacionales, siempre y cuando haya una acción sostenida y coherente de la oposición, a diferencia de lo que ocurrió con el plebiscito de 1980.

El tercer escenario se constituye por el triunfo reconocido del NO al candidato oficial. Nuestra hipótesis es que este hecho implica un vuelco político tal (semejante a la muerte de Franco o a la derrota de Galtieri en Las Malvinas) que lleva a cambio de lo previsto en la Constitución a través de una negociación entre las FFAA y los partidos de oposición triunfadores —probablemente con la intervención de actores mediadores— en torno a una propuesta mínima de transición hecha por la oposición: reforma constitucional a través de un plebiscito que permita elecciones libres generales —presidenciales y Congreso— con un Congreso totalmente elegido que pueda reformar la Constitución del 80 y eliminando las exclusiones políticas. Estaríamos aquí en plena dinámica de transición donde habría que desechar otros temas de negociación. En la medida

que la derecha se hubiera plegado al voto SI, perdería su capacidad negociadora como sector derrotado, lo que excluiría en este escenario la posibilidad de una transición conservadora y restringida. Todas las encuestas muestran una alta probabilidad del supuesto de este escenario: la mayoría del voto NO. Por otro lado, hay elementos que permiten pensar que, pese a los intentos en contra, una clara mayoría por el NO debería ser reconocida por las FFAA, lo que hace este escenario difícil pero probable.

Las condiciones de un escenario de transición

Las hipótesis y escenarios señalados nos permiten concluir que, en ningún caso, las cosas seguirán como están y que las dinámicas de transición son altamente probables. Pero ello supone ciertas condiciones que deben prepararse desde ahora.

La primera es transformar la *mayoría social* opositora, que según todas las investigaciones es abrumadora, en *mayoría política* (lo que no ocurrió en 1983 pese a tener mayoría social), lo que ha ocurrido en gran parte faltando la incorporación comunista y la definición de un claro acuerdo táctico postplebiscito. Pero a su vez esta *mayoría política* (acuerdo táctico del conjunto de los actores políticos y sociales de oposición sobre una sola línea de acción) debe transformarse en *mayoría electoral*, lo que plantea el problema de combinar un discurso que venza la renuencia a participar de los sectores «duros» contra Pinochet, con un discurso que asegure el orden a los sectores «blandos» que quieren votar NO, pero están atemorizados del futuro.

La segunda es la definición desde ahora por parte del conjunto de partidos opo-

Que las dinámicas de transición que desate la coyuntura plebiscitaria sean probables no quita que esta transición pueda ser reversible.

sitores de una propuesta precisa para el postplebiscito, lo que supone la definición consensual tanto de los escenarios probables como de la voluntad de hasta dónde se llegará dentro del marco institucional. La posibilidad de una movilización social sostenida en torno al plebiscito y sus consecuencias dependen de estas definiciones.

La tercera es el fortalecimiento de los actores mediadores y la concertación con ellos, tanto los nacionales como los internacionales.

Que las dinámicas de transición que desate la coyuntura plebiscitaria sean probables no quita que esta transición pueda ser reversible. Ello nos llevaría a discutir los problemas de consolidación democrática, lo que no corresponde hacer aquí. En el plano estrictamente político, digamos solamente que esta consolidación está ligada a la reconstrucción del sistema político, lo que supone una redefinición del papel del Estado y del control democrático de éste, especialmente del papel de las FFAA, a una reformulación de las relaciones entre sistema político y sociedad civil con creciente autonomía de ésta, y a una reestructuración del sistema partidario con especial énfasis en la construcción de una coalición mayoritaria que asegure a la vez adhesión democrática y cambio social.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

FUNDACION

PABLO

IGLESIAS

REPARTO DE

TRABAJO Y

CRISIS SOCIAL

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

El presente libro recoge las ponencias y los debates que se desarrollaron en el seminario «Reparto de trabajo e integración social de los jóvenes», organizado por la Fundación Pablo Iglesias en febrero y marzo de 1985, con la colaboración y el apoyo de la Secretaría General de Economía y Planificación y el Instituto de la Juventud del Ministerio de Cultura.

Reparto de trabajo y crisis social
Fundación Pablo Iglesias
Editorial Pablo Iglesias
367 págs. 1.600 ptas.

¿Es urgente e imprescindible intervenir en el mercado de trabajo para repartir de otra forma el tiempo que cada persona dedica a trabajar? ¿Es al menos necesario? En caso de hacerlo, ¿cómo es más conveniente, flexibilizando el mercado, disminuyendo el período de vida activa o acortando la jornada? ¿Es éste el momento apropiado o conviene aguardar la bonanza económica? ¿Cuánto más pueden esperar los jóvenes?

La respuesta a estas preguntas depende en gran parte de la siguiente alternativa: o bien se considera que la llamada crisis es un efecto directo y único de la conjuntura económica, o bien se interpreta que la situación económica actual no es sino un factor más de la profunda transformación de la estructura social que se está produciendo en los últimos años.

Este libro aporta elementos para el debate sobre cuáles pueden ser los caminos que nos lleven de un modo más justo y eficaz a la mejora de la situación laboral en España.

J. Carabaña, I. Cruz, A. de Miguel,
A. Espina, Ll. Fina, A. García de Blas,
L. Garrido, E. Gil Calvo,
E. Lamo de Espinosa, J.R. Lorente,
J.L. Malo, E. Punset, G. Rodríguez Cabrero,
L.A. Rojo, S.M. Ruesga, F. Sáez Fernández,
J. Sánchez Fierro, J.M. Sánchez Molinero,
L. Toharia, J.M. Zufiaur.

Pedidos:
Editorial Pablo Iglesias
C/. Monte Esquinza, 30 - 28010 Madrid
Tels.: 410 46 96 - 410 47 98



FUERZA Y DEBILIDAD DEL FRENTE POPULAR EN LA GUERRA CIVIL

Santos JULIA

Cuando se analizan las sucesivas políticas diseñadas por los gobiernos de la República Española —tanto en tiempos de paz como en la guerra— lo que llama con más fuerza la atención es su carácter de proyecto, de esbozo no cumplido. No porque falten las voluntades y ni siquiera porque no se elaboren los programas, sino por una especie de debilidad estructural, que afecta tanto al sistema político republicano considerado en su conjunto como a las distintas coaliciones que se sucedieron en el poder. Debilidad inaugurada por la primera coalición republicano/socialista y que impregnó profundamente su ambicioso programa —probablemente el único que pretendía de una manera global la reforma de la sociedad y del Estado— pero que puede predicarse también de la coalición de las derechas, que durante el primer año de su gobierno fue incapaz de desarrollar una política coherente de rectificación y que luego, en 1935, fracasó en el intento de desarrollar una política decididamente reaccionaria. Si 1932 y 1933 fueron suficientes para mostrar los límites del reformismo republicano/socialista, 1934 reveló que en España tampoco existía una coalición de fuerzas capaz de llevar adelante una coherente política conservadora, mientras 1935 evidenciaba que la temida reacción fascista estaba lejos de poder avanzar a la manera italiana o alemana. En este sentido, la revolución de los socialistas en octubre de 1934 es el correlato de la reacción fascista que la CEDA desplegó en 1935, malas copias ambas de sus respectivos originales.

Realmente, la República se caracterizó tanto por la abundancia y diversidad de proyectos o programas políticos —reformadores, revolucionarios, rectificadores, reaccionarios o fascistas— como por sus límites, sus debilidades y en definitiva su sucesivo fracaso.

Hipótesis sobre la debilidad política del Frente popular

El Frente popular español no se libró tampoco de esta norma general. Nunca tuvo un programa político que fuera no ya elaborado por todos los partidos y organizaciones que formaron la coalición, sino ni siquiera aceptado por cada uno de ellos sin reservas ni, claro está, llevado a la práctica desde el gobierno. Este fenómeno puede entenderse como manifestación de otro que afecta más radicalmente al sistema de la política y que está relacionado con la misma incierta composición del Frente popular en España y con su intermitente desaparición y renovación. Además de carecer de un programa explícito y aceptado por todos, el Frente popular careció de organismos centrales que establecieran una política común o que asistieran a los diferentes gobiernos en el desarrollo de esa política.

¿A qué se debe este hecho? Las razones parecen claras por lo que se refiere a la primavera de 1936. El programa firmado el 15 de enero sólo abusivamente puede llamarse programa de frente popular: fue elaborado por los republicanos —y más concretamente, por el partido republicano de centro, el Partido Nacional Republicano, que luego, para mayor paradoja, no firmaría el pacto— y presentado exclusivamente a los socialistas, cuya fracción de izquierda, fuerte sobre todo en la Unión sindical, se limitó a exigir que se incluyeran en el texto del programa los puntos de desacuerdo. Se dió así el caso de que el programa de una coalición incluyera también de forma expresa los desacuerdos entre sus partes. Pero siendo esto importante no era lo esencial, que radica, a mi juicio, en que por decisión de la UGT el gobierno que se formaría tras las elecciones no sería un gobierno de coalición sino exclusivamente republicano. Dicho de otra forma, la coalición, formada como mera alianza electoral, dejaría de existir el día siguiente de alcanzar su triunfo en las urnas. La composición y el programa del gobierno serían por tanto meramente republicanos. El gobierno fue, en realidad, expresión de la izquierda republicana y, aunque se apoyara parlamentariamente en otros partidos, podría temerse, como ya temía Togliatti, que «vacilaría considerablemente incluso para poner en práctica el propio programa de Frente popular» (1). Un programa que era la explícita manifestación de desacuerdos y un órgano ejecutivo que estaba lejos de representar al conjunto de fuerzas coligadas parecen razones suficientes para explicar la profunda debilidad política que afectó desde su constitución a los

gobiernos republicanos —mal llamados de frente popular— formados desde febrero de 1936.

Santos Juliá

Pero cuando esos gobiernos dejaron paso a un verdadero gobierno de coalición en septiembre de 1936, el sustituto tampoco se caracterizó por llevar adelante sin vacilaciones un programa explícitamente frentepopulista. La razón, en este caso, podría parecer exactamente la contraria de la anterior: si hasta septiembre de 1936 los gobiernos llamados de frente popular eran en realidad exclusivamente republicanos, a partir de septiembre los gobiernos presididos por Largo Caballero reunieron a un conglomerado de fuerzas que excedía con mucho a las que firmaron al pacto electoral. En esos gobiernos entraron los nacionalistas vascos de derecha, que se habían presentado a las elecciones de febrero en una candidatura propia; pero, además, y más importante, quienes asumieron en el gobierno, tras el reajuste de noviembre, las posiciones más relevantes fueron los dos grandes sindicatos que no sólo no habían aceptado nunca la política de frente popular —aunque la UGT hubiera firmado el manifiesto o programa electoral— sino que se habían mostrado adversarios decididos, en nombre de la revolución obrera, de los partidos que defendían una política de defensa de la República. Podría decirse que si los gobiernos republicanos no llevaron a cabo desde febrero a septiembre de 1936 una política frentepopulista por defecto, los gobiernos que les sucedieron desde ese mes hasta mayo de 1937 no la habrían realizado por exceso: con la revolución social en marcha, retornar a un programa de frente popular habría equivalido a dar un paso atrás, hacia la defensa de objetivos superados por la misma revolución.

En tales condiciones, el Frente popular no sería más que la fórmula política a la que recurrieron comunistas, socialistas y republicanos con objeto de asegurar una presencia subordinada en los organismos que sustituyeron, con la hecatombe del Estado, a las autoridades republicanas, e intentar desde ahí recuperar las posiciones perdidas para frenar primero y liquidar después la revolución. Disuelto en la práctica inmediatamente después de su triunfo electoral de febrero, el Frente popular aparece así, durante los primeros meses de guerra, como uno de los sectores que aglutinan distintas fuerzas contra la reacción, pero no el principal y ni siquiera el que es capaz de formular una política, un programa. No existe en esos momentos ningún acuerdo programático entre los partidos comunista, socialista y republicanos; no hay tampoco ningún comité nacional de frente popular, ni siquiera puede decirse que, considerados aisladamente, los partidos integrantes de la coalición de izquierdas de febrero tuvieran en julio un programa para hacer frente a la guerra y dirigir la revolución. La política frentepopulista, que era una política de defensa de la democracia, habría quedado desbordada por la revolución obrera dirigida en unas

regiones por la CNT y, en otras, por los comités o las alianzas obreras formadas por los dos grandes sindicatos. De ahí su debilidad.

Ahora bien, cuando se estudia la actuación de los dos grandes sindicatos desde la misma tarde del golpe y la política desarrollada por los gobiernos presididos por Largo Caballero como secretario general de la UGT con el apoyo, primero, y la participación enseguida de la CNT no es posible observar diferencias sustanciales con lo que en aquellos meses propugnaban quienes insistían en la necesidad de defender la República. Es más, los supuestos ideológicos y estratégicos en los que se fundamentó la línea política seguida por los dos sindicatos que se presentan como agentes de la revolución obrera no ofrecen tampoco grandes diferencias con la ideología y estrategia de los partidos comunista o socialista, a los que se presenta como liquidadores de las conquistas revolucionarias. En consecuencia, la tesis que quisiera mantener aquí es que desde los primeros momentos de la guerra la política desarrollada por las sindicales y los partidos se basó en similares supuestos estratégicos y realizó idénticos o muy parecidos contenidos prácticos, a los que cabe perfectamente la denominación de frentepopulistas, aunque tanto los anarquistas de la CNT como los socialistas de al UGT rechazarían indignados tal definición. Si esta tesis es cierta, la razón de la debilidad del conjunto de fuerzas que apoyaron a los gobiernos de la República en guerra —y que acabarían por ingresar, CNT y FAI incluidas, en el poco estudiado pacto de frente popular firmado en marzo de 1938— no radicaría tanto en el enfrentamiento de las políticas opuestas como en una lucha por la hegemonía que impidió resolver la crisis de poder abierta en la República a partir de la rebelión militar.

La común estrategia de coalición republicano/obrera

Y para empezar por el principio, es notorio que todos los partidos y los sindicatos reaccionaron igual ante las noticias del golpe de Estado. Por decirlo con las palabras de un dirigente de la CNT, nadie se atrevió entonces a «ir a por el todo» (2). En tal decisión, o más exactamente en tal falta de decisión, existía ya una opción estratégica de radical importancia para el futuro, sobre todo porque tampoco fueron a por el todo los dirigentes de la UGT que en los meses anteriores se habían negado a participar en gobiernos de coalición precisamente porque vivían, desde febrero de 1936, en la expectativa de ocupar en solitario todo el poder. Al no atreverse a destruir ni tomar el poder en Barcelona y Madrid, las dos grandes organizaciones obreras renunciaban de hecho a su proyecto de revolución y reconocían, sin acuerdo previo, que el combate contra la reacción concernía también a otras fuerzas políticas, de las que quizá abstractamente se podía y aun se debía prescindir, si no ani-

quilar, pero que en aquellas circunstancias concretas resultaba imprescindible o al menos conveniente tener al lado.

Pero ese era precisamente el supuesto estratégico básico de la política de frente popular para responder al golpe militar: que en aquellas circunstancias, la defensa de la democracia contra los ataques de la reacción exigía un frente común que no podía limitarse a la clase obrera. Probablemente, ninguno de los dirigentes sindicales, tanto de la CNT como de la UGT, que se habían negado a participar en una política de frente popular y fortalecer al gobierno republicano durante los meses anteriores, eran conscientes de que al formar comités unitarios y prestar su apoyo a las autoridades legítimas de la República lo que estaban haciendo era poner en marcha una política frentepopulista. Pero que no fueran conscientes de ella y que buscaran incluso diferenciarse orgánicamente del frente popular no quiere decir que no la hicieran.

La hicieron, evidentemente, de forma que intentaron reservar para ellos la parte del león. Son típicas de esos primeros meses las propuestas de representación en los diferentes comités, o también en los ayuntamientos y gobiernos, con una proporcionalidad entre sindicatos y partidos claramente favorable a los primeros. El Pleno Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña, celebrado en Barcelona el 21 de agosto, aprobó la formación de un comité de enlace «para hacer más eficiente la acción revolucionaria de los trabajadores contra el fascismo» y reforzar la unidad ya realizada en los combates de julio, «compuesto por 2 representantes de la CNT, dos de la UGT, uno de la FAI y uno del PSU» (3). En el Pleno Nacional de Regionales convocado por la CNT para estudiar el ofrecimiento de participación en el gobierno de Largo Caballero el 3 de septiembre, se formuló la contrapartida de crear en cada ministerio unas juntas asesoras compuestas por dos representantes de la UGT, otros dos de la CNT y dos más del Frente popular (4). Dos semanas después, y en el último intento de proponer una alternativa de gobierno vergonzante, la CNT hablará de la constitución en Madrid de un Consejo Nacional de Defensa, «compuesto por el momento de todos los sectores políticos en lucha contra el fascismo» y con una proporcionalidad de «cinco delegados de la UGT (marxistas), cinco de la CNT y cuatro republicanos», manteniéndose expresamente «la continuidad de la Presidencia de la República en la persona que la detenta» (5).

Mientras la CNT aclaraba su estrategia, el secretario general de la UGT y lo que se conocía como tendencia marxista o revolucionaria del Partido Socialista había decidido, a pesar del «desagrado» que les producía la idea de «un gobierno de coalición con gentes de ideología distinta y aún antagónica», encabezar un gobierno con notoria presencia de todas las fuerzas políticas que luchaban contra la rebelión (6). Idéntica estrategia se siguió en la formación

de gobiernos regionales como el de la Generalitat de Cataluña, el Comité Ejecutivo Popular de Levante e incluso, tras algunos forcejeos, el Consejo de Aragón. El gobierno vasco, por su parte, fue también consecuencia de la misma opción estratégica aunque en este caso la representación obrera resultara claramente minoritaria.

Al respetar a las autoridades republicanas durante las jornadas revolucionarias de julio y al dirigir, apoyar o integrar gobiernos de coalición con republicanos, socialistas y comunistas, los dirigentes obreros echaban las bases de una política frentepopulista, cuyos contenidos esenciales se desprendían necesariamente de esa primera opción estratégica. Ante todo, era una política que, en nombre de las exigencias del presente y del objetivo prioritario de ganar la guerra, trataba de posponer todo el potencial revolucionario de la clase obrera para un indeterminado momento del futuro. Los dirigentes obreros estuvieron de acuerdo en que la implantación del socialismo libertario al que aspiraba la CNT o de la sociedad socialista que pretendía la UGT debía esperar al triunfo militar. La demora no significaba una renuncia y exigía, para que no lo fuese, la conquista de una posición indestructible en el seno de las fuerzas leales a la República. Desde ella se garantizaría la solidez de lo ya conquistado, se establecería un bloque de poder obrero en el gobierno y se adoptarían las medidas necesarias para consolidar los avances revolucionarios y preparar el triunfo militar.

De este primer supuesto estratégico se derivó luego todo el programa político de los gobiernos de coalición de sindicatos y partidos presididos por Largo Caballero: creación de un ejército regular, militarización, restablecimiento del Estado, centralización o coordinación de la actividad económica, nacionalización de las industrias de guerra, respeto o defensa legal de la pequeña y mediana propiedad privada, contención de los experimentos de revolución social, pactos de unidad de acción entre partidos y entre sindicatos. La autoría de ese programa —que es sustancialmente idéntico al de frente popular— y su defensa, se ha atribuido a los comunistas, tal vez porque fueron ellos los primeros en formularlo explícitamente y propagarlo con machaconería y sin desmayo. Pero esa misma política fue defendida también, y desde muy pronto, por los dos grandes sindicatos precisamente por su lealtad comunista libertaria— la CNT sufriera un proceso de «oligarquización» paralelo a su politización y no pudiera sustraerse a las mismas tendencias que criticaba en los socialistas: burocratización, pérdida de la espontaneidad, persistencia de la dominación. La CNT y la FAI —y lo mismo es válido también para la UGT que bajo la dirección de Largo Caballero había adoptado posiciones revolucionarias desde 1934— no habrían podido participar en comités unitarios ni llegados al gobierno del Estado si no hubieran partido de unos supuestos estratégicos muy similares al del resto de las fuerzas políticas. En efecto, las primeras decisiones que determinaron luego

el curso de los hechos se tomaron antes de que hubiera podido comenzar el proceso, discutible por lo demás, de oligarquización o burocratización. Cuando la CNT dejó a Companys en su puesto y, poco después, cuando participó en el gobierno de la Generalitat o en los múltiples comités de defensa o de enlace con otras fuerzas sindicales y políticas no había tenido tiempo de sufrir proceso alguno regido por la ley de hierro de las oligarquías. Probablemente, el hecho de que esta ley no pudiera mostrar todos sus efectos en una organización como la CNT explicaría mejor su derrota que el recurso a un supuesto «divorcio entre las instancias superiores de decisión y la base de la CNT-FAI».

Prioridad de la guerra y exaltación nacional/popular

La identidad de esos supuestos es manifiesta sobre todo en la prioridad que sobre la revolución se concede a la guerra, tesis que, junto a la defensa de los gobiernos de coalición, constituye la clave de la política frentepopulista y que es habitual atribuir en exclusiva al Partido Comunista. Y ciertamente, fue el PCE el que de forma más rotunda enunció el principio de que «ganar la guerra es la ley suprema que determina la acción de nuestro Partido, en estos momentos» (8). Pero, en realidad, se trata de una tesis compartida por todos y elevada a núcleo del «programa ministerial» enunciado en la primera declaración del primer gobierno de coalición presidido por Largo Caballero. Allí se dice, en efecto, que al triunfo sobre la rebelión «se subordinan cualesquiera otros intereses políticos, dando de lado a diferencias ideológicas puesto que de momento no puede existir otro afán que el de asegurar el aplastamiento de la insurrección» (9).

Es, por lo demás, y aunque sobre este punto se haya llamado menos la atención, una tesis afirmada reiteradamente por los dirigentes de la CNT y de la FAI. «Para que se consiga el triunfo de hoy, para que se realice este triunfo, se requiere una supeditación absoluta de nuestra vida y de nuestras actividades a la guerra»: tal afirmación podría haber salido de la boca de un comunista, pero es nada menos García Oliver quien la pronuncia (10). Los anarcosindicalistas no habían pensado nunca que la revolución tendría que avanzar a través de una guerra y cuando se encontraron ante el fenómeno reaccionaron supeditando las realizaciones revolucionarias a la necesidad previa del triunfo militar: incluso el ideal soñado del federalismo se les aparece «no practicable» en régimen de guerra (11). Evidentemente, tampoco lo era el comunismo libertario, que habría de esperar años. Sin duda, la revolución estaba en marcha y para algunos sería ya difícil alcanzar de nuevo la cumbre revolucionaria del 19 de julio, pero se dejaba a las generaciones venideras la tarea de terminar la obra. De momento, «lo primero era ganar la guerra» ya que la revolución no podía ser sino «resul-

tante de la guerra popular». Para «hacer de la revolución una realidad definitiva había que ganar la guerra. Era preciso centrar toda la atención, toda la voluntad, toda la pasión, todos los recursos en la guerra»: es ahora Abad de Santillan quien habla, desencantado ya del rumbo por el que marchaba tanto la guerra como la revolución después de los sucesos de mayo. Pero es también la doctrina oficial de la organización, cuando por boca de su secretario general explica a un redactor del Manchester Guardian que el único objetivo de la hora actual consiste en ganar la guerra y que no queda tiempo para discutir los proyectos anarquistas, comunistas o republicanos (12).

La prioridad de la guerra no era el único supuesto ideológico que acercaba a las organizaciones obreras y a los partidos políticos y que permite definir la política de unos y otros como frentepopulista. Además de prioritaria, comunistas y sindicalistas definían la guerra como lucha por la independencia nacional, como guerra contra el fascismo o contra una invasión extranjera. Era la defensa de la nación contra el extranjero, la lucha del pueblo español contra fuerzas mercenarias (13). De ahí a la exaltación del carácter nacional de la guerra no había más que un paso que todos dieron sin dudar y desde el primer momento. «Guerra antifascista que debe asegurar la independencia del país», es una relativamente temprana definición de García Oliver que le acerca de forma sorprendente al carácter que el Partido Comunista pretendió dar desde el primer momento a la guerra civil y que encontró su fórmula codificada en la resolución del pleno ampliado de 5 de marzo de 1937: «guerra de independencia nacional contra la invasión militar colonizadora del imperialismo fascista de Alemania e Italia» (14).

Todos los viejos principios del anarcosindicalismo, los de orden individual, corporativo, sindical y político, a pesar de haberse mantenido durante lo meses de guerra no han sido suficientes, aseguraba el mismísimo García Oliver, para avanzar ni un kilómetro y esto es así porque se echa en falta «el gran principio nacional». Sin ese principio, añadía, será imposible avanzar un paso. Precisamente, el clamor nacionalista, la apelación al espíritu de la raza, la insistencia en el pueblo español como sujeto mesiánico, será un motivo constante del discurso anarquista (15) y comunista y valdrá a la CNT alguna llamada de atención por parte de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Centralización económica y respeto a la pequeña propiedad

De unos presupuestos estratégicos e ideológicos similares no es sorprendente que se derivaran parecidas consecuencias prácticas. Ante todo, la urgencia de establecer lo que Juan López llama una «unidad férrea sobre dos casos»: la organización militar y la eco-

nómica. Es significativo hasta qué punto preconiza la CNT la creación de una organización militar «unificada férreamente» y la necesidad de «disciplina, mando único y la más estrecha y cordial unión» (16). Se conoce la insistencia comunista en la utilización de los símbolos del hierro y el acero: indican bien qué tipo de unidad se perseguía y el límite de resistencia que era preciso ofrecer al enemigo. Pero los anarcosindicalistas fueron también generosos en el empleo de idéntica simbología y no se mostraron escrupulosos en la utilización de métodos coactivos —que decían abominar en los partidos políticos— para garantizar esa férrea unidad (17).

Y lo mismo podría decirse de la organización económica. El partido comunista había proclamado desde muy pronto, y reafirmado luego de mil maneras y en todas las ocasiones, la necesidad de acabar con una situación definida de «autonomía arbitraria» en la que cada sindicato podía dirigir una fábrica, un taller o cualquier centro de producción «por sí y ante sí» determinando autónomamente la producción y distribución. Frente a esa situación, que los comunistas consideraban la causa de la ruina de las industrias, proponían la creación de un Consejo Coordinador que bajo la autoridad del ministerio correspondiente procediera a la nacionalización de la industria y a la distribución racional de los recursos económicos (18).

Los gruesos trazos con que los comunistas pintaban las consecuencias de las incautaciones de las fábricas por cada sindicato no eran en absoluto privativos de ellos. Con el argumento, tantas veces repetido luego por historiadores, de que «los trabajadores españoles no estaban bastante preparados», Abad de Santillán se refiere al «sentido propietario de los comités de control» que tuvieron que combatir enérgicamente. Es también Abad de Santillán quien relata cómo de «la militancia sindical revolucionaria había surgido el fenómeno social de los asaltos a mano armada» o la forma en que los comedores populares al consumir todas las reservas de la ciudad y el campo sus responsables «salían directamente a requisar víveres» arruinando así la economía de la región. Y Juan Peiró, que se hace cargo del ministerio de Industria en noviembre, afirma que la «economía se hundía de un modo casi vertical» a consecuencia precisamente de que las incautaciones se había efectuado de una «manera improvisada» y de las diferencias existentes entre industrias controladas incautadas y colectivizadas (19). Hoy se conoce además la resistencia —confundida a veces con nuevas formas de protesta— que la clase obrera ofreció al trabajo en forma de absentismo o bajo rendimiento. Pero lo importante es que la fórmula ideada por los militantes de la CNT para remediar esa situación era exactamente la misma —aunque su agente fuera otro— que la comunista: coordinar articulando en «un solo organismo nacional el elemento rector de nuestra Economía». Esa era, al menos, la fórmula que le parecía necesaria a Juan López, minis-

tro cenetista de industria para que «podamos impedir la acción caótica que se produce» en la Economía al mantener «la separación de unos pueblos contra otros» (20).

Esta necesidad de coordinar o centralizar, es decir, de establecer organismos nacionales con competencias sobre las unidades de producción acerca más a todos los agentes políticos y sindicales de lo que pueda separarles la persistente discusión sobre colectivización y nacionalización. De hecho, el problema no radica en si el propietario de la tierra era la colectividad campesina o el Estado que dejaba a los campesinos la tierra en usufructo. Desde el punto de vista legal, todas las fórmulas eran posibles. El problema consistía en cómo se distribuían los créditos o se garantizaba la cosecha y en los canales de comercialización. Y a este respecto, la propiedad jurídica de la tierra, fuese estatal o colectiva no resolvía nada. El problema estaba más en la coordinación económica que en los títulos de propiedad. Y por lo que se refiere a la coordinación todos insistían en lo mismo: no se podía continuar por el mismo camino si no se quería asistir a la ruina de la producción.

La misma coincidencia se extendía también a la amplitud que debían alcanzar las colectivizaciones y/o nacionalizaciones. En efecto, no hay una disparidad radical entre la política defendida por los comunistas de respetar al pequeño propietario agrícola y considerar «archisagrado el fruto del trabajo del labrador» y lo que Mariano R. Vázquez decía al corresponsal británico cuando le aseguraba que «la pequeña propiedad, el pequeño comercio, los artesanos serán respetados» y que serían castigados los ataques contra ellos (21). Respetar implicaba, más concretamente, no obligarle a colectivizar su tierra si no era ese su deseo y, por otra parte, no someterle a requisas. En este punto, el acuerdo era común y no se limitaba a los dirigentes de las organizaciones: el Congreso Regional de Campesinos de Cataluña, de la CNT, celebrado en septiembre de 1936, o sea, cuando aún no había pasado el auge del movimiento colectivizador ni se había formado la nueva «oligarquía obrera», tras hacer un canto a la «abnegación y el sacrificio» y aun sin olvidar la «pasión mezclada de egoísmo ancestral» que caracteriza al campesino catalán, aprobó por unanimidad respetar el cultivo de los pequeños propietarios «siempre que esto no obstruya o dificulte el desarrollo de los núcleos que se colectivicen» (22). Es obvio, por lo demás, que los anarcosindicalistas no procedieron a colectivizar la tierra en Cataluña ni siquiera cuando pensaron que tenían todo el poder, o como diría García Oliver, cuando eran los amos. Hay una colectivización parcialmente forzada en Aragón por «los grupos armados procedentes del exterior» (23) y es significativo que, más de un año después, un sindicato local de la CNT pretendiera impedir la celebración de una asamblea de Izquierda Republicana con el pretexto de que, si se permitiera, más de la mitad de los afiliados al sindicato se darían de baja y

pasarían a engrosar las filas de esa otra agrupación (24). Pero la colectivización forzosa no se produjo ni en Cataluña, ni en Valencia, ni en las regiones andaluzas que no cayeron en manos de los rebeldes. Después de un período en que la historiografía ha exaltado a la CNT como único agente de la colectivización, los resultados de la más reciente investigación revelan que existieron más colectividades dirigidas por la UGT que por la CNT, lo que por otra parte pone de manifiesto que el proceso de revolución social acaecido en el territorio de la República consistió más en una sindicalización de la economía que en su colectivización.

Una política de pactos que oculta una lucha por la hegemonía

Si se partía de similares supuestos estratégicos e ideológicos y si las líneas maestras de la política económica y social no divergían sustancialmente —aunque es obvio que las metas finales de cada cual eran no ya distintas sino contradictorias, lo que sin embargo para la inmediata práctica política no constituía un mayor obstáculo pues que todos estaban de acuerdo en que sus metas finales eran, de momento, imposibles de alcanzar— habrá que buscar por otro lado las razones de la debilidad de la política frentepopulista. Quizá se puedan encontrar en la permanente lucha por la hegemonía que, bajo el manto de las llamadas a la unidad y de los tratos para alcanzar pactos de acción común, se estableció entre las distintas fuerzas que combatían la rebelión militar y que no pudo decidirse en el curso de la guerra a favor de ninguna de ellas.

Que la política económica, social o militar de sindicatos y partidos no fue, tras el golpe militar, sustancialmente distinta se pondría muy pronto de manifiesto en las promesas de respeto y ayuda mutua y en la búsqueda de pactos de unidad de acción. Por una parte, es notorio el apoyo que la CNT prestó al primer gobierno presidido por Largo Caballero y en el que estaría presente más adelante junto a católicos, comunistas, socialistas y republicanos. Ya desde el día siguiente a su formación, la CNT se apresuró a declarar que «toda la España obrera y antifascista estará» al lado del nuevo gobierno y a insinuar que, en el caso de que la propia CNT entrase en él, su presencia tendría que ser tan importante al menos como la de la UGT (25). La convicción de defender la misma causa —obrero, popular, nacional, antifascista— es evidente en estas manifestaciones de apoyo.

Pero esta convicción ofrecía otra cara: todos los que se encontraban en la misma nave creían que sin ellos se perdería el rumbo y harán, por tanto, todo lo posible para asegurarse en ella una posición tan sólida que impida al menos su desvío de las metas finales que cada cual se había trazado y que continuarán apareciendo en sus manifiestos y discursos. De momento, parecía como

si en la nave hubiera un sitio para cada cual y suficiente lugar para todos: la primera estrategia de constituir comités con la presencia de todas las organizaciones obreras y todos los partidos políticos para aplastar la rebelión o resistir el avance de los rebeldes dio lugar a un clima de exaltación de la unidad que encontró su expresión culminante en la defensa de Madrid.

Pero esa misma defensa, y la evidente imposibilidad de que el gobierno de la República pasara a una victoriosa ofensiva, a la par que abrió la perspectiva de una guerra de larga duración supuso un significativo cambio en la relación de fuerzas leales a la República. Mientras las organizaciones sindicales se mostraban más que ineficaces en la dirección de la guerra, los partidos políticos reforzaron notablemente su posición gracias sobre todo al nuevo papel asumido por los comunistas. De la marginalidad que había caracterizado su trayectoria desde el mismo momento de la proclamación de la República, el Partido Comunista se convirtió — gracias a la ayuda soviética, desde luego, pero también a su mayor capacidad para atraer a los jóvenes que eran, al cabo, quienes combatían— en su principal fuerza de apoyo y de ahí pretendió pasar a constituirse en su fuerza hegemónica. Su renovada importancia permitía, por otra parte, a la dirección del Partido Socialista salir de su pasividad política y buscar en un contacto más estrecho con los comunistas la forma de recuperar la iniciativa perdida desde el ascenso de Largo Caballero al poder.

Fue así como, después de la defensa de Madrid, la primera estrategia «frentista» de creación de comités unitarios se convirtió en necesidad de formar alianzas o pactos con objeto de no perder posiciones con vistas a después de la guerra. La exaltación unitaria de los primeros meses dejó paso, con el primer duro invierno de guerra, a un clima de crecientes suspicacias y reproches. Surgieron distintas iniciativas de alianzas o pactos de unidad de acción o de creación de comités de enlace que pretendían unificar fuerzas con el objeto tanto de aumentar la propia como de debilitar la de los demás. De esas iniciativas, las que llegaron a adquirir mayor envergadura fueron el proyecto de constitución de una Alianza Obrera Revolucionaria, entre la CNT y la UGT, y el pacto de unidad de acción entre el PSOE y el PCE.

En el primer caso, es evidente, tanto en la CNT como en un importante sector de la UGT, el propósito de alcanzar una alianza revolucionaria con objeto de desplazar a los partidos políticos del poder. Para la CNT, la revolución consiste en «conseguir que los trabajadores, administrando por medio de los sindicatos toda la vida económica del país, desplacen y anulen para siempre la vieja política que nos ha llevado a la ruina». La política, calificada como el mangoneo de los charlatanes en la vida pública, es un factor de desunión y discordia y debe ser sustituida por la administra-

ción directa de las cosas. De ahí que los partidos, tolerados hoy porque sirven a la revolución social como la sirve también la pequeña burguesía, «no tendrán nada que hacer en el mañana próximo» (26).

Los sindicalistas percibían que detrás del énfasis en ganar la guerra se escondía la reivindicación del poder para los partidos políticos y temían que la aproximación entre los partidos comunista y socialista, iniciada desde los primeros días de enero de 1937, desembocara en la aspiración a dirigir políticamente lo que los sindicatos de productores habrían de administrar por sí mismos. La insistencia en alcanzar un acuerdo con la UGT tiende, sencillamente, a contrarrestar ese peligro por medio de la formación de un bloque de organizaciones obreras. Sin duda, un sector de la UGT, precisamente el encabezado por Largo Caballero, era sensible a esta clase de consideraciones y alentó tanto la negociación para llegar a esa alianza como los ataques a los partidos, acusados de fomentar la discordia y la desunión por anteponer intereses partidistas y de grupo al interés general de ganar la guerra (27).

Por su parte, la iniciativa de alcanzar un pacto de unidad de acción y establecer un comité de enlace entre el Partido Comunista y el Socialista tuvo desde su origen como evidente finalidad someter a los sindicatos y subordinarlos a la dirección política que sólo los partidos debían garantizar. Este objetivo es manifiesto en las circulares que una ejecutiva del Partido Socialista renacida a la vida política envía a sus secciones y es explícito en los discursos pronunciados por los dirigentes comunistas (28). No se trataba, evidentemente —porque no podía tratarse— de arrebatarse a los sindicatos la posición que habían conquistado en la actividad económica, pero sí de reducirlos a esa actividad y convertirlos en fuerzas auxiliares de un gobierno que debía estar dirigido por los partidos.

Esta lucha por la hegemonía debilitó al gobierno de Largo Caballero —quien, por lo demás, se mostró incapaz de imponer la suya propia— e impidió que los planes de restablecimiento del Estado, militarización y creación de un ejército regular, centralización económica y respeto a la pequeña propiedad, en lo que todos estaban de acuerdo, alcanzasen un resultado satisfactorio. La crisis de mayo de 1937 quizá podría considerarse como expresión de esa radical debilidad y momento de inflexión del poder sindical y del retorno de los partidos a los puestos de dirección política del Estado y de la guerra y no como triunfo de una contrarrevolución efectuada en nombre del frente popular sobre una revolución alentada y dirigida por el anarcosindicalismo. La lucha por la hegemonía entre sindicatos y partidos que llena la primera mitad del año 1937 acabó en mayo con la victoria de los segundos (29).

Pero esa victoria no señalaría el fin de las luchas internas. Debido probablemente a lo que Togliatti consideraba una «errónea valoración» del Partido Comunista y a que el éxito del derrocamiento de Largo «se les ha subido a la cabeza», lo cierto es que después de mayo surgió entre los comunistas la opinión de que el partido «podía ya plantear la cuestión de su hegemonía y luchar abiertamente por esa hegemonía en el gobierno y en el país. Togliatti pensaba que tal valoración incurría en el error de menospreciar el papel jugado por el Partido Socialista —los centristas— en la caída de Largo y, sobre todo, olvidaba que los sindicatos tenían en España «su tradición y su historia» y que era preciso tenerlos en cuenta. Precisamente, que no se discutiera ni una sola vez en el secretariado una cuestión sindical era para Togliatti uno de los dos errores más graves del partido. El otro era que el partido no ponía en práctica de modo consecuente una política de Frente popular» (30).

En efecto, las luchas por la hegemonía que tendrán lugar en el seno del Frente popular a partir de mayo de 1937 se deben sobre todo a la agresividad que caracteriza desde entonces al PC y que tan manifiesta aparece a quien compare el contenido y el tono de los discursos pronunciados en el pleno de marzo, bajo el signo de contención que caracteriza a José Díaz, con los del pleno de junio, dominado por la exaltación de Dolores Ibarruri, que asume sin complejo alguno, y por enfermedad del secretario general, la tarea de presentar el informe político. Los comunistas, empeñados ya en la persecución puramente policiaca del POUM, llegaron a pensar, por una parte, que la controversia con los anarquistas podía solventarse por las armas; y, por otra, que los socialistas estaba abocados a su disolución y a dejarse absorber en un Partido Unico del Proletariado que sería, naturalmente, un partido comunista ampliado, una especie de PSUC para toda España. La política de presión militar contra los anarquistas y de presión política hacia los socialistas produjo, como el mismo Togliatti no dejó de observar, un creciente aislamiento de los comunistas y, en el fondo, y para lo que aquí nos interesa, una permanente debilidad en el Frente popular.

Pues si es cierto que entre los éxitos de la política seguida por los comunistas después de mayo debe contarse la ampliación del comité de enlace con el Partido Socialista y la firma de un programa de acción común (31), no hubo sin embargo ningún progreso en la meta real que el PCE se propuso de forma perentoria y con tono dramático a partir del pleno celebrado en Valencia durante el mes de junio: la unificación o fusión de socialistas y comunistas en un solo partido que se definiría por «seguir los postulados de Lenin y Stalin» (32). La misma impresión de que no se avanzaba nada a pesar de la firma de acuerdos se podría hacer extensiva a la constitución, por vez primera desde el mismo inicio de la política frentepopulista, de un Comité nacional de Frente popular con la

presencia de representantes de los cuatro partidos políticos nacionales, PCE, PSOE, Izquierda Republicana y Unión Republicana. «Para arrancarles la menor declaración pública es necesario un trabajo enorme», escribía Togliatti, a cuya perspicaz mirada no se le escapaba que «las intrigas para hacerlo naufragar se multiplicaban por todas partes» (33).

Los reveses militares y el avance rebelde hasta el Mediterráneo provocaron un nuevo reagrupamiento de fuerzas con la firma en marzo de 1938 de un sorprendente pacto entre la UGT y la CNT —que en modo alguno puede considerarse como una reacción contra el gobierno Negrín sino todo lo contrario (34)—; la entrada de los dos grandes sindicatos y de la FAI en el comité nacional del Frente popular y, finalmente, el retorno de los sindicatos al gobierno (35). Pero en esa nueva fundación del Frente popular es evidente su función meramente instrumental de «ayuda al poder público» sin que se le asigne más misión que la de coordinar la actividad de los partidos y las organizaciones sindicales con objeto de apoyar al gobierno (36). Evidentemente, en el seno de cada una de las fuerzas que enviaron sus representantes al nuevo comité nacional había ya tantos partidarios, al menos, de la negociación y el compromiso como de la resistencia hasta una victoria cada vez más improbable. El Frente popular se mantendrá como lugar de encuentro de quienes pensaban que todavía era posible resistir pero su actuación y su eficacia será meramente simbólica: su programa se reduce a manifestar el apoyo al gobierno y su actividad no es otra que llamar la atención de las autoridades sobre cuestiones de segundo orden. Pero por lo que se refiere a la cuestión central que se plantea desde abril de 1938 —compromiso o resistencia— el Frente popular no será capaz de alinear a todas las fuerzas políticas tras cualquiera de esas opciones (37).

Podría concluirse, pues, que si la fuerza del Frente popular durante la guerra procede de la identidad de los supuestos ideológicos y estratégicos de partidos y sindicatos y de la similitud de políticas aplicadas por cada uno de ellos, su permanente debilidad no obedeció tanto a una radical contradicción entre revolución y defensa de la República, como a una lucha permanente por la hegemonía política. Tras el derrumbamiento del Estado republicano, fue imposible establecer ninguna política eficaz desde el poder central: el liderazgo de la defensa de la República y de la revolución social correspondió, en los primeros meses, a los dos grandes sindicatos que, sin embargo, no pudieron culminar con éxito ninguna de esas dos tareas. La debilidad del gobierno dirigido por líderes sindicales se hizo patente en el abandono de Madrid, la pérdida de Málaga y los acontecimientos de mayo de 1937. De ahí resultó un gobierno sostenido en un pacto de unidad de acción entre el Partido Comunista y el Socialista. Pero, de nuevo, los reveses militares pusieron de manifiesto la debilidad de esta fórmula

que en abril de 1938 pretendió reforzarse con la ampliación del Frente popular y la reintegración al gobierno de las organizaciones obreras. Para entonces, sin embargo, el aislamiento del PC, la irreparable escisión de la UGT y del PSOE, las tensiones entre sectores de la FAI y la CNT, entre la Regional catalana y el comité nacional, el cansancio de la guerra y las dificultades para recuperar la iniciativa militar abrieron un nuevo frente de lucha: el de quienes pretendían resistir a toda costa y el de quienes se mostraban partidarios de la negociación o el compromiso. Cuando, tras la caída de Cataluña, estos inclinaron la balanza a su favor, con el golpe militar de Casado, del Frente popular no quedó más que un recuerdo pervertido por el encono de las luchas internas y la magnitud de la derrota.

Ponencia presentada en la Conferencia Internacional «I Fronti popolaria: bilancio storico di un'esperienza», organizada por el Instituto Gramsci de Parma y celebrada en esa ciudad los días 19, 20 y 21 de mayo de 1988.

(1) Palmiro Togliatti, «La victoria del Frente popular», *Bolshevik*, 15 de marzo de 1936, en *Escritos sobre la guerra de España*, Barcelona, 1982. p. 55.

(2) García Oliver cuenta que en el Pleno de 23 de julio de 1936, él propuso «ir a por el todo» pero fue derrotado. Más tarde, en mayo de 1937, también creía que «éramos los verdaderos amos de la situación», pero de nuevo parece haber defendido con entusiasmo la política contraria. Ver *El eco de los pasos*, Barcelona, 1978, pp. 429-437.

(3) «Acta del Pleno Regional de Grupos Anarquistas de Cataluña celebrado en Barcelona el 21 de agosto de 1936». Archivo Histórico Nacional. Salamanca (AHNS). Serie Bilbao, leg. 39.

(4) Cit. por César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*. París, 1972, p. 181.

(5) «Dictamen emitido por la ponencia nombrada por el Pleno de Regionales de la CNT para dictaminar sobre el cuarto punto del orden del día». AHMS, Bilbao, 39.

(6) La frase es de una carta que Luis Araquistáin dirigió a Largo Caballero el 24 de agosto de 1936 proponiéndole la formación de un gobierno en el que fracción de izquierdas del socialismo se reservara «los centros claves de la guerra y la revolución». Fundación Pablo Iglesias. Archivo Histórico.

(7) Walter L. Bernecker, *Colectividades y revolución social*. Barcelona, 1982. p. 445.

(8) Pleno Ampliado del CC del PCE, *Lo que el Partido Comunista considera indispensable hacer para ganar la guerra*. Barcelona, 1937, p. 10.

(9) «Declaración ministerial», *Claridad*, 5 de septiembre de 1936.

(10) Juan García Oliver, *El fascismo internacional y la guerra antifascista española*. Conferencia pronunciada en el cine Coliseum de Barcelona el día 24 de enero de 1937, p. 13.

(11) Juan López, *Concepto del federalismo en la guerra y en la revolución*. Conferencia pronunciada en el cine Coliseum de Barcelona el día 7 de febrero de 1937, p. 9.

(12) Diego Aban de Santillán, *La revolución y la guerra en España. Notas preliminares para su historia*. Habana, 1938, p. 69 y «Declaraciones del compañero Mariano R. Vázquez», CNT, 13 enero 1937.

(13) «Unidad nacional contra el invasor extranjero» podría ser una frase de Dolores Ibarruri, pero en este caso lo es de Federica Montseny, que señala además la necesidad de establecer, entre otras, «la unidad racial contra el invasor», en *La Commune, primera revolución consciente*.

(14) *Lo que el Partido Comunista considera indispensable hacer para ganar la guerra*. Resolución del Pleno ampliado del Comité Central del PCE, sobre el informe hecho por el camarada Díaz, el 5 de marzo de 1937, s.l., 1937.

(15) Reunidos los «camaradas de todas las tendencias, republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas», Federica Montseny celebrará en ellos «el espíritu indómito de la raza» y reafirmará su creencia en que «España era un país predestinado a convertirse en país mesías», *La Commune de París y la revolución española*. Valencia, 1937. Ver, por parte comunista, Jesús Hernández, *El orgullo de sentirnos españoles*. Barcelona, 1938.

(16) Juan López, l.c., para lo primero, y «Ganar la Guerra y organizar la revolución», CNT, 9 enero 1937, para lo segundo. Juan Peiró señalará que la CNT no tuvo más remedio que «transigir con el mando único, con el ejército regular y con la imposición de la disciplina en la retaguardia», *De la fábrica de vidrio de Mataró al Ministerio de Industria*, Valencia, 1937, p. 10.

(17) Compárese, por ejemplo, de Juan López «La organización militar tiene que ser unificada férreamente» o.c., p. 10, con esta obra: «en el gran ejército popular que se está formando, hay que establecer una disciplina férrea y una obediencia absoluta a los mandos», de *El camino de la victoria*. Llamamiento del Partido Comunista a todos los pueblos de España y a cuantos aman la paz, el progreso y la libertad. Valencia, s.f. (pero dic. 1936).

(18) *El camino de la victoria*, cit.

(19) Juan Peiró, l.c., p. 14.

(20) Hay un interesante trabajo de M. Seidman, «Workers resistance to work in Paris and Barcelona during the Popular Fronts» (ponencia presentada a la Conferencia Internacional sobre Frente popular en Francia y España, Southampton, 1986). No creo que esa resistencia pueda entender-

se como manifestación de protesta dirigida contra unos comités que reproducían el tradicional comportamiento autoritario, como hace Julián Casanova, «Las colectivizaciones», Historia 16, *La guerra civil*, vol. 16, p. 49. La propuesta de Juan López, en l.c.

(21) La política agraria de los comunistas —que es la del Frente popular— está ampliamente expuesta por Vicente Uribe en *Los campesinos y la República*, Valencia 91937), *Nuestra labor en el campo*, Barcelona, 1937 o *La política agraria del Partido Comunista*, Barcelona, 1937.

(22) CNT AIT, *Congreso Regional de Campesinos de Cataluña. Memoria, Septiembre 1936*. Barcelona, pp. 22 y 23.

(23) Julián Casanova, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*. Madrid, 1985, p. 120.

(24) Carta del CN de la CNT al CR de Aragón, 15 de enero de 1938, dando cuenta de la visita de una comisión de Samper de Calanda. SHM, aru. 46.

(25) «La CNT y el nuevo gobierno», *CNT*, 5 septiembre 1936.

(26) Ver editoriales de *CNT* de 1 y 2 de enero de 1937, «1937 será el año de la victoria» y «Los sindicatos y la política».

(27) Ver, especialmente, la «Sensacional declaración de Largo Caballero», reproducida en *Claridad*, 27 de febrero 1937.

(28) PSOE. Comité Nacional, «A los comités de las agrupaciones socialistas», marzo de 1937, donde se combate la «sobrestimación de los sindicatos» que les ha llevado a considerarse «ejes del Estado». La política sindical del PCE puede verse en Antonio Mije, «El papel de los sindicatos en los momentos actuales» (conferencia pronunciada en Valencia el 1 enero de 1937), *El Partido Comunista por la libertad y la independencia de España*, y en Manuel Delicado, *Los problemas de la producción, la función de los sindicatos y la unidad sindical*, Madrid, 1937.

(29) S. Juliá «Partido contra sindicato: una interpretación de la crisis de mayo de 1937», en *Socialismo y guerra civil*. Anales de la Fundación Pablo Iglesias, 2, 1987, pp. 325-346.

(30) Informe de 30 de agosto de 1937, *Escritos*, pp. 129 ss. Los comunistas, según Azaña «aprovecharon demasiado» el «movimiento de gratitud hacia la URSS» y provocaron así una creciente oposición a su «política de partido»: «La URSS y la guerra de España», *Obras Completas*, México, 1967, vol. III, pp. 475-479.

(31) Comité Nacional de Enlace de los Partidos Comunista y Socialista, *Programa de acción común*. Valencia, 1973.

(32) «La tarea que da origen a este Pleno es la de la unidad del Partido Comunista con el Partido Socialista, la de la creación del Partido Unico del Proletariado» sobre los principios «marxistas-leninistas-stalinistas»,

afirma Dolores Ibarruri en *Es hora ya de crear el gran Partido Unico del Proletariado*. Informe pronunciado ante el Pleno del CC del PC celebrado en Valencia, en los días del 18 al 20 de junio de 1937. Madrid, 1937, pp. 6, 55 y 63. Véase también *La victoria exige el Partido Unico del Proletariado*. Carta del Buró Político del CC del PCE o la CE del PSOE «junio 1937».

(33) «Sobre los problemas del Comité Central del PCE», 25 de noviembre de 1937, *Escritos*, p. 161.

(34) Como hace Josep M. Bricall, «La economía española», *Historia 16, La guerra civil*, vol. 16, p. 20. Los puntos del acuerdo son los presentados por la UGT y que, juzgados muy duramente por la CNT en su «Circular n.º 3» de 3 de marzo de 1938, son aceptados casi literalmente en la «Circular n.º 5» de 13 de marzo con el argumento de que «responden, casi en su totalidad, a los puntos de vista sostenidos por nosotros». Todas las circulares en SHM, arm. 46, leg. 66.

(35) La carta de Mariano R. Vázquez, por el Comité Nacional de la CNT «Al Secretario del Frente Popular» solicitando la entrada de su organización en el Frente Popular para constituir «de hecho el Frente Popular Antifascista» es de 15 de marzo de 1938. Hay un ejemplar fotocopiado en SHM, arm. 46, leg. 66.

(36) Frente Popular. Comité Nacional: Circular número 1, a los Comités provinciales, enviada por el gobernador civil de Madrid a la Agrupación Socialista Madrileña el 5 de mayo de 1938. SHM, arm. 46, leg 70. En el comité nacional hay dos representantes de cada una de estas organizaciones: Izquierda Republicana, Unión Republicana, PSOE, PC, UGT, CNT y FAI.

(37) Quizá no exista una muestra tan fehaciente de la inanidad del frente popular en 1938 como las actas del comité de Madrid que se conservan en el SHM, arm 46, leg. 70.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS



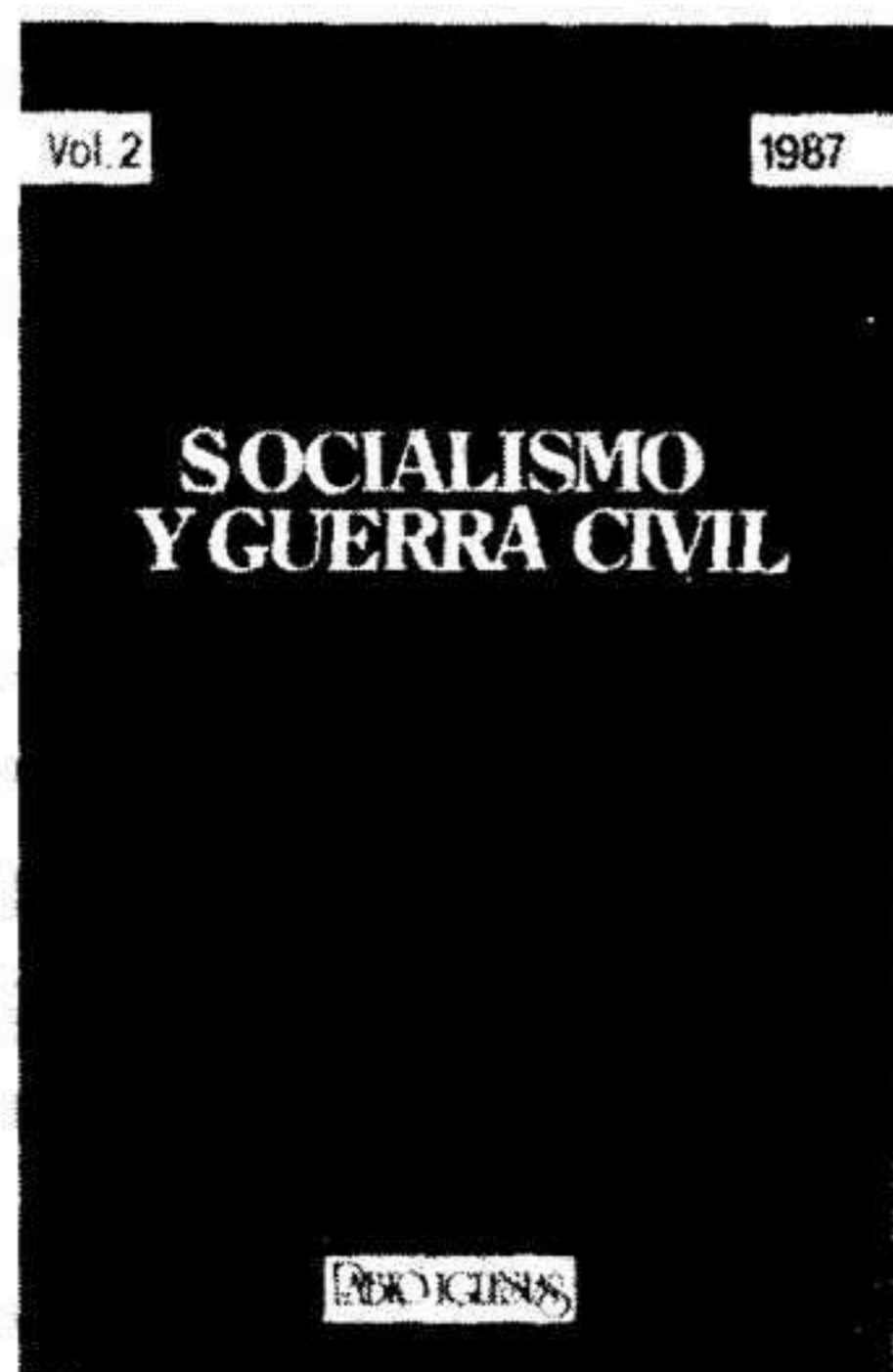
ANALES DE HISTORIA
(Vol. 1 - 1986)
EL SOCIALISMO EN ESPAÑA
Editorial Pablo Iglesias
466 págs. 1.850 ptas.

El socialismo en España Desde la fundación del PSOE hasta 1975

S. Castillo, P. Ribas, M. Ralle, M. Esteban de Vega,
A. Robles Egea, F. Castro de Isidro, M. Suárez Cortina,
L. Arranz Notario, E. Moral Sandoval, M. Pérez Ledesma,
S. Juliá, M. Bizcarrondo, M. Tuñón de Lara,
H. Heine, A. Mateos López, P. Preston, E. Díaz,
A. Martín Nájera, M. Vázquez Cea, R. Casado González

Coordinado por
Santos Juliá

Estos Anales de Historia recogerán las ponencias que se presenten cada año en el Seminario de Historia organizado, con carácter permanente, por la Fundación Pablo Iglesias. En el primer volumen, dedicado a la historia política y los debates ideológicos del socialismo español, colaboran investigadores procedentes de diversos horizontes teóricos y metodológicos y pertenecientes a varias generaciones universitarias. El resultado es un volumen que ofrece, por vez primera, una historia crítica y rigurosa del socialismo español desde los orígenes del Partido Obrero hasta el fin de la dictadura franquista.



ANALES DE HISTORIA
(Vol. 2 - 1987)
SOCIALISMO Y GUERRA CIVIL
Editorial Pablo Iglesias
395 págs. 1.700 ptas.

Socialismo y guerra civil

F. Claudín, G. Cardona, R. Salas,
F. Fernández Bastarreche, J. Casanova, A. Elorza,
G. Jackson, A. Viñas, M. Tuñón de Lara,
F. García de Cortázar, Manuel Montero, J. Tusell,
A. de Miguel, J.-C. Mainer, J. Marichal, S. Juliá,
L. Garrido, E. Ucelay da Cal, H. Graham, M. Ortuño

Coordinado por
Santos Juliá

Este segundo volumen de los Anales de Historia está dedicado monográficamente a la guerra civil y los socialistas. Que se haya podido reflexionar sobre la guerra civil con vigor histórico y en presencia de un público que en su mayoría no la conoció, es signo de que la sociedad española de hoy está lejos de los conflictos de toda índole que determinaron aquella lucha por las armas. Discutir políticamente de ellas será la mejor manera de que quede definitivamente asentada en esa serena forma de la presencia del pasado que es el recuerdo.

PEDIDOS: EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30, 2.º
28010 MADRID

**FORMA
DE PAGO:**

Talón bancario
o giro postal



LA REACCION TOTALITARIA CONTRA LA MODERNIDAD

Luciano PELLICANI

«La vocación de una revolución socialista no es la de prolongar ni la de secundar la modernidad, sino la de abolirla».

Perry Anderson

I.

El asunto que pretendo tratar en este ensayo es el de la relación entre modernidad y totalitarismo. Mi tesis central es que el totalitarismo constituye una reacción global —psicológica, moral, política, económica, etc.— contra la modernidad. Se trata de un fenómeno reactivo: su matriz es el trauma existencial provocado por el avance disgregador del mercado en los tejidos de la sociedad tradicional y su fin es la restauración de la comunidad orgánica. Por eso el totalitarismo es reaccionario y regresivo al mismo tiempo, cualquiera que sea la fórmula ideológica; intenta hacer tabla rasa del orden existente para recrear a viva fuerza los vínculos comunitarios disueltos por el proceso de modernización. De ello se infiere que, para descifrar correctamente el significado histórico-cultural de las revoluciones totalitarias, es necesario partir del análisis de la transición de la sociedad cerrada a la sociedad abierta. En otras palabras, sólo se puede entender la lógica de desarrollo de la revolución permanente —la definición es de Marx— en la civilización moderna.

Para adentrarnos en nuestro asunto, el primer paso que hemos de dar es el determinar los rasgos constitutivos de la modernidad. Por razones de espacio, me veo obligado aquí a actuar a través de una serie de afirmaciones sintéticas, cuyo contenido analítico he explicitado en otros trabajos. Entiendo por modernización el proceso de destrucción creadora que quiebra las estructuras de la sociedad cerrada y engendra la particular formación social que Popper ha bautizado con acierto como «sociedad abierta». (Naturalmente, las expresiones «sociedad cerrada» y «sociedad abierta» indican dos tipos ideales inhallables en la realidad histórica en estado puro). La sociedad cerrada es una sociedad que tiene escasas relaciones con el mundo exterior o relaciones puramente polémicas; es una sociedad en la que actúa acríticamente la tradición, que disfruta de una total vigencia normativa; es una sociedad sagrada, en el sentido de que sus instituciones, sus normas y sus valores están ungidos de sacralidad y, como tales, sustraídos a la crítica; es una sociedad colectivista, en la que se deja poco espacio a la iniciativa individual y a la libertad de opción; en fin, es una sociedad económica, en el sentido de que los procesos productivos no están regulados por las leyes de la oferta y la demanda, sino por principios extra-económicos (morales, políticos y religiosos). Comparada con la sociedad cerrada, la sociedad abierta se caracteriza por un intercambio continuado con el mundo exterior, por la preponderancia de la acción colectiva sobre la acción prescriptiva, por una vigorosa perimetración de lo sagrado y, en definitiva, por la institucionalización del cambio y del conflicto. Ello convierte a la sociedad abierta en una sociedad altamente creativa, en permanente agitación, en incesante búsqueda de lo nuevo y proyectada hacia formas de vida (individuales y colectivas) no experimentadas nunca hasta ahora.

II.

La transición de la sociedad cerrada (la Ciudad de Dios) a la sociedad abierta (la Ciudad terrena) —que en esto consiste la modernización— es un fenómeno anormal, al menos en el sentido estadístico. Esa transición por causas endógenas sólo se ha producido dos veces en la historia universal: a partir del siglo VII a. d. C. en Grecia —con excepción de Esparta, perfecta realización de la sociedad cerrada, hostil al individualismo, al cambio y a la razón, absorta por entero en el culto de sí misma— y, a partir del siglo XV d. C. en Europa. En los dos casos, la extraordinaria aventura histórica de la modernización se inició —y, desde luego, no por casualidad— con la expansión de las relaciones mercantiles.

Esto induce a pensar que el mercado es la institución motriz de la transición, que sólo puede desencadenar a condición de que el poder político no tenga el control total de los recursos económicos

y de que el sector privado disponga de una esfera de acción en la que pueda producir y comerciar libremente. En realidad, los principales fenómenos estructurales y culturales típicos de la transición de la sociedad cerrada a la sociedad abierta están relacionados con el mercado.

Mercado quiere decir, ante todo, enriquecimiento, crecimiento progresivo del flujo de bienes materiales y, por consiguiente, de las necesidades. La vida material se complica, se altera profundamente el sistema de alternativas y la sociedad se vuelve cada vez más exigente. Mercado quiere decir también sacudida permanente de las estructuras sociales y, en particular, redistribución de la riqueza, del poder y del prestigio. Además, mercado quiere decir que los hombres se ven asaltados por un flujo constante y regulado de novedades que los aleja del modo de vida tradicional, modo de vida recibido de sus antepasados y considerado sagrado y natural. Esto abre un foso entre las generaciones. Se ve amenazada la continuidad cultural, es decir, el mantenimiento del modelo, según la terminología de Parsons. La sociedad se transforma en una especie de arena en la que se desarrolla una confrontación y, también, un choque, entre lo Viejo y lo Nuevo, lo Sagrado y lo Mundano.

El fenómeno no acaba aquí. La expansión de las relaciones mercantiles significa que la sociedad en transición se expone al influjo de las otras sociedades, al contagio cultural. El descubrimiento de que existen modos de pensar, de sentir y de actuar diferentes de los heredados de pasadas generaciones tiene como consecuencia la expulsión de la «conciencia encantada». A partir de este momento, la tradición empieza a verse —en un principio, obviamente, el fenómeno afecta a grupos restringidos, para extenderse después como una mancha de aceite— con ojos críticos y aparece como un conglomerado de mitos, de supersticiones y de intereses de clase disfrazados de intereses generales. La tradición pierde su sacralidad y, por tanto, su ascendiente normativo. Nace la razón y del mismo modo la pretensión de utilizarla públicamente, sometiendo a su tribunal todo lo que ha sido transmitido. El resultado no puede ser otro que la progresiva deslegitimación del orden existente y, con ello, la erosión del *consensus* sobre el que se apoya el derecho de mando de las clases dominantes. Así la tradición, comenzada como un proceso puramente económico —es decir, como paso de la economía cerrada a la economía abierta— se convierte en un proceso cultural global que trastoca todas las esferas de la vida social, lo que determina que entre en la escena histórica un nuevo e inesperado protagonista: el espíritu revolucionario. En la sociedad cerrada impera la conciencia acrítica, ya que el individuo no tiene la posibilidad de escapar de la ideología dominante. La irrupción de la modernidad, primero bajo la forma de riqueza material y después bajo la forma de riqueza cultural, resquebraja con sus ácidos corrosivos la sacralidad del «eterno ayer» y predis-

pone al individuo a examinar la tradición con ojos críticos y a objetar su validez. Individualismo, racionalismo, antitradicionalismo, descreimiento y revolucionarismo son fenómenos estrechamente relacionados entre sí, manifestaciones de un único proceso histórico: el desencanto del mundo producido por la «apertura» de la sociedad y por el dinamismo de la economía de mercado.

III.

Podemos sintetizar así el proceso de reacciones en cadena activado por el paso de la economía natural a la economía de mercado: alteración de la jerarquía social y del sistema de expectativas; exposición al contagio cultural; desencanto del mundo; deslegitimación de la tradición religiosa y, por consiguiente, del régimen político, y exasperación de los conflictos de clase que han dejado de estar frenados por un sistema de valores comunes. Se crea una situación de interregno o, por emplear el léxico de los sansimonianos, una «época crítica». El viejo mundo agoniza, pero el nuevo no se ha consolidado todavía plenamente. Empieza lo que Guglielmo Ferrero ha denominado la guerra entre los Genios invisibles de la Ciudad, en otras palabras, el duelo existencial entre la legitimidad tradicional y la nueva legitimidad. Ese duelo adquiere proporciones macroscópicas cuando el desarrollo económico genera un ciclo de rápidas transformaciones estructurales conocido bajo el nombre de movilización social. Ingentes masas de hombres se ven desplazadas de su *habitat* cultural y sumergidas en un nuevo sistema de relaciones —el sistema de la concurrencia capitalista—, en el que se encuentran en una situación de anomía. Se forma así un vasto y tumultuoso «proletariado interior» (en el sentido de Toynbee) constituido por masas de individuos que ya no tienen ningún vínculo de solidaridad con su comunidad de origen: están *en* la sociedad, pero no forman parte *de* la sociedad y por eso mismo están dominados por un doloroso sentido de exclusión.

Para entender plenamente la naturaleza del proceso de «proletarización» y sus consecuencias, hay que tener presente el específico *modus operandi* del mercado autorregulado. Max Weber ha observado que todas las relaciones sociales son éticamente disciplinables excepto las relaciones de mercado. En efecto, el mercado es una institución amoral: prescinde de cualquier consideración que no sea rigurosamente económica. Sólo conoce la ley de la oferta y la demanda. De ahí que tienda a fagocitar los vínculos comunitarios y a sustituirlos por vínculos meramente utilitarios. O, lo que es lo mismo, el mercado transforma la *Gemeinschaft* en una *Gesellschaft* en cuanto que destruye las conexiones afectivo-morales que mantienen unidas a las partes del cuerpo social. Por esto precisamente Karl Polanyi ha descrito el triunfo del mercado autorregulado

como una «catástrofe cultural», es decir, un proceso de atomización y de mercadización de los hombres.

IV.

Así las cosas, se comprende con facilidad porqué se abrió —durante el siglo XIX— una fractura intelectual y moral en el seno de la sociedad europea (un verdadero «cisma en el alma colectiva»), entre las clases integradas y las víctimas de la catástrofe cultural provocada por la expansión de las relaciones mercantiles, expansión que la industrialización hizo arrolladora. Las masas «proletarizadas» reaccionaron contra el sistema que parecía constitutivamente incapaz de proporcionarles un mínimo de solidaridad y que les condenaba a sufrir las injurias de las recurrentes crisis económicas sin tutela de ningún género. Se formaron dos naciones (empleando la célebre imagen de Disraeli), ajenas entre sí, y una auténtica guerra civil más o menos latente envenenó las relaciones entre las clases. Las manifestaciones más espectaculares del resentimiento colectivo de los «parias de la modernidad» fue el socialismo revolucionario. Este nació como reacción del proletariado interior de la sociedad capitalista a la crisis de civilización producida por la gran transformación industrial y fue, en buena medida, un intento desesperado de parar la marcha disgregadora del mercado autorregulado, y orientado a la reintroducción en la vida social de los principios de solidaridad y de justicia que el desenfreno del individualismo posesivo estaba liquidando. Es posible, por tanto, interpretar el duelo existencial entre el socialismo y el capitalismo como una «guerra cultural» entre los principios de la *Gemeinschaft* (la comunidad orgánica basada en una fuerte e intensa identificación afectiva y moral) y los principios de la *Gesellschaft* (la sociedad de mercado basada en el individualismo competitivo). Y cabe afirmar, además, que, paradójicamente, en el mismo momento en que el capitalismo crea las estructuras que hacen posible la victoria de la cultura iluminista, crea también las condiciones de la revitalización de la visión catastrófico-apocalíptica de la historia y de la expectación mesiánica del Reino final. Dicho de otra manera, el proceso de secularización, que ha aplastado el horizonte a través del desencanto del mundo, ha impulsado a las víctimas de la catástrofe cultural a volver a proponer una visión inmanetista de la antigua esperanza escatológica, convirtiendo la revolución en una especie de catástrofe salvadora, un Apocalipsis prometeico más allá del cual los *true believers* han vislumbrado los deslumbramientos de lo que el joven Engels llamó el «milenario Reino de la libertad».

Por lo tanto, sociedad individualista, competitiva, desacralizada, en una palabra, liberal; o bien, sociedad colectivista, fuertemente cohesionada, basada en una nueva religión sin trascendencia —la religión gnóstica del hombre-Dios—, en definitiva, totalitaria: tales

fueron los términos esenciales de la alternativa que el perturbador proceso de modernización creó en el corazón de la civilización europea durante el último siglo.

La guerra cultural entre liberalismo y socialismo, o si se prefiere entre iluminismo y mesianismo, se ha concluido con un armisticio, provisional, como todos los armisticios, que ha llevado a la institucionalización del «compromiso socialdemócrata». El mercado ha sido socializado parcialmente: ha dejado de operar de manera exclusiva según su lógica interna y ha sido sometido a instancias ético-políticas extrañas a él, lo que ha posibilitado la inclusión del «proletariado interior» de la Ciudad terrena mediante la redistribución autoritaria de las *chances* de vida y la ampliación del perímetro burgués del Estado liberal. De este modo, se ha dado una respuesta positiva a la anomía y a la alienación sin caer en el camino totalitario, en la medida que el movimiento socialista se ha detenido prudentemente ante el *limen* que separa la sociedad abierta de la sociedad cerrada: el mercado. Si el mercado se hubiese venido abajo, la autonomía de la sociedad civil frente al Estado hubiera sido eliminada y con ella las libertades (individuales y de grupo) y la lógica pluralista-competitiva. Lo que nos obliga a concluir que el socialismo —y, en particular, el socialismo marxista— está atravesado de parte a parte por una vocación totalitaria, vocación que se ha visto frenada por lo que Marx llamaba la «infección burguesa»: el liberalismo ha contagiado a la cultura política del movimiento obrero y esto ha posibilitado —como ya he dicho— el compromiso socialdemócrata entre Estado y mercado, entre *Geminschaft* y *Gesellschaft*, entre colectivismo e individualismo.

V.

En el momento mismo en que las llagas de la transición industrial de la sociedad cerrada a la sociedad abierta se iban cicatrizando en el cuerpo de la sociedad europea, la civilización industrial, en virtud de su extraordinaria potencia expansiva, se extiende más allá de sus confines geográficos e implica en su formidable dinamismo a las otras culturas, colonozándolas y transformándolas en satélites de su existencia histórica. Semejante proceso de colonización no ha tenido sólo un carácter político, económico y militar; ha tenido también, y sobre todo, un carácter cultural. Todo el sistema de las sociedades primitivas y tradicionales de Africa y de Asia ha estado sometido a las radiaciones halógenas de la civilización occidental. Se ha puesto en marcha un gigantesco proceso de aculturización forzada. Un tropel de innovaciones (ideas, valores, técnicas, instituciones, etc.) ha penetrado, de forma caótica y brutal, en las culturas foráneas, conmocionándolas desde sus cimientos y rompiendo su frágil equilibrio interno. El choque entre lo que Ortega y Gasset denominó la «modernidad invasora» y las sociedades agre-

didadas fue tan ruinoso para éstas últimas que podemos hablar sin duda de catástrofe cultural inducida. Los pueblos africanos y asiáticos se han encontrado de golpe en la necesidad de afrontar un desafío histórico de proporciones inmensas: adaptarse a la formidable potencia modernizadora del Occidente industrializado, produciendo en sí mismas los anticuerpos, llamémosles así, para escapar a su humillante hegemonía.

Al contacto con la irresistible potencia radioactiva de la modernidad, el primer impulso de los pueblos africanos y asiáticos fue el de oponer una obstinada y ansiosa resistencia a la intrusión del otro. Resistencia desesperada y vana. Occidente, arrolladas y rotas sus frágiles barreras psicológicas e institucionales, los obligó a medirse con una realidad totalmente nueva. Comenzó el proceso de *clocharización* de los pueblos del Tercer Mundo, que en el plazo de pocos decenios se vieron despojados de su identidad cultural y transformados en el «proletariado exterior» de la civilización capitalista. El sistema de relaciones internacionales quedó subvertido desde sus raíces: Occidente se convirtió en el Centro Dominador y las otras culturas —con la única excepción de la cultura japonesa, se escapó de la presa del imperialismo por medio de la modernización defensiva y la autocolonización— quedaron degradadas al rango de colonias o hipocolonias, condenadas por esto mismo a vivir bajo una luz refleja.

A ello hay que añadir los efectos disgregadores y anómicos de la intrusión de la economía de mercado en las sociedades del Tercer Mundo. De hecho, mientras que en el orden tradicional de las sociedades africanas y asiáticas el mercado tenía funciones enteramente secundarias con respecto a los problemas de la existencia, con el proceso de aculturización forzada, la existencia de los hombres y sus exigencias materiales y morales pasaron a un plano secundario en relación con el mercado. Esto liberó a los colonizados de los vínculos comunitarios y los sometió a las leyes impersonales de la competencia y del beneficio. Semejante «liberación», y la consiguiente separación entre la esfera económica y las otras esferas de la vida social, llevaron a la alienación de los colonizados respecto del trabajo, de la comunidad de origen y de la cultura ancestral.

Como ya hemos visto, el proceso de escisión entre lo económico y lo social había producido consecuencias anómicas incluso en Europa; pero, visto con perspectiva, ello ha permitido que los trabajadores europeos salgan de la humillante condición de parias de la sociedad burguesa, gracias al espectacular crecimiento de los recursos materiales y a las instituciones de reintegración y de tutela que crearon los modernos tribunos de la plebe: los partidos socialistas y los sindicatos. Por el contrario, en los países del Tercer Mundo los costes humanos de la intrusión del mercado autorregulado en los tejidos vitales de las comunidades tradicionales se amplificaron por

la heterogeneidad cultural existente entre los agresores y los agredidos. La explotación de la mano de obra por los invasores fue más o menos intensa de acuerdo con las circunstancias históricas específicas, pero siempre fue atroz, desde el momento en que no existía el mínimo de solidaridad nacional entre las clases dominantes y las clases subalternas que, en Europa, en cierta medida, había atenuado los efectos negativos del proceso. En los países colonizados no podía haber, entre los explotadores y los explotados, y ello por razones obvias, ninguna forma de identificación afectiva ni de comunicación moral, con excepción de la inspirada en la tutela paternalista, alimentada a menudo por la hipocresía. El «fardel del hombre blanco» fue la fórmula retórica con la que los occidentales enmascararon durante generaciones la degradación humana de los pueblos colonizados, considerados naturalmente inferiores y, por tanto, necesitados de una disciplina externa.

El resultado global de todo esto fue que el imperialismo cultural occidental no sólo causó estragos entre las instituciones, los usos y los valores que fue encontrando en su camino, sino que desenraizó a los hombres, privándoles del *habitat* ancestral y condenándoles a vivir en un mundo progresivamente transformado en una realidad extraña o incluso hostil. En suma, al agredir a las culturas situadas al margen de su área de desarrollo endógeno, el capitalismo ha desarraigado a millones de individuos, transformándolos en una masa alienada y, por ende, desafectada y resentida con relación al Nuevo Orden. Estos millones de individuos, esparcidos en todas las áreas culturales donde Occidente irrumpió como intruso y agente de disgregación, constituyen el proletariado exterior de la civilización moderna, ligados a su impulso histórico, pero excluidos, sin embargo, de sus beneficios. Cabe afirmar, por lo tanto, que el capitalismo, en su irrefrenable marcha planetaria, ha «proletariado» al mundo entero, produciendo millones de individuos privados de raíces culturales y condenados a vivir en un macrocosmos descompuesto por la agresión cultural. Y precisamente en esta masa de excluidos es donde encontramos a los resentidos protagonistas de las crisis revolucionarias que han jalonado dramáticamente la atormentada historia de los países del Tercer Mundo. Por eso me parece legítimo afirmar que todas las revoluciones del siglo XX han sido, en el fondo, guerras contra la modernidad invasora; con mayor precisión, intentos desesperados de los pueblos que no han logrado asimilar la civilización moderna, escapando a su presión perturbadora mediante la militarización de los espíritus y el regreso a la sociedad cerrada.

VI.

Entre las revoluciones del Tercer Mundo —auténticas reacciones defensivas contra el imperialismo cultural de la civilización

industrial— la más típica, o al menos la más espectacular e influyente, fue sin duda la Revolución bolchevique. Definida erróneamente como una modernización efectuada por medio del Estado antes que por el mercado, la Revolución bolchevique fue esencialmente un gigantesco y despiadado movimiento de rechazo de la cultura occidental y, como tal, la primera «reacción asiática» contra la modernidad. El hecho de que la Revolución bolchevique haya realizado la industrialización forzada de la economía rusa no debe inducir a engaño. Conviene distinguir entre modernización e industrialización, aunque la primera sólo pueda universalizarse a través de la segunda. La industrialización es un fenómeno puramente económico y puede —como lo demuestra la experiencia— realizarse apoyada en estructuras políticas y culturales autoritarias. La modernización, por el contrario, indica el proceso histórico mediante el cual el sistema de vida de la Ciudad terrena se afirma. Esto último implica una cultura global, con sus valores, sus modelos de comportamiento y sus instituciones. Entre las cuales tienen un papel central la libertad-autonomía y la libertad-participación, así como la autonomía de la sociedad civil frente al Estado, el pluralismo político-cultural y la lógica competitiva. Todos estos rasgos culturales no sólo faltan en el sistema soviético, sino que han sido intencionada y programáticamente rechazados como expresiones del *ethos* individualista que el marxismo-leninismo aborrece y combate. De hecho, la revolución bolchevique invierte literalmente el modelo de la Ciudad terrena, expeliendo la «especulación» de los mercaderes y la «especulación» de los filósofos, al tiempo que eleva el Estado-Partido a la categoría de «divinidad» —la definición es de Gramsci. A la sociedad adquisitiva —individualista, competitiva, escéptica y, por tanto, tolerante— opone una especie de «convento militarizado», o lo que es lo mismo, un modelo de sociedad colectivista, aconflictual y lealista, centrado en la institucionalización de una filosofía (obligatoria) de estado —una auténtica Gnosis que se considera «el resuelto enigma de la historia» (Marx) y que, precisamente por esto no puede tolerar ninguna forma de disenso. El poder temporal y el poder espiritual han sido reunificados de tal manera que ha nacido una nueva forma de césaro-papismo, dirigido por una «burocracia carismática». El cierre «científico» de la sociedad se completa con la sustitución casi total del mercado por el plan único de producción y de distribución y con la eliminación consiguiente de la acción electiva y de cualquier forma de exposición a las radiaciones culturales exteriores. La «fortaleza asediada» de Lenin es algo más que una expresión metafórica; es la definición formal de la esencia del proyecto fundamental de la revolución comunista: detener la agresión cultural occidental sometiendo a la sociedad a una lógica marcial y, al mismo tiempo, hierocrática.

Así, pues, cabe concluir diciendo que la modernización ha provocado una verdadera guerra cultural entre civilizaciones que se repe-

len recíprocamente. El sentido de esta guerra todavía inacabada parece ser el siguiente: la Periferia —las culturas ajenas respecto del Occidente capitalista— ha tratado, y está tratando desesperadamente, de sustraerse a la degradante subordinación a la Metrópoli a través de una serie de llamadas revolucionarias a las armas (las últimas en el tiempo se han lanzado en Irán y en la península indochina), encaminadas a la restauración de la plena vigencia de los principios totalizados de la *Gemeinschaft*.

Traducción de Juan Antonio Matesanz



MARXISMO Y SOCIALISMO, HOY

Adolfo SANCHEZ VAZQUEZ

Nos proponemos examinar la relación entre marxismo y socialismo, hoy. Diremos, en primer lugar, que se trata de una relación que, a lo largo del tiempo, ha pasado por diferentes vicisitudes. Por tanto, es histórica. Lo cual nos lleva a desechar la idea de que estemos ante una relación estática, inmutable entre un proyecto ideal y una realidad (existente, en trance de existir o inexistente).

Se trata, a la vez, de una relación problemática ya que el modo de relacionarse sus dos términos plantea una serie de problemas que, en lo fundamental, podemos reducir a dos:

1) El socialismo, ¿sigue siendo posible, si es que alguna vez lo ha sido?

2) El marxismo, ¿sigue siendo válido para el socialismo? Válido en el doble sentido de: a) paradigma teórico del conocimiento social o teoría que permite descubrir las posibilidades de transformación radical social en lo real mismo; y b) teoría que sirve prácticamente al socialismo al orientar el acceso a él y justificarlo como un proyecto posible, necesario, valioso y, por tanto, deseable.

Las soluciones a las cuestiones planteadas varían desde las modificaciones que se introducen en dicha relación sin abandonarla hasta el abandono de ella al renunciarse a uno de los dos términos

—el marxismo—, o al otro —el socialismo—. En el primer caso, tenemos un socialismo sin marxismo; en el segundo, nos quedamos no sólo sin marxismo sino también sin socialismo. Dejando a un lado estas dos últimas soluciones, ocupémonos precisamente de la relación en que se mantienen ambos términos —marxismo y socialismo— con las vicisitudes y problemas que vamos a examinar.

Y, al hacerlo, reafirmemos en primer lugar el carácter histórico de esa relación; histórica puesto que tiene un comienzo y un fin en el tiempo, aunque para algunos la historia de esa relación tenga ya un tinte fúnebre; es decir, haya llegado a su fin.

Que tiene un comienzo se documenta fácilmente: el socialismo se relaciona desde mediados del siglo pasado con el surgimiento, formación y desarrollo de las ideas de Marx y Engels. Ahora bien, como aspiración o proyecto de una sociedad futura más justa es anterior a dichas ideas. Para no remitirnos a un pasado muy lejano— el de Platón o los utopistas del Renacimiento— podemos hablar de un socialismo premarxista en el siglo XIX como socialismo utópico. Al calificarlo así se ha pretendido subrayar que su fundamento es la utopía. Esta utopía puede ser reformista como las de Cabet o Fourier, o revolucionaria como las de Banqui o Weitling. En todo caso, se trata —como utopía— de la anticipación imaginaria de una sociedad deseada, más justa, aunque en definitiva, no obstante la crítica de la sociedad presente en que se apoya, irrealizable. Se trata de una sociedad deseable por su valor, pero en definitiva irrealizable porque: a) no se dan las condiciones necesarias para su realización; b) no se dispone de los medios adecuados para llegar a ella; y c) se desconoce la realidad que ha de ser transformada.

Marx y Engels hacen suyos los objetivos y críticas de este socialismo utópico, pero critican a su vez sus limitaciones y su impotencia. Este socialismo deseado, más bien soñado, ha sido siempre no sólo un socialismo realmente inexistente, sino también la expresión de una voluntad frustrada de realización.

«Socialismo científico»: una expresión desafortunada

El socialismo utópico deja paso al llamado socialismo científico, calificativo que proviene no de Marx sino de Engels. Al calificarlo así Engels pretende llamar la atención sobre un elemento necesario en la transformación de la sociedad: su aspecto racional, entendido como conocimiento objetivo, fundado, de la realidad social que se aspira a transformar. Con todo cabe preguntarse: la expresión «socialismo científico», ¿es afortunada? No lo creo, sobre todo si con ella se pretende subrayar que el socialismo es el resultado nece-

sario, inevitable, del desarrollo histórico-social, del cual el marxismo sería la verdadera ciencia. Aquí los dos términos —socialismo y marxismo— se recubren íntegramente: el socialismo sería un resultado tan objetivo como el de cualquier proceso natural, y el marxismo —reducido a teoría económica y social— sería la ciencia que pone al descubierto ese proceso. En ambos casos tendríamos una cientifización plena, sin fisuras, del saber histórico materialista, y el socialismo aparecería garantizado por la cientificidad del conocimiento de la realidad social y del movimiento histórico en que se inserta. Tal es la interpretación que del marxismo hacen los teóricos de la II Internacional (Bernstein, Kautsky) y que asume, con ciertas modalidades, el marxismo de la III Internacional (Lenin, Bujarin, Stalin).

Aunque algunos textos de Marx y Engels (*Manifiesto Comunista*, *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, *Anti-Dühring*) permiten avalar esta concepción determinista, objetivista y teleológica de la historia, hay otros (*El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, escritos sobre Irlanda y correspondencia con los populistas rusos) que vienen a cerrar el paso a esa concepción cuando se subraya en ellos que:

1) La historia la hacen los hombres aunque en condiciones dadas; 2) no sólo cuentan las condiciones o circunstancias que hacen a los hombres sino los hombres que hacen esas condiciones y circunstancias; 3) la teoría de un fenómeno histórico concreto —el capitalismo occidental— en que consiste *El Capital* no puede convertirse en una filosofía universal de la historia; 4) no hay un determinismo histórico porque no hay leyes universales de la historia sino tendencias en ella.

Todo esto impide que pueda hablarse en nombre de Marx, o al menos de todo Marx, de socialismo científico, entendido como el resultado de un proceso histórico que desembocaría inevitablemente en el socialismo.

Utopía y ciencia, posibilidad y realidad

La relación entre socialismo y utopía no puede ser reemplazada, consecuentemente, por semejante relación entre socialismo y ciencia. Y ello es así porque el socialismo no puede dejar de ser nunca una aspiración o ideal que tiene siempre una dimensión utópica.

Aquí se hace necesario volver de nuevo sobre el término «utopía». Utópico no sólo es lo imposible o irrealizable en un sentido absoluto, sino también lo realizable que temporalmente no puede realizarse. La utopía de hoy puede convertirse en la realidad de mañana siempre que no se trate de una utopía absoluta sino relativa, con-

creta. Por cierto, incluso en el propio Marx no faltan elementos utópicos en sentido absoluto como al postular, por ejemplo, la superación total y definitiva de todas las enajenaciones en el comunismo (*Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*).

¿Qué significa entonces la sustitución de la utopía por la ciencia? Significa sencillamente fundamentar racional, objetivamente, la posibilidad del socialismo y de las acciones humanas encaminadas a convertir esa posibilidad en realidad. El socialismo sería una empresa racional que no cierra las puertas a la imaginación y por tanto a la utopía. Racional sería pretender realizar lo realizable en condiciones históricas determinadas. Lo realizable es tal porque es posible. Fundar el socialismo en lo imposible sería condenarse de antemano a la utopía absoluta.

El marxismo sería entonces el fundamento racional del socialismo en un sentido esencial: en cuanto que descubre lo posible —y lo imposible— en la propia realidad. ¿Qué es *El Capital* de Marx sino el descubrimiento de la posibilidad inscrita en el capitalismo? Pero también de la imposibilidad que el sistema engendra: imposibilidad de que —no obstante los méritos históricos que Marx y Engels le reconocen en el *Manifiesto*— pueda desarrollarse sin convertirse en un límite insalvable al desenvolvimiento pleno y libre de los individuos. El capitalismo ha evolucionado después de Marx invalidando algunas de sus tesis, pero la contradicción fundamental que él descubre entre el desarrollo del capitalismo y los intereses fundamentales de los individuos y de la sociedad, no ha hecho más que abandonarse. Es imposible que la libertad verdadera de los individuos, la paz y la igualdad social entre los hombres y los pueblos, puedan florecer bajo el capitalismo. Esto no significa en modo alguno que baste destruir el sistema capitalista para que todos esos bienes se alcancen. Marx y Engels ya sospechaban esto, pero lo ha probado sobre todo la experiencia histórica del «socialismo real».

El marxismo descubre en el capitalismo las condiciones de posibilidad —no la realidad— del paso de una sociedad a otra más justa. Pero el capitalismo engendra también —y esto no escapa a Marx— la posibilidad de la «barbarie», barbarie que hoy tiene un sentido más pleno y profundo como holocausto nuclear o destrucción de la base natural de la existencia humana.

El marxismo sólo tiene sentido en su relación con el socialismo. No puede reducirse por ello a un paradigma teórico. Y no sólo porque responde a una idea o a un objetivo que es —como hemos señalado— una vieja aspiración de la humanidad, sino también porque es un proyecto de transformación práctica. Pero lo que lo distingue de otras doctrinas socialistas como las utopías es haber fundado racionalmente la posibilidad (no la inevitabilidad) de la realización de ese objetivo. Ciertamente, descubrir esa posibilidad

requiere conocer y criticar la realidad social en la que se forja esa posibilidad. Y en este sentido no sólo es interpretación, crítica o conocimiento de *lo que es*, sino anticipación, descubrimiento de las condiciones necesarias para que *lo que no es todavía* llegue a ser.

El marxismo no se limita, por tanto, a una interpretación del mundo, aunque en verdad lo es. Al dar conciencia de esa posibilidad y de las condiciones —objetivas y subjetivas— necesarias para realizarla, adquiere como teoría una fuerza práctica en la transformación de lo existente hacia el socialismo. En suma, el marxismo sólo existe *por y para* el socialismo, pero éste a su vez necesita del marxismo.

Así pues, en términos del marxismo clásico hay una relación intrínseca e indisoluble entre marxismo y socialismo. Como proyecto político, como conocimiento y crítica de lo existente, y como práctica política —para las clases y fuerzas sociales que opten por la transformación radical de la sociedad— el marxismo es la alternativa necesaria. Y esto explica que, desde los tiempos de Marx y Engels, los partidos obreros que aspiran al socialismo se hayan remitido al marxismo como teoría de la sociedad y la historia, y como *ideología política*. Pero esto explica también que la empresa de desmovilizar las conciencias privándolas de toda perspectiva anticapitalista y socialista pase por la empresa de excluir la presencia del marxismo en el movimiento obrero así como en los movimientos sociales anticapitalistas y en los frentes de liberación nacional. Esa empresa desmovilizadora se convierte hoy en una ofensiva vulgar —sin un nivel teórico digno de este nombre— cuando el estilo argumental de los «nuevos filósofos» se expande a nivel panfletario por los medios de comunicación.

Dos estrategias, dos bloqueos del socialismo

Pero volvamos a la relación entre marxismo y socialismo tal como la ven los que han hecho suyo el ideal de la transformación de la sociedad capitalista. Históricamente, dicha relación se ha mantenido en dos formas que han dividido —ya antes de la Revolución Rusa, pero sobre todo después de ella— al movimiento obrero que durante largo tiempo ha luchado por el socialismo. Estas dos formas de relacionar teórica y prácticamente marxismo y socialismo se inscriben históricamente en la tradición socialdemócrata que inauguran Bernstein y Kautsky y en la tradición revolucionaria que, después de la Revolución de 1917 en Rusia, se asocia al nombre de Lenin y más tarde al cuerpo de ideas y a la estrategia que, en la III Internacional y particularmente con Stalin, se codifica como marxismo-leninismo. Aunque en ambas tradiciones se procura mantener la relación entre marxismo y socialismo, esta relación

supone en ellas dos estrategias distintas e incluso opuestas: una hace hincapié en la vía de las reformas; la otra, en la revolución.

Ambas estrategias, y el marxismo que las inspira, o más exactamente la interpretación de él en que se sustentan, han tenido ocasión de probarse en la vida real como estrategias anticapitalistas y socialistas. Y han podido ponerse a prueba en cuanto que, en ambos casos, han tenido la oportunidad histórica de llegar al poder y de gobernar en nombre del socialismo. Pues bien, con base en la experiencia histórica que supone, en un caso, el paso por el poder establecido y, en el otro, el ejercicio del nuevo poder después de la ruptura revolucionaria con el sistema capitalista, podemos establecer el siguiente balance.

El marxismo reformista que se considera comprometido con la idea del socialismo como fin u objetivo ha logrado importantes reformas sociales sin rebasar el marco o la estructura del capitalismo. O sea: permanece dentro del sistema con la esperanza de pasar algún día sus fronteras estructurales; mientras tanto no puede hablarse de transición de una sociedad vieja —capitalista— a otra nueva —socialista—. No hay, pues, socialismo; pero tampoco el anticapitalismo que ha de permitir la transición. Se proclama que el socialismo sigue siendo un ideal, la estrella polar que guía la realización de las reformas, pero la estrella polar brilla cada vez más desvaída y distante. En consecuencia, la posibilidad de que el socialismo llegue a ser una realidad por esta vía es una hipótesis que hasta hoy no se ha confirmado, pues en definitiva nunca se han rebasado —con esta estrategia— las fronteras del capitalismo.

El marxismo de la III Internacional de inspiración leninista y sus prolongaciones posteriores codifica, en unidad indisoluble, la herencia de Marx, Engels y Lenin como marxismo-leninismo. Si fijamos nuestra atención en la Revolución de Octubre y en la sociedad soviética construida a partir de ella en el proceso de transición del capitalismo al socialismo, no puede dejar de reconocerse que este marxismo con su estrategia revolucionaria ha logrado romper violentamente con el poder y el sistema social establecidos. Por primera vez en la historia de la humanidad las relaciones de explotación del hombre por el hombre, y en particular las relaciones capitalistas de producción, fueron abolidas confirmándose así la previsión marxista de que el capitalismo, como formación social históricamente transitoria, estaba destinado a desaparecer, aunque ciertamente esta desaparición no se dio en Rusia en 1917 en las condiciones económicas y sociales previstas por Marx. A diferencia de la estrategia reformista, la estrategia revolucionaria bolchevique permitió rebasar el marco estructural capitalista abriendo con ello la perspectiva de la transición a una nueva sociedad socialista. Pero en el curso de este proceso de transición lo que se construyó no fue propiamente el socialismo sino una nueva formación social en la que

una nueva clase explotadora —la burocracia— posee de hecho el poder económico y ejerce el poder político, al margen del control de la sociedad y de la participación o gestión de los trabajadores. Tal es la sociedad que se conoce como «socialismo real», y en la que durante el largo período que se extiende de Stalin a Breznev quedó bloqueado el camino del socialismo. No hay que descartar, sin embargo, las nuevas perspectivas que abre la *perestroika* al tránsito al socialismo, si ésta logra efectivamente romper el inmovilismo económico, político y social en que la burocracia ha mantenido hasta ahora a la sociedad soviética.

Pero ateniéndonos a lo real sin descartar lo posible, podemos concluir respecto a las dos vías o estrategias fundamentales apuntadas:

El camino del socialismo emprendido por la vía reformista no rebasa las fronteras estructurales del capitalismo, en tanto que la vía seguida en nombre del marxismo-leninismo permanece dentro de un anticapitalismo que no puede identificarse con el socialismo. En uno y otro caso, queda bloqueado el camino del socialismo. El reformismo lo bloquea sin salir del capitalismo; el marxismo-leninismo le cierra el camino pese a haber hecho saltar la estructura capitalista. Nos encontramos, pues, con que el socialismo como estrella polar, como proyecto político y social para superar una serie de enajenaciones y como creación de las condiciones para la autogestión social o control de los productores asociados sobre los medios de producción así como para la democratización plena y profunda de todas las esferas de la vida social, sigue distante de la realidad.

Teoría y práctica del socialismo

Es indudable que para una teoría como el marxismo que hace de la praxis su categoría central y que, en su médula misma, contiene la unidad de la teoría y la práctica no puede dejarse a un lado el saldo que arroja la experiencia histórica. El marxismo tiene que ser juzgado no sólo por su capacidad para entender el mundo sino también por su capacidad para contribuir a transformarlo. Y justamente la experiencia histórica plantea una serie de cuestiones que se engloban bajo el rubro de la llamada «crisis del marxismo» y que conducen a los intentos de ajustarlo o adaptarlo a la realidad en unos casos, y a su abandono por razones teóricas y prácticas en otros. Ahora bien, la experiencia histórica del desarrollo del capitalismo como sistema mundial, la práctica de las luchas por el socialismo tanto en Occidente como fuera de él, así como la nueva realidad construida en los países del Este europeo en nombre del marxismo que la inspira y justifica como «socialismo real», han

puesto de relieve la fragilidad e inactualidad de ciertas tesis marxistas.

Entre los elementos caducos o inactuales que hay que superar está el tributo que rinde Marx a una concepción hegeliana eurocentrista y teleológica de la historia. Conforme a ella existe una racionalidad universal que encarnan sobre todo los pueblos occidentales, teniendo como agente histórico, ayer la burguesía y hoy el proletariado, frente a los «pueblos sin historia» o «bárbaros» que no serían sujetos sino objeto de ella. A este racionalismo universal va unido cierto finalismo ya que de acuerdo con sus leyes la historia marcharía inevitablemente hacia su fin: el comunismo. No se puede ignorar, sin embargo, que el propio Marx en sus escritos sobre Irlanda y en su correspondencia con los populistas rusos trató de corregir semejante concepción de la historia. Pero, no obstante, ella es la que ha dominado en las dos estrategias —reformista y marxista-leninista— antes mencionadas. Tampoco puede mantenerse hoy el optimismo de Marx sobre el potencial revolucionario de la clase obrera occidental ni su confianza en su impermeabilidad al virus ideológico burgués. También resulta cuestionable la sobreestimación marxiana del carácter progresista del desarrollo de las fuerzas productivas, sobreestimación que al estimular cierto enfoque economicista hace perder de vista los aspectos destructivos de ese desarrollo. A su vez, la atención casi exclusiva a la denominación de clase oscurece la visión de otras formas de dominación —nacional, racial, sexual o étnica— contra las que hoy luchan diferentes movimientos sociales que han de ser tenidos muy en cuenta en una estrategia anticapitalista.

Finalmente, la experiencia histórica del «socialismo real» ha puesto a prueba las ideas de Marx no sólo en cuanto a la transición del capitalismo al comunismo a través del socialismo sino también respecto al poder de sus herramientas conceptuales al examinar una realidad social que, ciertamente, Marx no previó ni podía prever. Con todo, ¿no cabría aplicar a la caracterización de esa nueva sociedad el criterio marxiano del papel determinante de las relaciones de producción, y, particularmente, el de la propiedad efectiva —no sólo formal— sobre los medios de producción?

El marxismo-leninismo se ha caracterizado por el intento de mantener, incluso frente a la realidad, ciertas tesis del marxismo clásico o por deformar u olvidar algunas tesis de Marx, hoy más válidas que nunca, como son las que proclaman la unidad indisoluble de socialismo y democracia. Con ello anuló o melló su potencial emancipatorio convirtiéndose en una ideología justificadora de una estrategia política o de una realidad a la que se llama «socialismo real». Ciertamente, si el marxismo en su teoría y en su práctica se redujera a este marxismo que ha entrado en bancarrota, su destino actual estaría sellado. Como lo habría estado en el pasado si

hubiera quedado reducido al marxismo de la II Internacional que, después de la primera guerra mundial, entró en su ocaso.

Adolfo Sánchez Vázquez

La concepción eurocéntrica del marxismo reduce en definitiva las pruebas de su validez a lo que sucede en Occidente, dejando fuera de su visión a los pueblos que ya Hegel había dejado fuera de la historia. Sólo aferrándose a las estrategias ya agotadas en Occidente —la reformista socialdemócrata o la revolucionaria en sentido marxista-leninista— se puede ignorar la presencia del marxismo en la lucha de los pueblos en otros continentes. Y así como, por ejemplo, la estrategia reformista, propiamente estructural, intentada en Chile en los años 70 tenía poco que ver con el reformismo clásico, así también la experiencia revolucionaria de América Latina en las últimas décadas tiene poco que ver con el marxismo-leninismo. La revolución cubana como revolución nacional y social fue un verdadero escándalo teórico y práctico para la ortodoxia marxista-leninista, ya que su encuentro con el marxismo no podía darse dentro de los moldes tradicionales. En cuanto a la revolución nicaragüense no puede negarse el papel que el marxismo ha desempeñado en ella, pero un marxismo impregnado de sandinismo. Es decir, un marxismo que, al hacer suya la reivindicación nacional, ha tenido que superar el reduccionismo de clase y el economicismo característicos del marxismo-leninismo. A su vez, esta revolución ha roto con una tradición «marxista» autoritaria y antidemocrática al recuperar el tema de la democracia y adoptar el pluralismo tanto dentro de la revolución como en el seno del Frente Sandinista que dirige la liberación nacional. Ciertamente, la revolución nicaragüense no se plantea hoy el socialismo como objetivo ya que la correlación de clases y la agresión del imperialismo yanqui la mantienen como revolución democrática, nacional y antiimperialista. Sin embargo, no se puede negar el peso del marxismo en ella, aunque se trata de un marxismo que hace suya la tradición nacionalista, sandinista, del país y que aspira a llegar al socialismo por una vía democrática, representativa y participativa.

En América Latina el marxismo no se halla ligado, pues, inexorablemente a la tradición marxista-leninista aunque ésta es una corriente que hoy existe, sin ser monopólica, en el continente.

La crisis del marxismo

Y llegamos así a la cuestión medular que ha estado presente a lo largo de nuestra exposición: la crisis del marxismo. Naturalmente lo primero que necesitamos precisar cuando hablamos de ella es el sentido con que utilizamos ambos términos. ¿Qué entendemos por crisis y qué es lo que está propiamente en crisis? En un sentido general, significa con respecto a un proceso, la interrupción o paralización de su desarrollo normal. Si la crisis se supera, el proceso

interrumpido o paralizado recupera su marcha normal y puede seguir un curso positivo; pero en caso contrario, el proceso se agrava hasta llegar a su liquidación. Los médicos conocen bien este significado de la crisis. Las dos alternativas pueden darse sin que ninguna de ellas esté inscrita inevitablemente en la crisis. Aplicado esto al marxismo, y reconocida por tanto la existencia de su crisis, nos preguntamos: ¿el marxismo está destinado a superarla o a hundirse con ella? Veamos.

El marxismo no es un sistema íntegro, cerrado, que permitiera hablar de EL MARXISMO (así, con mayúsculas). Lo que existe es un marxismo que se desarrolla históricamente aunque sin perder ciertos rasgos, que no existen abstractamente sino sólo en su desenvolvimiento histórico. Tales rasgos son: su proyecto de emancipación, su exigencia de fundamentarlo objetiva y racionalmente, y su vinculación como teoría con la práctica.

En su desarrollo histórico, el marxismo no ha podido permanecer sordo a las exigencias de la realidad y ante ellas acentúa o debilita algunos de esos rasgos fundamentales. Y justamente en ese desarrollo ha pasado por una serie de crisis. No sólo en nuestros días el marxismo ha conocido las vicisitudes de una crisis. Los éxitos espectaculares de la socialdemocracia alemana a finales del siglo pasado y, con ellos, la absolutización de la vía legal, parlamentaria, así como el chovinismo de los partidos socialdemócratas europeos en la primera guerra mundial, condujeron al marxismo a una crisis de la que pudo salir transitoriamente con la revolución rusa de 1917. Asimismo, el fracaso de la estrategia de la III Internacional así como el hundimiento del mito de la URSS como patria del proletariado y «socialismo realmente existente» hicieron entrar al marxismo en una crisis de la que no se repone todavía. En ambos casos la crisis se producía porque se interrumpía o paralizaba su desarrollo en relación con alguno de sus rasgos esenciales. En el caso de la socialdemocracia, se trataba de un alejamiento o una ruptura con respecto a su proyecto transformador, revolucionario, al propugnar una estrategia reformista de integración o adaptación al sistema capitalista e incluso de administración de sus intereses fundamentales. En cuanto a la III Internacional se trataba de una estrategia revolucionaria inadecuada en Occidente y de la que era un calco la que se dictaba a los países no occidentales. Una estrategia que, en definitiva, respondía a los intereses de un Estado y un Partido que imponían —como Estado y partido guías— sus reglas en nombre de la universalidad del marxismo-leninismo a todo el movimiento comunista mundial.

A esta crisis ha contribuido asimismo el no haber tomado en cuenta debidamente, al fundamentar la estrategia anticapitalista, los cambios operados en la naturaleza misma del capitalismo, en el proceso de trabajo y en las formas de vida. Y, finalmente, ha contri-

buido decisivamente la contradicción patente entre el socialismo de Estado, autoritario y burocratizado de las sociedades del «socialismo real», y el proyecto originario del marxismo clásico de una nueva sociedad en la que los productores asociados participan en la gestión de la economía y en la dirección del Estado, una sociedad en la que los términos democracia, libertad y socialismo se presentan indisolublemente unidos. Ahora bien, dado que el marxismo supone la unidad —aunque siempre relativa— de teoría y práctica, lo que pone en crisis al marxismo no es sólo el agotamiento o la inadecuación de ciertos aspectos de su teoría, y subrayo *ciertos aspectos*, ya que comparada hoy en su conjunto con su situación en décadas anteriores a las del 60, registra un impulso vigoroso en todos los campos (filosofía, economía, teoría política, historia, estética, antropología, etc.). Pero, en definitiva, lo que hoy pone en crisis al marxismo más que la teoría es —como en las crisis anteriores— una práctica política que niega el proyecto liberador originario al no tratar de rebasar el marco capitalista, con lo cual se prolonga bajo un nuevo ropaje el reformismo tradicional, o una práctica que, en nombre de ese proyecto, identifica anticapitalismo con socialismo. Pero lo uno no significa lo otro; es decir, como demuestra la experiencia de las sociedades del «socialismo real», no basta romper con el capitalismo para transitar realmente al socialismo.

Crisis del marxismo, pues; pero, ¿se trata de una crisis global? El bloqueo estratégico, práctico, que significa la vía reformista tradicional o la vía revolucionaria clásica no significan que esté bloqueado fatalmente el acceso al socialismo, lo que constituiría no ya la crisis sino el ocaso del marxismo. Pero la superación de ese bloqueo tan presente en la crisis actual exige un despliegue inusitado del poder de la razón y de la imaginación que permita emprender reformas estructurales, en unos casos, o revoluciones que asuman no ya las experiencias lejanas de Occidente sino especialmente las que brinda en nuestro tiempo el Tercer Mundo.

Marxismo para el socialismo

Hasta ahora no disponemos de una teoría que ofrezca una alternativa más racional y fecunda que el marxismo a la necesidad — hoy más imperiosa que nunca— de poner fin al capitalismo y de construir una nueva sociedad socialista sin explotación ni dominación de ningún tipo. Y al hacer esta afirmación no se trata en modo alguno de salvar los aspectos caducos, inadecuados del marxismo, ni tampoco de absolverlo de todos los errores, e incluso crímenes, cometidos en su nombre. Los aspectos caducos deben ser abandonados, los errores superados, y los crímenes denunciados firmemente. Pero mientras exista la realidad que hace necesaria y justifica su existencia —el capitalismo, la enajenación de los individuos, la explotación de los hombres y los pueblos— el marxismo no

puede dejar de existir. Y con esto volvemos a nuestro punto de partida: la relación entre marxismo y socialismo. Necesitamos el marxismo porque existe la necesidad, posibilidad y deseabilidad del socialismo. El marxismo existirá, en suma, mientras estemos convencidos de la necesidad de emancipar a la humanidad en un sentido socialista y de fundamentar racionalmente esa emancipación.

La vigencia y actualidad del marxismo hay que buscarla, pues, en su relación —como proyecto liberador, como teoría de la emancipación, como conocimiento y «crítica de todo lo existente» (Marx)— con el socialismo. Podrá entrar en crisis, como ha entrado en nuestro tiempo. Podrán abandonarse —como hay que hacer con todo conocimiento de la realidad— las hipótesis, tesis o teorías que sean desmentidas por ella. Pero el marxismo —como teoría y práctica— tiene que subsistir porque lo necesita nuestra opción por la transformación radical de este mundo: el socialismo. Y si el marxismo o cierto marxismo entra en crisis, si se interrumpe o paraliza su desarrollo, no se trata de una crisis global y sin salida ya que subsiste su necesidad como proyecto, como conocimiento y crítica —incluyendo la crítica de lo que se hace en su nombre—, y como práctica fundada no en sueños o ilusiones sino en una base racional, objetiva y, hasta donde sea posible, científica. Y justamente porque se trata de una teoría que tiene que estar revisando a cada momento su relación con la realidad y la práctica, y dado que esa relación no está dada de una vez para siempre, y menos aún garantizada, hay que admitir que la crisis actual del marxismo no es la primera ni tampoco será la última. La crisis forma parte de su desarrollo histórico porque no hay nada ni nadie que pueda garantizar definitivamente o de antemano la certeza de su interpretación del mundo ni la justicia de su práctica para transformarlo.

No sólo el marxismo...

Al poner punto final a nuestro examen de la relación entre marxismo y socialismo, vemos a manera de conclusión que se trata de una relación histórica en la que sus dos términos, pese a sus problemas y vicisitudes, se unen y necesitan mutuamente. Sólo hay marxismo *por y para* el socialismo, y a su vez el socialismo vivirá y se afirmará si se nutre del marxismo. Pero esto no significa en modo alguno que el marxismo sea su único elemento fecundante, o el único cuerpo de ideas que puede inspirar los esfuerzos teóricos y prácticos para llegar al socialismo. En América Latina es bien conocida la participación de creyentes católicos en los movimientos revolucionarios y los marxistas estiman en todo su valor las aportaciones teóricas y prácticas de la teología de la liberación y de los cristianos por el socialismo. Sin ser marxistas, otras corrientes de signo libertario contribuyen asimismo a los procesos de liberación

que conducen a una sociedad más justa. Finalmente, aunque sin definirse como marxistas aunque sí con una clara posición anticapitalista, los movimientos sociales de nuestros días —ecologistas, pacifistas, feministas y, en general, de liberación sexual— contribuyen también a ampliar y enriquecer las vías que llevan al socialismo.

Adolfo Sánchez Vázquez

En suma, no se puede pensar hoy en un socialismo a espaldas del marxismo, pero tampoco en un marxismo que monopolice el torrente de esfuerzos necesarios para llegar al socialismo.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

FUNDACION
PABLO
IGLESIAS

EDITORIAL
PABLO IGLESIAS

Los días 29 y 30 de noviembre de 1986 tuvo lugar en Sigüenza un debate organizado por la Fundación Pablo Iglesias sobre el tema *La izquierda y Europa*. En la reunión participaron más de cuarenta intelectuales y políticos españoles y de otros países europeos. La discusión se desarrolló sobre la base de una ponencia presentada por la Fundación Pablo Iglesias y distribuida a los participantes con un mes de antelación. El presente volumen recoge íntegramente la ponencia y el debate (cada participante revisó la transcripción de sus intervenciones), así como las contribuciones presentadas antes o después de la discusión. El Presidente del Gobierno y Secretario General del PSOE, Felipe González, tuvo un encuentro con los participantes en el debate.

J. Arango, D. Aranguren, M. Azcárate, J. Astelarra, E. Barón, J. Borja, M. Cabrera, F. Claudín, S. Clotas, J. M. Colomer, R. Debray, J. Elleinstein, M. Escudero, M. A. Fernández Ordóñez, R. Figueroa, T. Fichter, G. Fuchs, A. Gauron, K. Hansch, D. Koniecki, N. Lechner, J. Lerma, E. Lluch, J. Martínez Reverte, C. Miranda, I. Molas, J. A. Moreno, M. Muñiz, G. Napolitano, R. Obiols, M. Ortuño, L. Paramio, J. Pradera, J. R. Recalde, M. Rodríguez, M. Satrustegui, C. de la Serna, J. Solé Tura, I. Sotelo, G. Stedman Jones, J. F. Tezanos, P. Vilanova, A. Viñas, C. Virgili, C. A. Zaldívar.

LA IZQUIERDA Y EUROPA
Fundación Pablo Iglesias
Editorial Pablo Iglesias
312 págs. 1.500 ptas.

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010-Madrid - Tels. 410 46 96 y 410 47 98



LA CRISIS DEL SISTEMA SOVIETICO EN LA EPOCA DE GORBACHOV

Ferenc FEHER

El significado de crisis en el sistema soviético

El significado del término «crisis», aparentemente obvio, se convierte en uno de los famosos «misterios envueltos en un enigma» (Churchill) cuando intentamos comprender seriamente su naturaleza económica, política o cultural en el régimen soviético. Para empezar, hay que tener en cuenta las divergentes y abstrusas formas en que puede articularse la «crisis» en la URSS, ya que, en marcado contraste con muchos países de Europa del Este, la URSS no ha experimentado en las últimas décadas revoluciones ni guerras civiles, es decir, situaciones en las que, lógicamente, el término «crisis» se explica por sí mismo.

He seleccionado como ejemplo los casos de la *crisis de la agricultura* y la *inflación*. En los últimos treinta años la terminología oficial soviética ha reconocido de forma encubierta el estancamiento crónico de la agricultura, en la medida en que en los congresos del partido se ha hecho constante referencia a la necesidad de «solucionar el problema de los alimentos». Estos eufemismos, «callejón

sin salida de la agricultura» o «estancamiento», aparecen en el sentido de crisis en la imaginación y las conversaciones cotidianas del ciudadano soviético medio, que invierte un tiempo fastidiosamente largo en las colas para obtener los artículos básicos de su dieta alimentaria. La percepción de estas molestias como *síntomas de crisis* se hace patente en forma de chistes políticos, que en estas sociedades sirven como principal sustituto de la opinión pública libre. Actualmente, el chiste soviético más oportuno es ese que dice que es una ley científica de la construcción del socialismo y el comunismo que el proceso tenga lugar con mal tiempo permanente, lo que a su vez es perjudicial para la cosecha.

Por lo que a la postura oficial (del partido) se refiere, sólo durante el breve mandato de Jruschov apareció en los medios de comunicación oficiales la situación de crisis profunda de la agricultura colectivizada. Jruschov fue incluso más allá, al hacer de la solución de la crisis de la agricultura soviética su primera prioridad política (1). Por el contrario, las expresiones «crisis de la agricultura» y «el estado crítico de la agricultura soviética» han desaparecido por completo del vocabulario político soviético desde la caída de Jruschov. Las nuevas referencias oficiales al «problema alimentario», siempre pendiente de solución, así como todas las descripciones objetivas de la vida cotidiana soviética en la era Breznev, sugieren que el síndrome sigue ahí y que sólo se ha eliminado el término.

El ejemplo de la inflación es incluso más gráfico, ya que un debate sobre este problema ha estallado recientemente y con gran intensidad en los medios de comunicación soviéticos entre periodistas y economistas, por un lado, y destacados *apparatchiki* por el otro. El debate sobre la inflación soviética se centra, en parte, en si los salarios reales mantienen su poder adquisitivo. En un artículo, el periodista de *Literaturnaya Gazeta* Anatoli Rubinov, que recogió cientos de cartas de lectores soviéticos preocupados por las subidas de precios, afirma que «últimamente los precios han subido de forma desproporcionada en relación con los salarios (...) y no en términos de kopeks, ni siquiera sólo en rublos». Pero hay también otra versión. Nikolai Belov, primer vicepresidente del TSSU, organismo que maneja todas las estadísticas del país, discrepa, y dice que el señor Rubinov «no tiene competencia para extraer conclusiones» sobre la inflación. El señor Belov convocó una conferencia de prensa para anunciar que los precios al consumo subieron sólo un 8% entre 1970 y 1986, mientras que los salarios medios mensuales crecieron en un 60%, de 122 a 195 rublos. «No puede haber un problema de inflación ni un descenso del nivel de vida en la Unión Soviética», insiste (2).

Lo que está en juego entonces es nada menos que decidir si ha habido una aguda tendencia inflacionista en la vida económica

soviética —señal inequívoca de la existencia de síntomas de crisis— o si, por el contrario, lo que ha prevalecido en la URSS en los últimos dieciséis años es algún tipo de política deflacionista, fenómeno casi sin parangón en la economía moderna (y que, dicho sea de paso, no es necesariamente señal de una actuación económica correcta). Quizá dos ejemplos serán suficientes para corroborar la verdad de mi afirmación, es decir, que el significado del término «crisis» dista mucho de ser obvio en la economía y la política soviéticas en cuanto a su existencia, por un lado, y por lo que a su carácter concreto se refiere, por otro.

Puede parecer que hay una forma fácil de salir de este callejón sin salida teórico. «Objetivamente», podrían argumentar muchos, ha habido en la economía soviética períodos de crisis fácilmente definibles, sólo encubiertos por datos falseados o, con frecuencia, simplemente no dando a conocer ningún informe estadístico, lo que ha sido el caso en China durante décadas. Aun así, ¿dónde están los «criterios objetivos» sobre los cuales el analista puede proceder a determinar la «existencia objetiva» de la crisis económica en la URSS? El espectacular fiasco, hace unos cuantos años, de la investigación de la CIA sobre la producción soviética de crudo, el craso error de un estudio que predijo la brusca disminución de la producción soviética en unos años, prueba la dificultad, cuando no la imposibilidad absoluta, de desvelar esos «criterios objetivos». La previsión de la CIA resultó ser una interpretación totalmente errónea de las señales y los síntomas de la economía soviética, pese a la enorme cantidad de fondos que presumiblemente se asignaron a la investigación, y también pese al hecho de que el informe fue encargado para que sirviera de orientación en la política de la administración, y no con fines propagandísticos. Desde un punto de vista técnico, es el tan discutido enigma de interpretar los gastos militares soviéticos en el presupuesto lo que subraya las dificultades provocadas por esta casi impenetrable oscuridad (3).

Las causas de esta opacidad son conocidas. La economía soviética es una economía dirigida (4), un sistema integrado *políticamente* en el que el comportamiento económico de sectores y unidades viene definido por la voluntad estratégica y las decisiones de «planificadores omnipotentes». En su origen, la economía soviética carecía de *actores económicos independientes y reconocidos públicamente* de cuya conducta pudieran inferirse determinadas previsiones objetivas (o los actores independientes que existen esporádicamente fueron marginados económicamente). En este sistema el mercado ha sido abolido, o por lo menos fragmentado en gran medida. La estrategia de inversión soviética se define política y no económicamente. Los precios son políticos. La «ley del valor», como el propio Stalin observó correctamente en la década de 1920 y repitió en la de 1950, no tiene ningún efecto global dentro de este sistema (5).

En consecuencia, los costos de producción también se definen políticamente, lo que los hace, a pesar de los más recientes y arduos esfuerzos de los planificadores, económicamente incalculables. Por último, a pesar de la proporción cada vez mayor del presupuesto soviético dedicada al comercio exterior, la economía soviética no está integrada en la economía mundial. El comportamiento económico soviético no puede, por tanto, verse influido por factores externos, lo que añade otra dificultad a la hora de descifrar sus misterios.

Las observaciones expuestas hasta ahora pertenecen, sin excepción, al «núcleo de conocimiento» de estudios soviéticos. La única razón que me mueve a repetir de nuevo estas verdades obvias es que no se han extraído aún de ellas las conclusiones lógicas respecto del significado de la expresión «crisis en la sociedad soviética». He aquí mi conclusión. La «crisis» en la economía capitalista occidental puede definirse como un período más breve o más largo de mal funcionamiento económico, durante el cual la estrategia de la inversión permanece sin confirmar o es rechazada por los indicadores del mercado (el más importante de los cuales es la bolsa); la bola de nieve de las quiebras y el desempleo crece con fuerza; los actores económicos, desde las empresas hasta los sindicatos, niegan públicamente su «voto de confianza» a la política económica y fiscal oficial imperante a la que con anterioridad habían dado su confianza o incluso habían impuesto. Y, por último, empiezan a aparecer señales inequívocas de desintegración política del régimen. Si ésta es nuestra definición de trabajo de «crisis», la economía soviética, simple y «objetivamente», desconoce el término. Analistas y observadores pueden continuar buscando sin fin los «criterios objetivos» de crisis en los términos de la definición arriba expuesta, pero nunca los encontrarán. Sencillamente, la mayoría de los indicadores no se hallan presentes en el sistema soviético. Aunque pueden cancelarse determinados proyectos, la economía está coaccionada *políticamente* para mantener su dinámica (aunque no se pueda establecer a qué nivel de crecimiento). Por otra parte, la economía soviética *puede* mantener esta dinámica porque dentro de ella la producción no guarda relación con el mercado. La opinión de los compradores, y su comportamiento económico general, carece de importancia, o es pertinente sólo en términos políticos pero no económicos. En consecuencia, quedan por fuerza suprimidos los síntomas de un «voto de no confianza» por su parte. Dado que en el régimen soviético no puede separarse lo económico de lo político ni siquiera de forma temporal, sólo hay un único criterio de la crisis económica soviética: una declaración de los dirigentes al respecto. Así entendida, la crisis económica ha asomado a la superficie hasta ahora sólo una vez en la URSS. Fue en la era Jruschov, cuando el propio «Primer Hombre» declaró que la situación económica (sobre todo en la agricultura) era crítica. Un ejemplo similar ha sido el ofrecido por China durante los

últimos siete u ocho años, cuando Deng Xiaoping calificó de confuso el estado de la economía china tras la revolución cultural.

Ferenc Feher

El enigma al que nos enfrentamos a la hora de explorar el término «crisis» en la sociedad soviética no está causado por un mero «encubrimiento manipulador»; es una oscuridad mucho más «objetivamente» impenetrable por dos motivos. En primer lugar, no sólo los observadores externos, sino *también los propios dirigentes soviéticos se enfrentan a misterios eternos*. Un documento reciente y de sumo interés arroja luz sobre este oscuro fenómeno. Andras Hegedüs, que fue un destacado autor de anuarios estadísticos amañados en Hungría después de la revolución de 1956, explica de la siguiente manera este rompecabezas en su «autobiografía en entrevistas»: la existencia de dos juegos distintos de datos estadísticos, afirma, uno falsificado y otro correcto (este último guardado en una caja fuerte secreta), no es más que una leyenda popular. Cae por su propio peso, observa, que los datos estadísticos eran doblemente falsificados por la institución central de estadística. Primero los «ajustaban» antes de remitirlos al Politburó, que casi siempre sólo quería ver «resultados optimistas», y otra vez después, antes de darlos a conocer al público. Sin embargo, es sencillamente incierto que los datos iniciales habrían ofrecido un «panorama objetivo» de la situación económica. Los falsificadores iban reuniendo los datos que, como sabían perfectamente, ya habían sido amañados por los ministerios y departamentos económicos. Por consiguiente, ni siquiera en los poco frecuentes momentos en que los dirigentes *sí* quisieron enfrentarse a la realidad pudieron hacerlo (6).

La segunda causa de este carácter impenetrablemente opaco de la realidad económica soviética se deriva del hecho de que los dirigentes soviéticos definen los síntomas de la crisis basándose en consideraciones político-estratégicas y no en los indicadores económicos, lo que es congruente con las principales características de su régimen. De ahí se infiere que lo que se considera «crítico» varía en la sociedad soviética de un período a otro, de un dirigente a otro y de una estrategia a otra. En realidad, la historia soviética comenzó como tal con un «debate hermenéutico» (de terribles consecuencias pragmáticas) sobre el significado de la palabra «crisis». Para Bujarin, el adalid por excelencia de la NEP, el lento crecimiento de la industria soviética era un fenómeno totalmente aceptable siempre que la industria soviética, que tan lentamente crecía, proporcionara la suficiente cantidad de bienes de consumo para mantener viva la producción agrícola para el mercado. Para Stalin y la mayoría del aparato del partido, el crecimiento lento suponía una crisis importante. Nove muestra cómo Stalin y las personas de su entorno interpretaron el súbito descenso de la cantidad de cereales destinados a la comercialización en 1928, una disfunción menor que podía haberse eliminado fácilmente con un cambio en la política de precios, como señal de una catástrofe

inminente. Esto era también congruente con los términos generales de su estrategia (7).

La distinción exclusivamente política entre lo que es «crítico» en la vida económica soviética y lo que no lo es puede entenderse mejor si echamos una ojeada al stalinismo «maduro». La agricultura soviética nunca tuvo un rendimiento peor que con Stalin, y sin embargo este gran autor de hambrunas producto de la mano humana permaneció totalmente impasible ante su agudo estancamiento o fuerte decadencia. En los términos de su estrategia, estos fenómenos no eran fenómenos críticos. Por consiguiente, con Stalin no hubo crisis agrícola en la URSS, ni siquiera cuando millones de personas murieron de hambre y cuando la producción agrícola cayó, según el testimonio de Jruschov, por debajo del nivel de los últimos años de paz con el régimen de los zares. Por otra parte, es muy legítimo interpretar su enigmática obra *Los problemas económicos del socialismo en la URSS*, de 1951, como un mensaje indirecto, y en cierto modo codificado, sobre un peligroso síntoma de crisis. Ahora sabemos, por las pruebas acumuladas, que en 1950-1951 Stalin predijo el estallido de la tercera guerra mundial para un futuro cercano (8). Por tanto, Stalin consideraba legítimamente que la situación económica del «bando soviético» era crítica en torno a los años 1949-1951. La reconstrucción de la posguerra no había terminado siquiera en varias «democracias populares», por no hablar de su embarque concertado en un ritmo acelerado de economía de guerra. El control sobre la producción agraria, un factor importante en la economía de guerra, distaba mucho de estar totalmente en manos de los diversos aparatos comunistas. La cooperación económica fluida de las direcciones comunistas nacionales bajo la tutela del Politburó soviético no había llegado ni siquiera al estado embrionario. Si, por tanto, interpretamos el texto de Stalin como la expresión (encubierta) de la «conciencia de crisis» de la dirección soviética, y lo contrastamos con su imperturbable actitud hacia el estancamiento o la decadencia agraria, podremos captar el significado de la definición política de la crisis económica en la sociedad soviética.

Por eso la estrategia de «modernización» de Gorbachov es el concepto clave para comprender lo que las expresiones «crisis» y «solución de la crisis» denotan en la política y los asuntos económicos soviéticos actuales. Que yo sepa, la «crisis mundial» no ha sido utilizada oficialmente por los dirigentes soviéticos, aunque el temor, a menudo tenso, de los discursos de Gorbachov y la atmósfera de urgencia artificialmente creadas sugieren una «conciencia de crisis». La única, y al mismo tiempo suficiente, prueba de la existencia de una crisis económica, es decir, el malestar público de los dirigentes por la situación económica, es claramente manifiesta en la URSS.

¿Cuál es el contenido exacto que parecen atribuir los dirigentes a la crisis? ¿Cuáles son sus propuestas para resolver la crisis? ¿Cuáles son los proyectos alternativos que pueden inferir los observadores de los síntomas que se ven actualmente? (9). El objetivo inmediato del Nuevo Equipo es doble: realizar un cambio drástico en la élite, una reorganización y sustitución, preferiblemente total, de la «conservadora», «ineficaz» y «corrupta» gerontocracia de Breznev (lo que constituye el contenido principal, sociológicamente descifrable, de su consigna de «reestructuración») y superar el actual estancamiento soviético en cuanto a crecimiento industrial y su atraso tecnológico. Aunque nunca se afirme públicamente, el énfasis que ponen los soviéticos en detener la experiencia norteamericana con la Iniciativa de Defensa Estratégica (una de las principales preocupaciones de los dirigentes soviéticos, que de una forma ostensible toman el proyecto con una seriedad incomparablemente superior que los científicos occidentales críticos) demuestra que el principal motivo de este segundo aspecto de su estrategia es el *miedo*. Están visiblemente preocupados porque el actual estancamiento haya afectado de forma peligrosa al poderío militar soviético.

El proyecto de Gorbachov es el único de los proyectos alternativos actualmente posibles en la URSS en el que existe un auténtico actor. Este actor es la denominada «ala progresista» del aparato, que parece dispuesta a admitir la existencia de la crisis, pero sólo en el sentido restringido de ausencia temporal de competitividad con la tecnología occidental. De esta definición limitada de la crisis como «tecnológica» se infieren unas perspectivas fácilmente definibles de la acción política futura y sus limitaciones. El Nuevo Equipo, así como sus partidarios, se enorgullece de ser no ideológico y «científico». Como declaró su heredero forzoso búlgaro, Chudomir Aleksandrov, renacido gobarchovista, «la nueva reestructuración se basa en la ciencia y en la tecnología» (10). El nuevo Equipo está a favor de la *glasnost*; rechaza todo tipo de tabúes en lo que a modernización tecnológica respecta; de hecho, el criterio de modernidad lo han tomado prestado de la tecnología occidental (y de la japonesa). Por otra parte, el Nuevo Equipo coquetea con la introducción de «un cierto grado de elementos de mercado» pero, al menos de momento, su definición de crisis se detiene al llegar a las reformas estructurales en el sistema económico soviético, por no hablar en el político. Por primera vez desde Jruschov, la percepción soviética de la crisis es por tanto lúcida y realista; también se limita a sí misma de modo peligroso. Ello es así porque, aun cuando Occidente conceda préstamos sumamente generosos a la Nueva Línea, la sociedad soviética tiene aún muy pocas esperanzas de recuperar su ventaja competitiva en la carrera tecnológica siempre que su autodefinition de crisis siga siendo exclusivamente tecnológica.

Hay tres principales proyectos alternativos e hipotéticos de modernización (11), todos los cuales tienen, por el momento, sólo un agente ficticio, no real, aunque proponen presumiblemente una clara definición de crisis. Para el proyecto intelectual-tecnocrático, la crisis es explícitamente económica y no meramente tecnológica. Sus precursores, críticos vociferantes de las incoherencias del nuevo Equipo, ya se están reuniendo en los márgenes del terreno planeado por el actual «deshielo» (12). Para ellos, la causa de la profunda y frustrante crisis económica, y no meramente tecnológica, se identifica con facilidad en el sistema de una «economía dirigida» *en su conjunto*, a la cual pueden o no identificar con el «socialismo» como tal. Los partidarios del proyecto de los intelectuales son, en este sentido, radicales. Pero en lo que al aspecto *político* de la crisis se refiere, no proponen ningún cambio significativo en la medida en que puede interpretarse el significado de su conducta a partir del ejemplo de Sajarov. Son patriotas (en el sentido de la Gran Rusia); la grandeza de la madre patria es crucial para ellos. Son de talante liberal en lo que respecta a la protección de la esfera privada de la intervención del Estado; pero no son demócratas en el sentido de estar comprometidos con una esfera pública libre y con el pluralismo político.

Resulta de una claridad meridiana (en la medida en que algo puede estar claro con respecto a la conducta futura de los hipotéticos actores) qué significado tendrá la «crisis» tanto para los comunistas reformistas como para los militares, siempre y cuando estos actores hagan su aparición en la escena política soviética. A los comunistas reformistas la crisis les parecerá «política», causada por la «decadencia», la «obsolescencia», la «perversión» o la «aberración» del sistema político (13). Para los altos mandos militares la definición de «crisis» es una operación aún más sencilla. Todos y cada uno de los fenómenos que reducen el poderío militar soviético, sobre todo la lentitud del crecimiento económico y el retraso respecto de la tecnología occidental, constituyen un síntoma de crisis. El ejército, presumiblemente, carece de postulados doctrinales acerca de los medios para superar la crisis. Literalmente, toda iniciativa que acelere el crecimiento y el desarrollo tecnológico sería aceptable para los militares. Por ello el ejército, con toda probabilidad, va a ser un aliado, pasivo aunque digno de confianza, del Nuevo Equipo en la etapa inicial. Pero también por ello se convertirá inevitablemente en un factor sumamente peligroso e incontrolable si la «modernización» no rinde sus frutos una vez más.

Culturas alternativas de solución de la crisis

Hemos visto que no hay «criterios objetivos» de la crisis independientes de la «conciencia de crisis» del único actor público de

la URSS, el aparato del partido. Además, los significados alternativos de la «crisis» y, por ende, sus hipotéticos proyectos alternativos, están constituidos igualmente por el nítido modelo de «conciencia de la crisis» que afecta al partido. Así pues, el problema de la «crisis» sólo puede resolverse si hace su aparición en escena una «cultura de solución de la crisis» poderosa y dominante (14). Por eso una solución de la crisis de la sociedad soviética nunca puede ser totalmente pragmática, y siempre incomparablemente menos que en ninguna otra sociedad. La solución de la crisis es, desde luego, inseparable de la estrategia económica correcta, pero es a todos los niveles una tarea más compleja que la mera construcción de simples planes económicos cuidadosamente diseñados.

Aparentemente Gorbachov ha comprendido algunos aspectos de la necesidad de una nueva «cultura de solución de la crisis». Dos ejemplos bastarán para probar este supuesto: su nueva política acerca de la intelectualidad y su cruzada para erradicar el alcoholismo. Por lo que a la primera cuestión se refiere, Gorbachov utiliza, sin duda, a los intelectuales como peones de un inmenso e intrincado juego. Y sin embargo, por manipulador que sea, este cambio con respecto a la intelectualidad tiene una doble función cultural. Los intelectuales tienen las «herramientas» y los conocimientos necesarios para movilizar a la opinión pública contra la inercia brezneviana. Además, podrían aportar algún tipo de recomendación de «cultura de solución de la crisis». Mientras tanto, el secretario general y el Nuevo Equipo mantienen abiertas sus opciones y observan la polémica que se desarrolla en la escena intelectual.

Una característica semejante puede detectarse en la campaña contra el alcoholismo. Sin duda, la plaga del alcoholismo en la Unión Soviética, sus consecuencias destructivas sobre una crisis demográfica ya grave (la URSS es el único país desarrollado industrialmente que tiene una curva *decreciente* de esperanza de vida) y la carga que añade a un sistema sanitario completamente insuficiente, serían preocupaciones importantes para cualquier gobierno soviético. Y sin embargo, estas preocupaciones pragmáticas no explican el papel principal que desempeña la ofensiva antialcohólica en la política de Gorbachov. Esta campaña tiene una función *simbólico-cultural* estrechamente relacionada con la solución de la crisis: el alcoholismo es una metáfora de la política de modernización. La metáfora representa los males tradicionales, nacionales y culturales, de la vida de la Rusia soviética: la apatía, el soportar de modo pasivo y suicida las calamidades de la vida, la autodestrucción colectiva, organizada e incluso glorificada, y una pérdida masiva de la dignidad personal. Además exige un nuevo código como resolución. Paradójicamente la política de modernización soviética ha alcanzado rápidamente la fase de «posmodernismo»; es decir, la del culto a la salud como sucedáneo de los fundamentos

religiosos en la campaña de Gorbachov contra el alcoholismo (15).

¿Qué amplitud y profundidad tienen las reservas internas de proyectos culturales alternativos para la solución de la crisis? Al plantear esta sola pregunta nos situamos en el centro de la propia crisis, ya que la respuesta es que casi nada del arsenal cultural soviético actual proporciona siquiera las materias primas necesarias para las nuevas culturas de solución de la crisis. Este es el momento histórico en que tanto los antiguos como los nuevos tipos de enfermedad descubiertos en la historia de la Rusia soviética pasan su factura a los dirigentes soviéticos, que están cribando los escombros del yermo cultural soviético para hallar las ideas y los elementos estimulantes de un nuevo código, pero para terminar con las manos vacías. El «marxismo-leninismo» ya estaba muerto durante las décadas de la gerontocracia brezneviana. Es una terrible ironía de la historia que los breznevianos le hayan dado el tiro de gracia, no tanto por los desechos que amontonaron sobre su corpus de todos modos difunto, sino por la reducción del comunismo reformista, así como el «renacimiento del marxismo», a la impotencia y la humillación. Hegel tenía toda la razón: una iglesia mantendrá su vigor y estará viva sólo mientras sea capaz de fraccionarse. El marxismo como «filosofía de la praxis» resultó fiel a sí mismo también en su fallecimiento; dejó de existir en Europa occidental y en la URSS en el momento en que ya no quedaban actores que se comprometieran con él.

La única ideología nueva que ha aparecido en los quince últimos años más o menos es en realidad muy vieja. Es el tradicional nacionalismo ruso en su versión más oscurantista, con o sin alianza con credos religiosos igualmente tradicionales. En el caso de Solzenitsin, un nacionalismo ruso muy tradicionalista, en cuyos términos la causa de todos los males es la ruptura de la continuidad de la historia nacional, ha retrocedido hasta el plan maestro de Iván Karamazov, asentando el Nuevo Estado ruso en el monasterio. Con movimientos como *Rodina* en la década de 1970 y *Pamiat* más recientemente, el nacionalismo ruso sólo tiene una religión, la de la muchedumbre: un antisemitismo histórico y mitificado. No obstante, aunque su agresivo antisemitismo no le suponga un problema, el Nuevo Equipo no puede navegar cómodamente sobre estas olas realmente sucias del neocolonialismo ruso, y ello por tres razones. En primer lugar, el neocolonialismo es el chauvinismo de la *Gran Rusia*; su excesivo celo patriótico podría ocasionar daños incalculables a los intereses imperiales. En segundo lugar, aunque a los dirigentes soviéticos actuales ya no les interesan las cuestiones doctrinales del pasado soviético, todavía no pueden proclamar la génesis de su régimen, la toma del poder en octubre de 1917, el momento preciso en que se produjo la fatal ruptura de la continuidad, un no-acontecimiento. Por último, el neo-

nacionalismo ruso no puede servir como nueva cultura de solución de la crisis debido a sus rasgos tradicionalistas y, por ende, a su sospecha inherente de «modernización» occidentalista. En la famosa *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética* de Solyenitsin, el provincialismo ideológico deja al descubierto su base sociológica explícita: un proyecto de país basado en una clase de agricultores fuerte, conservadora, religiosa y laboriosa (16). Este idilio bucólico es, desde luego, totalmente incompatible con los gustos, los intereses y los objetivos político-económicos de los modernizadores.

La visión demasiado homogénea de un yermo cultural uniforme en la Unión Soviética se desvanece, desde luego, en cuanto realizamos el primer intento de analizar las culturas (reales e hipotéticas) de «solución de la crisis». La modernización como solución cultural de la crisis tecnológica tiene un sabor único. El «sentimiento profundo» a partir del cual ha brotado esta cultura en las dos últimas décadas es un convencimiento generalizado entre la generación más joven de funcionarios. Desde su punto de vista, la gerontocracia tiene tres rasgos característicos: incompetencia en todos los asuntos que exigen destreza (no sólo sutilezas doctrinales); corrupción a una escala conocida sólo en los imperios orientales ajenos a los términos «interés público» o «bien común»; y, finalmente, no simplemente inmovilismo o conservadurismo, sino el dominio absoluto de la *pereza rusa* (*Russkaya len*). Al centrarse en la pereza rusa, los Jóvenes Turcos han propuesto lo que constituye su única idea original y recomendación cultural hasta el momento, al tiempo que se han incorporado a una venerable tendencia de la cultura rusa. El «oblomovismo», esa parálisis autoimpuesta tanto en la superficie como en el fondo de la vida rusa, viene siendo blanco del odio visceral de todos los que han pretendido modernizar Rusia desde el último cuarto del siglo XIX. Lenin lo llenó de vituperios. El bolchevismo, en su etapa inicial, puede considerarse una cruzada contra la pereza rusa, a la que se opuso el culto a la eficacia y a la actividad febril (con su conocida conclusión: la «laboriosidad» de millones de personas esclavizadas en los campos de Stalin). La originalidad fundamental del concepto de modernización de Gorbachov estriba en que establece una relación directa entre la pereza y la corrupción en la superficie y en el fondo. Las *filípicas* de Gorbachov contra la corrupción de las «grandes familias» y el hábito popular de la estafa y la holganza tradicional muestran cierto conocimiento de la unidad de una cultura enfermiza (17).

Sin embargo, la campaña de Gorbachov contra la «pereza rusa» es sumamente unidimensional. Faltan, sobre todo, las dimensiones históricas. Toda historia que sufra una ruptura tan violenta como la rusa no hace ni siquiera un siglo, vive forzosamente inmersa en espasmos violentos mientras encuentra una ideología y un modelo cultural para «una reconciliación con el pasado» (18).

Sin un modelo cultural para esa reconciliación no puede haber regeneración nacional ni solución de la crisis de ninguna clase. Pero el Nuevo Equipo vive entre antinomias. No puede abandonar totalmente el principio concreto de legitimación, el nacionalismo ruso-soviético, en que se ha basado su poder durante treinta años. Además, debido precisamente a su legitimación nacionalista, la dirección no puede encontrar apariencias de lenguaje común con su oposición archirreaccionaria. Sin embargo tampoco puede deshacerse totalmente de los vestigios de su propia concepción: los anales soviéticos han de escribirse *ab urbe condita*. Esto lleva, por tanto, al Nuevo Equipo a un camino de enfrentamientos con el nacionalismo derechista-fundamentalista.

Los modernizadores se enfrentarán a nuevos y graves dilemas cuando superen, si es que lo consiguen, su propia y sumamente estrecha definición de la crisis, su campaña unidimensional contra la «pereza rusa» y cuando traten de embarcarse en el proceso de redefinición de la cultura soviética. Las preguntas que deben hacerse de inmediato son las siguientes. ¿Qué es la «cultura soviética»? ¿Es «europea»? Una respuesta afirmativa los pondría en el grupo de los «occidentalizadores», etiqueta que ningún dirigente soviético después de Lenin ha estado dispuesto a aceptar. Al mismo tiempo los haría entrar también en un grave conflicto con el nacionalismo ruso tradicional. Una respuesta negativa dejaría vacía y sin sentido toda la estrategia de modernización. Además, ¿es la cultura soviética «específicamente soviética»? ¿Es, por el contrario «rusa»? Todas las respuestas posibles a estas preguntas, que se plantean inevitablemente cuando la lucha con el retraso tecnológico y la «pereza rusa» supera su marco más estrecho, encubren dificultades tales que el Nuevo Equipo carece de los medios suficientes para hacerles frente. En la medida en que el equipo de Gorbachov pretenda seriamente poner remedio a la crisis crónica de su sociedad, tendrá que lanzar una edición largamente esperada de la reforma rusa que implicará un nuevo código moral, un tipo original de ética del trabajo, y por tanto una lista de valores sin precedentes en la historia de la Rusia soviética. Hasta ahora ni siquiera se han parado a pensar en serio en la enorme magnitud de su tarea.

Los tecnócratas y los intelectuales, que dan a la crisis una interpretación «económica», parecen confiar mucho más desde un punto de vista cultural. Como ya se ha mencionado, su programa es el de una Ilustración limitada. En muchos sentidos su concepción de racionalidad es bastante arcaico. Siguen haciendo las preguntas clásicas de una etapa muy incipiente de la Ilustración («¿Podemos introducir cierto grado de economía de mercado?», «¿Podemos estar un poco embarazados?», «¿Es esto o eso delicado?») sin estar en absoluto al corriente, aparentemente, de la profunda crisis de la racionalidad que existe en la actualidad. Esta ce-

guera es su punto fuerte y su debilidad. Es un punto fuerte en la medida en que tienen una sensación doctrinaria de certeza sobre el significado de la crisis y su remedio. Provistos de este conocimiento inatacable, y sin conocer aparentemente las tormentas históricas que todos y cada uno de los terapeutas de la modernidad han desatado cuando estos sabios doctores trataron de poner remedio a la sociedad moderna mediante la autorregulación de los mecanismos del mercado, los intelectuales entran en escena para vender la panacea del sistema de mercado plenamente emancipado. Por varias razones, esta misma vena doctrinaria es su debilidad fatal. Son occidentalizadores racionalistas, y al mismo tiempo son patriotas soviéticos (Sajarov es el parangón de esta combinación). En la medida en que la Revolución bolchevique pareció, al menos para determinados sectores de la intelectualidad soviética de la década de 1920, una etapa nueva y universal de la racionalidad de Occidente, ningún problema parecía existir con esta combinación. Pero, para los intelectuales soviéticos occidentalizantes de hoy, el término «socialismo» ha perdido todo su significado y pertinencia o es una fuerza hostil (L. Popkova, en su artículo citado más arriba, afirma sin rodeos: «socialismo o relaciones de mercado. Los dos son incompatibles»). Sin embargo, si en esta combinación de racionalidad orientada hacia Occidente y patriotismo soviético la «dimensión soviética» ya no implica connotaciones universalistas, si es sencillamente idéntica a la lealtad occidentalizadora al Estado-nación, su flanco deja de estar protegido contra el bombardeo de los tradicionalistas rusos. Estos son universalistas, en el sentido de propagar la panacea universal de Rusia como «la tercera Roma», o esclavófilos tardíos, apóstoles de la singularidad y segregación rusas. En ambos casos considerarán a los racionalistas occidentalizantes como una fuerza no menos ajena al espíritu ruso que el propio bolchevismo. El conflicto entre las dos posturas parece inevitable.

Además, es la patriótica lealtad de los occidentalizadores al Estado soviético lo que les hace políticamente indiferentes, del mismo modo que limita su concepto de Ilustración. Se oponen, a menudo de una manera heroica, a los excesos del Estado soviético. Sin embargo, a nivel personal, en la medida en que este Estado está dispuesto a respaldar un grado mínimo de racionalidad y a adoptar una economía de mercado, sus miembros no se dedican precisamente a la promoción de estructuras políticas alternativas a la actual. El sistema soviético, en su configuración actual, les parece historia soviética y, como tal, es intocable. Este abandono voluntario de la alternativa democrática, la del ciudadano, condena al fracaso, en mi opinión, a su «cultura de solución de la crisis» desde el principio.

Si analizamos el drama político actual, aún en desarrollo, desde una perspectiva histórica, las dos nacientes «culturas de solución de la crisis» aparecen como repeticiones de dilemas seculares y

como antinomias de la historia rusa. Esta historia siempre ha estado repleta de reformadores partidarios del estatismo, desde Pedro el Grande hasta Alejandro II, pasando por Alejandro I y el Péstel jacobino. *Ninguno* de ellos estuvo dispuesto a renunciar de grado a la idea de un poder central fuerte, tradicional o bonapartista-moderno, como *locus sui generis* de la modernización de la sociedad rusa. Su insistencia dogmática en el primer aspecto frustró invariablemente los esfuerzos pragmáticos de los reformadores en el poder con respecto al segundo. Sus proyectos siguieron siendo siempre unidimensionales. A partir de mediados del siglo XIX también salió a escena el actor liberal con su defensa de las relaciones formalizadas, útiles y racionales, preferentemente en todas las áreas de la vida social a excepción de la política. En este último terreno exhibieron una enorme y fatal pusilanimidad, así como un respeto fuera de lugar por lo que parecía haber sido la tradición política. Aparentemente vamos a vivir un nuevo capítulo del antiguo drama si la *Gorbachovschina* consigue despegar.

Es muy difícil considerar al ejército como depositario de ninguna «cultura de solución de la crisis». No obstante, un proyecto en el que el ejército soviético en el poder se convirtiera en nuevo agente del universalismo, si el aparato del partido abandona sus colores, no es del todo imposible. En esta hipotética nueva cultura de solución de la crisis se fusionarían los rasgos más racionales y los más irracionales. Por una parte, la cultura de solución de la crisis fomentada por el ejército estaría por completo libre de ideologías y sería decididamente racional; a los ejecutores de este proyecto únicamente les interesaría la modernización tecnológica del ejército soviético. Por otro lado, su telos *explícito* equivaldría al dominio del mundo, que sólo podría llevar a la práctica este actor concreto a través de la guerra mundial, y con ella el final de toda racionalidad.

Aunque este proyecto es totalmente hipotético por el momento, su posibilidad teórica se convierte en algo más que pura ficción con la aparición de síntomas curiosos en la política exterior de Gorbachov. Aunque todavía es demasiado pronto para hacer afirmaciones definitivas, los continuos esfuerzos del Nuevo Equipo para deshacerse de la molesta guerra de Afganistán, y la renuncia de Gorbachov a fomentar las revoluciones comunistas en América Central y otras situaciones similares, parecen indicar un lento y solapado giro hacia el «aislacionismo soviético». Si esta tendencia llega a confirmarse tendrá dos consecuencias inevitables. En primer lugar, el abandono de la teoría (y la práctica) estalinista de mercados mundiales independientes y al incorporación a la economía mundial pura y simple serán obligados para los dirigentes soviéticos. En segundo término, significará el fin (al menos temporal) de las aspiraciones a una revolución comunista mundial.

Paradójicamente, el camino de la solución de la crisis de la sociedad soviética pasa por la intensificación a corto plazo de la propia crisis. Para que todas las interpretaciones de la crisis aparezcan en un acusado relieve, para que todos los proyectos y las «culturas de solución de la crisis» se desarrollen plenamente, todos los actores, embrionarios o por el momento simplemente hipotéticos, tienen que aparecer en escena. Además, tienen que disfrutar del grado de tolerancia necesario para formular sus propias recomendaciones y presentarlas a una naciente opinión pública. Esto haría que la naturaleza de la crisis fuera política. Pero entonces la única posibilidad de que dispone la sociedad soviética para resolver la crisis consiste en elevar el debate desde un nivel tecnológico o meramente económico hasta la esfera política.

Traducción de Fabián Chueca y Bernadette Wang

(1) Puede hallarse un detallado análisis de la postura de Jurschov sobre la crisis de la agricultura soviética en G. Breslauer, *Kruschev and Brezhnev: Leadership Styles* («Jruschov y Brezhnev: estilos de dirección») 1982, Los Angeles, University of California Press.

(2) «Soviet Media Admit Inflation's Existence» («Los medios de comunicación soviéticos admiten la existencia de la inflación»), *The Wall Street Journal*, viernes 22 de mayo de 1987, p. 15.

(3) El misterio que envuelve a la parte del presupuesto soviético dedicada a los gastos militares ha sido adecuadamente analizado por A. Nove en su obra *The Political Economy of the USSR* («La economía política de la URSS»).

(4) Aunque el término «economía dirigida» es un lugar común en la literatura sobre las sociedades soviéticas, yo lo utilizo en el sentido específico que le hemos dado en nuestra obra F. Feher, A. Heller, G. Markus: *Dictatorship Over Needs* («Dictadura sobre las necesidades»), 1983, Oxford, Blackwell.

(5) J. Stalin: «Economic Problems of Socialism in the USSR» («problemas económicos del socialismo en la URSS»), en Bruce Franklin, ed. *The Essential Stalin* («Stalin esencial»), Nueva York, Anchor Books, Doubleday, 1972, pp. 458-463.

(6) Andras Hegedüs, *Elet egy eszme árnyékában*, 1986, Viena, edición de Z. Zsille, pp. 227-233. El grado de opacidad en las cuestiones económicas más cruciales puede estudiarse también en un ejemplo más reciente y asombroso: «El pasado mes, en el periódico *Sovietskaya Rossiya*, un alto cargo del prestigioso Instituto de Economía de Moscú, Alexei Sergejev, atacó la credibilidad del TSSU y afirmó que la producción industrial soviética es por lo menos un 3% inferior a los datos reflejados en las estadísticas oficiales. En una denuncia de la información estadística del país, la edición de febrero de la revista *Novy Mir* indicaba que el crecimiento

económico soviético en las siete últimas décadas se había exagerado en más de diez veces. *The Wall Street Journal*. «Moscow Seeks More Accurate Economic Data» («Moscú busca datos económicos más exactos»), 6 de abril de 1987.

(7) A. Nove, *An Economic History of the USSR* («Historia económica de la URSS»), Harmondsworth: Penguin, 1979, p. 144.

(8) E. Ochab y Jakub Berman, destacados funcionarios estalinistas en Polonia durante la era de Stalin, mencionan explícitamente la convicción de éste de que la tercera guerra mundial era inminente. Ochab había participado incluso en una reunión celebrada en Moscú en 1950 y presidida por Stalin, en la que éste trató la tercera guerra mundial no como una posibilidad, sino como una certeza, y exigió esfuerzos mayores y más concertados en las economías de Europa oriental con el fin de prepararse para la guerra. Véanse la declaración de Berman y, en especial, la de Ochab, en Teresa Toranska, *Them (Stalin's Polish Puppets)* («Ellos [marietas polacas de Stalin]»), Nueva York, Harper and Row, 1987, p. 46. También conozco, por medio de la comunicación personal de G. Lukács, que éste había sido advertido por J. Révai, el Número Cuatro de la dirección moscovita en Hungría, de que la guerra, según el juicio autorizado de Stalin, era inevitable antes de 1953.

(9) He analizado con detalle la estrategia de modernización de Gorbachov en «Soviet Strategy till the End of the Century» («La estrategia soviética hasta fin de siglo»), *Crossroads*, Nueva York-Jerusalén (de próxima aparición), así como (junto con A. Heller) los proyectos alternativos (hipotéticos) de «The Gorbachev Syndrome» («El síndrome Gorbachov»), *Transizione*, Bolonia (de próxima aparición), por lo que puedo permitirme ser breve aquí.

(10) «Bulgaria's Gorbachev? («¿El Gorbachov de Bulgaria?»), *The Economist*, 16-22 de mayo de 1987, p. 51

(11) En nuestro documento «The Gorbachev-Syndrome» («El síndrome Gorbachov») hemos mencionado otros dos proyectos hipotéticos: el de una revolución democrática-radical (que, obviamente, sólo es una posibilidad lógica) y el de una doble asociación social y económica (autogestión obrera). Sin embargo, estos proyectos pueden descartarse a la hora de hablar de la «crisis» en la sociedad soviética.

(12) Un ejemplo de estas críticas es la carta publicada en *Novy Mir*, firmada por la economista Larisa Popkova. En ella observa sardónicamente, en relación con la propuesta de introducción de «cierto grado de relaciones de mercado» que «no podemos estar un poco embarazados». «Soviet Article Doubts Economic Line» («Artículo soviético duda sobre la línea económica»), *The New York Times*, 9 de mayo de 1987.

(13) Un ejemplo característico de esta actitud es la reacción de un (anónimo) funcionario del partido húngaro frente al programa económico, tan diletante, presentado por el Comité Central ante la Academia de Ciencias Húngara para su debate y, sorprendentemente, no aprobado por los académicos. Luego de resumir los objetivos del programa económico, el anónimo funcionario añade: «Todo esto es inimaginable sin la reforma

política (...). La maquinaria está obsoleta, la superestructura política es un obstáculo para el desarrollo general, especialmente en la economía. El aparato del partido está petrificado». («Hungarian Academy Gives New Party Plan an 'F' —«La Academia Húngara pone un suspenso al nuevo plan del partido»—, *The New York Times*, 24 de mayo de 1987, p. 9).

(14) El término «cultura» equivale aquí, aproximadamente, a lo que C. Castoriadis denomina «la institución imaginaria de la significación», es decir, a la capacidad colectiva y más o menos institucionalizada de una sociedad, o al menos de un grupo social dominante de la misma, para crear ideas, valores e imágenes colectivas que generen una acción autónoma encaminada a la realización del proyecto inherente a la «nueva institución imaginaria».

(15) Y la campaña se comprende precisamente como una metáfora, como un intento de una cultura de solución de la crisis, por ejemplo, por parte del grupo Pamiat, movimiento al que los rusos liberales califican de Herederos de las Centurias Negras. Como vemos en el artículo «Russian Nationalists Test Gorbachev» («Los nacionalistas rusos ponen a prueba a Gorbachov», *The New York Times*, 24 de mayo de 1987, p. 10), los activistas de Pamiat interpretan las consignas antialcohólicas como el primer paso hacia la restauración de la dignidad y el espíritu histórico tradicionales de Rusia.

(16) A. Solyenitsin: *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética*.

(17) La ficción popular es a veces un buen indicador de tales sentimientos populares que por uno u otro motivo no han logrado una expresión en la «cultura superior». Por ello considero que los «thrillers» de dos escritores soviéticos en la emigración por un cierto tiempo, E. Topol y F. Neznanisky, son retratos asombrosos de esta cultura enfermiza (véase, sobre todo, *Plaza Roja* y *El cadáver del parque Sokolniki*).

(18) Raymond Aron mantuvo hasta sus últimos días (véase R. Aron, *France-Steadfast and Changing* —«Francia: estable y cambiante»—, 1959, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, p. 33) que Francia nunca recuperaría el equilibrio político completo, y ciertamente nunca alcanzó el consenso sobre sus formas político-constitucionales después de 1789. Lo único sensato de la república americana fue que su clase política pudo encontrar su camino de retorno a la Constitución y a los principios de su origen después del violento drama de la Guerra Civil. Y es una extraña ironía que el principal triunfador y el principal derrotado de la segunda guerra mundial, la URSS y Alemania, hayan vivido durante cuarenta años, de formas distintas, aunque semejantes, inmersos en las tormentas del *Bewältigung der Vergangenheit*.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS



Europa sigue siendo un progreso necesario. La reciente ampliación de la Comunidad —con la adhesión de España y Portugal— ha confirmado la fuerza y el vigor del ideal europeo: creemos que nuestro entusiasmo como nuevo Estado miembro está siendo un elemento positivo para la construcción europea. Además, la integración en la Comunidad, este reencuentro económico, social y cultural con Europa, abre la posibilidad de avanzar en el esfuerzo de modernización de España, creando las condiciones para llegar a un espacio económico y social europeo común.

Todos los trabajos recogidos en este volumen ponen de manifiesto las grandes líneas de actuación que, sobre los grandes escollos de la construcción europea, han elaborado los socialistas españoles en el Parlamento Europeo, y suponen una reflexión sobre los modos y maneras de llegar a la auténtica Unidad Europea, poniendo en marcha primero y ampliando después los contenidos del Acta Unica.

Enrique Barón, Manuel Medina, Luis Planas,
Carlos Bru, Francisco Oliva,
José Álvarez de Paz, Josep Verde i Aldea,
Víctor Manuel Arbeloa,
José Miguel Bueno, Joan Colom, Juan Colino,
José Vázquez Fouz, Francisco J. Sanz Fernández,
Juan de Dios Ramírez-Heredia.

España-Europa: trabajo común
Los socialistas en el Parlamento Europeo
202 págs. 950 ptas.
Forma de pago: talón bancario
o giro postal.

Pedidos:
Editorial Pablo Iglesias
C/. Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
28010-Madrid
Tels.: 410 46 96 - 410 47 98



RADICALISMO, PERONISMO Y SOCIALDEMOCRACIA

Juan Carlos RUBINSTEIN

Enfocar la problemática de la socialdemocracia para insertarla en la realidad política argentina constituye una tarea difícil. En primer lugar, porque el proceso de formación de los partidos como expresión de la realidad política no encuadra estrictamente en los parámetros comparativos que la ciencia política ha fijado como una resultante tipológica de un patrón evolutivo particular de la sociedad europea. En segundo lugar, porque la concepción de la socialdemocracia, hoy día, vive una crisis de identidad que exige una redefinición de sus objetivos, un reacomodamiento de sus componentes y una reelaboración de su discurso ideológico.

Ello implica que, al constituirse la socialdemocracia en un punto de referencia móvil, la obtención de resultados conclusivos se torna compleja por el permanente desacomodamiento de la perspectiva.

Valga lo dicho como afirmación de que lo que habremos de desarrollar constituyen inferencias opinables, aunque las mismas se fundan en razonamientos —consecuencia de situaciones históricas del pasado y del presente— que nos permiten asegurar que esas inferencias responden a un criterio de verdad dentro del terreno de lo probable.

En un reciente trabajo publicado en *Leviatán* (1), Torcuato Di Tella perfila una estrategia para la socialdemocracia en la Argentina que le lleva a concluir que el camino de ésta, como superestructura ideológica —valga provisionalmente la conceptualización— de un movimiento político de gravitación en Argentina, surgirá desde el peronismo en virtud de que éste, conformado cuantitativamente en su mayoría por el movimiento obrero, se encuentra mejor dotado que el radicalismo para una aventura de esa naturaleza y, habida cuenta que en el campo de la izquierda tradicional y sobre todo en aquélla que ha guardado una relación con los partidos socialistas europeos, su mínima significación política torna imposible una relevancia posible de tenerla en cuenta en un futuro a mediano plazo.

No es nueva en Di Tella esa conclusión. Hace más de veinte años que la viene sosteniendo (2) a pesar de que la realidad fáctica hasta ahora ha demostrado lo contrario. Es posible que esa posición haya reverdecido en función del proceso de renovación que se dio en el peronismo en estos últimos años. Sin embargo, como veremos, aún el sector renovador si bien adoptó en su discurso connotaciones que podrían estimarse como socialdemócratas —incluso en la reciente contienda interna que concluyó con la nominación de Carlos Menem como candidato a la Presidencia, el ataque de este sector a su oponente renovador fue precisamente el que éstos últimos aparecían como socialdemócratas— la ideología que los articula dista bastante de la teoría que perfiló el pensamiento europeo en su ya larga evolución de más de un siglo.

El planteamiento que formula Di Tella mucho se parece al que articularon algunos partidos socialistas europeos, quienes a través del Congreso Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) intentaron penetrar indirectamente al peronismo mediante la incorporación de sus sindicatos en aquél. Tal táctica, iniciada a mediados de los años sesenta, encontraba fundamento en un criterio mecanicista que asimila, sin mayor investigación en profundidad, clase trabajadora a socialismo. Y este es el criterio básico sostenido por Di Tella.

Es así que de manera expresa el autor al que nos referimos dice: «... para una política socialdemócrata se precisan por lo menos dos elementos coaligados: la clase obrera sindicalmente organizada y un equipo de intelectuales con fuerte componente técnico (tecnocrático si se quiere; en otras palabras, fabiano). Sin esos dos componentes aliados podrá haber democracia, incluso a veces avance social, pero no proyecto socialdemócrata» (3); y luego concluye: «... a la larga el justicialismo es un órgano más adecuado para la canalización de una política socialdemócrata» (4).

El razonamiento conclusivo de Di Tella tal como lo hemos transcrito —descarnándolo de las indudables contradicciones fácticas que, éste mismo reconoce, existen— más parece el desarrollo de un sofisma que la articulación de un silogismo.

En efecto, como premisa mayor pone el acento en la adhesión de la gran mayoría de la clase trabajadora a las postulaciones del peronismo; como premisa menor incorpora la presencia —novedosa por cierto— de grupos intelectuales conformantes de la dinámica renovadora en aquel movimiento y que pareció resultar, por lo menos hasta las elecciones internas del 9 de julio de 1988, la cuña transformadora capaz de impulsar su inserción plena dentro del sistema democrático, entendiendo en este caso como sistema democrático aquél que surge en base a reglas de juego visualizables y compartidas conformantes de un consentimiento legitimante a toda la estructura política de un país.

Olvida, sin embargo —de ahí nuestra calificación de sofisma—, la circunstancia de que la movilización de los trabajadores en favor de la ideología socialdemócrata —haciendo abstracción, por ahora, de los procesos de cambio cualitativos que se vienen produciendo a nivel mundial en el seno de la clase trabajadora— se sostuvo, por lo menos en Europa, junto a una definición en favor de la democracia. ¿No constituye, acaso, una clara afirmación de conducta el hecho de que los trabajadores europeos al considerarse herederos de la Revolución francesa corearan con igual fervor *La Marsellesa* que *La Internacional*, rechazaran la concepción de la dictadura del proletariado, el vanguardismo de los bolcheviques y enfrentaran los movimientos fascistas?

En cuanto al papel que pueda jugar la intelectualidad «renovadora», deja de lado en su configuración el origen ideológico de sus dirigentes, formados en su mayoría en círculos católicos integristas de raíz social cristiana y con connotaciones fuertemente autoritarias.

El tener solamente en cuenta el continente, sin preocuparse por su contenido —si se trata de vino o de vinagre—, radica la diferencia entre un sofisma y un silogismo. Ahí, a mi juicio, el error conclusivo de Di Tella. Pero hay más.

II.

Todo enfoque de la realidad desde un punto de vista político implica observarla a través de la peculiar iluminación que suministra a esa realidad la estructura del poder. Los partidos políticos como aparatos conformantes de parte de esa realidad reflejan,

también, desde la óptica del poder la particular configuración de la estructura socioeconómica de la que son parte.

Pero, por otra parte, lo cual se revela en la conducta política, la propia estructura socioeconómica lleva consigo un discurso común y una ideología justificadora que se articula en función del bagaje que resulta del proceso histórico particular a cada país.

En otros términos, el proceso formativo de los partidos políticos —incluyendo el de los partidos socialistas europeos— ha respondido, por un lado, a la configuración específica de la estructura socioeconómica y, por otro, a las condiciones de producción del proceso histórico, tanto en su aspecto temporal como en el desarrollo del discurso común y la ideología justificadora.

Desde esta puntuación Europa, América Latina o Argentina conocieron la existencia de formaciones políticas que han participado o participan de connotaciones de tipo populista o clientelista, y esa existencia en el pasado o su persistencia en el presente es fruto del proceso de desarrollo del modelo capitalista, de su inserción tardía o retardada o de su presencia marginal en el contexto de la sociedad que se analiza.

El fenómeno de aparente diferenciación entre el proceso político europeo y el que se da en la periferia latinoamericana responde, entonces, a las modalidades de tiempo y espacio en que se insertaron los países europeos y los latinoamericanos en lo que se ha dado en llamar la formación económica capitalista, como resultado de la coexistencia de diferentes modos de producción subordinados a la hegemonía prevalente del modo de producción capitalista.

Sin embargo, y más allá de las similitudes señaladas, se da en el caso argentino una situación diferenciadora que resulta necesario destacar para comprender la peculiar evolución de su proceso político.

III.

En primer lugar, circunstancia histórica que reconoce Di Tella, el connubio entre sectores sociales con intereses contradictorios e incongruentes que se conformaron como «extrañas alianzas» bajo patrones de conducción política paternalista —articulaciones que en diferentes períodos se perfilaron a lo largo y ancho de nuestro subcontinente— en Argentina se fundamentaron en patrones de conducta autoritarios.

Resulta indispensable hacer hincapié en este punto, porque el mismo, aunque en apariencia no sea esencial para la conclusión,

juega, no obstante, de modo que su existencia incide en el resultado de la inferencia que sostenemos. Podríamos decir, adelantándonos un tanto a la misma, que la connotación autoritaria constituye un *factor crítico* —en el sentido con que se utiliza el concepto de masa crítica— que distorsiona o desvía la deducción.

No es que los movimientos populistas o clientelistas europeos de los primeros tiempos de la formación capitalista no hayan sido, en alguna medida, autoritarios. Muy por el contrario, el bonapartismo, que fuera analizado en su tiempo por Marx, el boulangierismo a comienzos de la III República francesa o el bismarckismo en Alemania conllevaban en su entraña connotaciones autoritarias indudables. En América Latina también se dieron esas situaciones, contemporáneamente con la emergencia del fascismo en Europa. Pero la diferencia, tanto en los casos europeos como latinoamericanos con el argentino, radica en el hecho de que en mi país no solamente la connotación autoritaria existió como trasfondo en ese tipo de movimientos políticos, sino que ha constituido una parte importante de lo que podríamos denominar *cultura autoritaria* como expresión de formas de conducta atribuibles tanto a la masa o clientela de los movimientos populistas o de los viejos partidos de cuadros, cuanto a su dirigencia.

Salvo momentos históricos puntuales y abstracción hecha de la emergencia del fascismo en la década del 20 y ciertas situaciones que resultan de la actual crisis mundial —como el lepenismo en Francia—, en Europa y en América Latina el «paternalismo» de los viejos partidos que apelaba a adhesiones emocionales e irracionales, por tanto proclives a cierta dosis de autoritarismo, no se daba a nivel de concepción por sus dirigencias.

Es decir, si bien en la masa adherente podían existir formas de conducta reveladoras de una connotación autoritaria, ésta no jugaba en la élite dirigente. Por el contrario, la misma se sentía parte de un proyecto que fincaba su legitimidad en la apelación al pueblo como soberano, reconociendo en las reglas de juego demoliberales la articulación que estructuraba esa legitimación.

En Argentina, en cambio, la divisoria entre autoritarios y *soi-dissant* liberales se produjo desde el comienzo de nuestro proceso independiente. Lo característico del rosismo no fue —como afirma Di Tella (5)— la unión de los «restos del federalismo populista liberal de Dorrego con los más encumbrados estancieros y católicos ultramontanos», dado que en la otra facción política —los llamados unitarios— también se produjo una alianza similar; sino que aquella alianza productora del rosismo, tanto en su masa adherente como en sus dirigentes, participaba de patrones de conducta autoritarios.

La posibilidad de legitimar un sistema relativamente democrático —estamos refiriéndonos al período 1820-1850— perdió consistencia. A diferencia de lo sucedido en época semejante en Estados Unidos, donde el populismo jacksoniano con ribetes autoritarios fue rápidamente acotado en función de una alianza entre el Norte mercantil y el Sur agrícola —esclavista pero con dirigencia liberal— en Argentina la desaparición del conglomerado rosista no importó la desaparición de su cultura autoritaria.

La «montonera» a quien se le atribuyó, un poco románticamente, el carácter de modo espontáneo de democracia inorgánica (Alfredo L. Palacios) y que jugó, eficazmente, en la quiebra del proyecto aristocrático, constituía una clientela al servicio de caudillos. La concepción que éstos tenían de la política distaba mucho de la racionalidad básica requerida para el ejercicio de la democracia. Era un caudillismo autoritario que, domesticado definitivamente en la década del 80 por el Presidente Roca y ante el aluvión inmigratorio que se asentó principalmente en el litoral de nuestro país, se refugió en las provincias llamadas del interior.

El fenómeno migratorio que puebla Argentina y se asienta principalmente en la región oriental de la «pampa húmeda» coincide con una brusca expansión del modelo democrático liberal, el cual se traduce primariamente en el proceso de formación de nuevos partidos, más o menos orgánicos, como el radicalismo o expresiones de intereses clasistas en un país donde la formación económica participaba todavía, en gran medida, de una articulación precapitalista esencialmente mercantil en las ciudades, agropecuaria sobre bases «parafeudales» en la explotación ganadera y de arrendamiento precario en cuanto al cultivo de cereales, y donde una industria con poco valor agregado al proceso productivo final se nutría con contingentes extranjeros, poco o nada inmersos en la problemática nacional.

La expansión económica argentina, alentada por una relación de términos de intercambio favorables sobreviniente en la primera década de este siglo, permitió el establecimiento de formas democráticas sostenidas por el radicalismo. En tanto, los viejos núcleos autoritarios se abroquelaron en las estructuras políticas tradicionales del interior esperando el tiempo de su revancha.

El partido radical que, alguna vez hemos afirmado, coincidió con la Argentina liberal (6) nunca pudo legitimar en el período que gobernó el país (1916-1930) su derecho a hacerlo. Habiendo adquirido —especialmente en 1928 con la elección de Hipólito Yrigoyen como Presidente por un segundo período— características de partido hegemónico, su oponente principal, compuesto de distintas fuerzas conservadoras provinciales, jamás reconoció como mate-

rialmente auténtico los resultados comiciales ocurridos a partir de 1916.

Juan Carlos
Rubinstein

Si, como dice Lipset, «la legitimidad implica la capacidad del sistema para engendrar y mantener la creencia de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para la sociedad, en Argentina —durante el período que estamos refiriendo— lo que se estaba produciendo políticamente era el juego formal de las instituciones (elecciones, sufragio efectivo, representatividad de los partidos, etc.), pero no un proceso de legitimación del sistema.

En efecto, la legitimidad presupone necesariamente que esa «creencia» a la que alude Lipset se articule y sostenga en una suerte de pacto o contrato tácito entre quienes gobiernan y quienes son gobernados. Pacto tácito que se formaliza independientemente del hecho de que la conficción que alimenta la creencia resulte de una realidad voluntaria y conscientemente consentida, o descansa en una conducta inducida mediante el ejercicio de una ideología justificadora y a través de un discurso específico y conducido a ese fin.

Si, como hemos señalado, la minoría conservadora cuestionó el derecho del radicalismo a dirigir, desde el gobierno, los destinos del país, uno de los términos del pacto legítimamente se borraba y el funcionamiento del sistema, no obstante su aparente aceptación en lo formal, quedaba cojo.

El golpe de estado en 1930, con la aparición de las Fuerzas Armadas como factor político decisivo, y el fraude electoral (se manipuló por los conservadores el resultado de las elecciones a partir de ese golpe durante casi una década) complicó el panorama. Quienes gobernaban no se encontraban ni formal ni materialmente legitimados; quienes aparecían gobernados —la mayoría política del país— se sentían marginados del sistema.

Por otra parte, gobierno y oposición, en lo que concierne a sus dirigencias, no se reconocían como oponentes capacitados para el ejercicio alternativo del poder. Además, por debajo de estas circunstancias, el sustrato material que configuraba al país como resultado de una relación de fuerzas sufría profundas modificaciones. Di Tella, en descripción que coincidimos, las señala, por lo que no abundaremos en las mismas. Sin embargo, entiendo necesario puntualizar algunos aspectos de ese proceso de transformación, dado que los mismos constituyen, en cierta forma, hilos conductores de nuestra conclusión.

En primer lugar, el gobierno conservador, sostenido fundamentalmente por las oligarquías provincianas, al deslegitimar expresamente al sistema democrático como fuente de poder —des-

legitimación concretada en el ejercicio del fraude electoral—, en lo esencial de su conducta y pensamiento reivindicó el acervo histórico autoritario que había quedado arrinconado durante el período de bonanza económico, sobreviniente a la década del 80 del siglo pasado.

En segundo lugar, la intervención militar en el gobierno, en forma directa o indirecta durante ese período, fortaleció el principio autoritario de conducción política. Esta circunstancia se veía alimentada por el hecho de que, contemporáneamente, los países europeos y también algunos de América Latina, vgr. el Brasil del primer tiempo de Vargas, habían asumido al fascismo como ideología.

En tercer lugar, las masas migrantes desde el interior rural a las concentraciones urbanas —fenómeno que se acentúa con el estallido bélico de 1939 y la aceleración del proceso de industrialización sustantiva de importaciones— que se incorporan como clase obrera, conllevan una tradición de relaciones socioeconómicas «parafeudales» en las que el «patrón de estancia» como padre protector ahora es visualizado en el hábitat urbano a través de una dirigencia militar que en 1943, por razones coyunturales relacionadas con la guerra, desalojó a los conservadores del gobierno y asumió el mismo en función de un proyecto ideológico fascista que apostaba el triunfo de los países del Eje en esa contienda.

IV.

Ese mapa histórico que hemos dibujado y que corresponde temporalmente con el fenómeno que ocurre en Argentina en la primera mitad del decenio de los 40 constituye la matriz de lo que, en 1945, constituirá el movimiento liderado por Perón. El éxito político y la perdurabilidad del mismo —el cual sobrevivió incluso a la muerte de su líder— determinó que muchos de sus analistas —y me refiero en especial a quienes desde Argentina lo intentaran— obviarán en sus análisis la articulación ideológica y los componentes materiales que le dieron origen.

En esa articulación ideológica no podemos hacer abstracción del grupo de coroneles que desde 1943, y reconociendo el liderazgo de Perón, se constituyeron en el Estado Mayor que, apoderándose de una vieja oficina burocrática —el Departamento Nacional del Trabajo—, lo transformaron en Secretaría de Trabajo y Previsión con rango ministerial. Ese Estado Mayor —Mercante, Russo y otros— delineó una estrategia acorde con el planteamiento global del GOU (logia militar que impulsó el golpe de junio de 1943). Estrategia que concretaron con la articulación de un aparato sindical que jugara un papel semejante al de los sindicatos fascistas (la primera ley de

asociaciones profesionales fue básicamente redactada por un falangista español— José Figuerola); esto es, una pata de un trípode, resultando las otras dos un aparato empresarial alentado desde el Estado y las Fuerzas Armadas como inductores del proceso.

Si bien Di Tella describe de forma más o menos parecida el proceso de emergencia del peronismo e incluso señala, ya que no podía hacer otra cosa, que «sus ribetes autoritarios se evidenciaron desde un comienzo; en realidad estaban ínsitos en su origen en la dictadura militar del 43» (7), pasa por alto la circunstancia de que ese origen ideológico, y por tanto superestructural encuentra rápida encarnadura por las tradiciones autoritarias de parte de la población argentina.

Quienes migran desde las provincias del interior en busca de nuevos horizontes y posibilidades con la apertura de fuentes de trabajo en las ciudades, rápidamente se sienten protegidos de la pérdida de sus viejas relaciones «parafeudales» con su inserción prácticamente automática —la cuota de afiliación se descuenta directamente por planilla de sueldos— al nuevo aparato sindical que, además de presionar por una mejor distribución de la riqueza mediante reivindicaciones salariales, le brinda servicios de protección a su salud, esparcimiento, etc.

El paso de una estructura a otra —de las relaciones de tipo rural a las industriales— se realiza, en ese aspecto, sin ningún tipo de trauma. El caudillo —patrón paternal— es sustituido, gracias a la radio, por el Gran Padre que guía su conducta («de casa al trabajo y del trabajo a casa» era la frase con la cual Perón finalizaba sus discursos en la Plaza de Mayo) y que se concreta, en la vida cotidiana, por el Sindicato que juega como correa de transmisión de las normas de ese Gran Padre.

Por otra parte, en aquellos otros que no han migrado el pasaje de la vieja militancia conservadora se realiza conjuntamente con sus patrones. En ambos casos, la articulación básica de lo que va a devenir en el movimiento peronista será vertical y autoritaria.

Lo que, a veces, confunde el análisis es cómo Perón manejó su estrategia esencial en función de tácticas pragmáticas que sus seguidores han mantenido; tácticas que, incluso, desacomodaron en forma casi permanente a sus opositores, salvo en el período que precede y sucede al triunfo de Alfonsín en 1983.

Desde sus primeros discursos de 1944 hasta los que pronuncia en 1974 lo que va modificando son las formas, no su pensamiento esencial. La forma resultaba del cambiante panorama externo, lo cual le obligaba a variar sus tácticas, acompasándolas a ese panorama; pero su pensamiento, centrado en una estrategia que perse-

guía lo que él llamaba «comunidad organizada», aparecía inamovible. «Comunidad organizada» que no es otra cosa que la estructura manifiesta de un Estado en el que sus partes se articulan autoritariamente.

Cuando Perón afirma que su doctrina apunta a que «el pueblo argentino perciba los problemas de la misma manera, se acostumbre a apreciarlos de un mismo modo y a resolverlos de una manera similar» (8); cuando mas adelante señala que «el pueblo no vale por su organización ni por el número de hombres que están organizados. Vale por los dirigentes que tiene a su frente, porque la acción jamás está impulsada ni por la masa ni por el pueblo, sino por los dirigentes que son los que conducen. La masa va adonde la conducen sus dirigentes» (9); y, finalmente, cuando sostiene que «no se prepara la nación unilateralmente para un trabajo o para otro; la nación se prepara para que tenga aglutinación, doctrina, una vida nacional y un sentido nacional» (10), lo que buscaba era la configuración de un Estado en el que las partes resulten encuadradas desde arriba —conducción centralizada, la llama— para servir a una ideología que, a su juicio, se debía ir realizando sobre la marcha. Por eso, en algún discurso asimiló la organización vertical del ejército con lo que debía ser la organización sindical.

Insisto en este aspecto: fueron las condiciones emergentes del panorama resultante del contexto internacional —la caída del fascismo en Europa— junto con la crisis económica interna, a partir de 1952, el agotamiento de la fase de industrialización sustitutiva, la relación de fuerzas con la oposición y el propio poder militar, celoso de su oponente sindical, lo que camufló, en parte, su estrategia; pero de una cosa podíamos estar seguros: su pensamiento no participó nunca de las ideas liberal-democráticas. Tampoco participaron de las mismas quienes, como dirigentes, se formaron a su vera o se incorporaron a las filas de su movimiento.

El modo en que se exteriorizó la lucha por el poder entre 1973 y 1976 entre la facción «montonera» y el resto del movimiento peronista —incluida su rama sindical— indica claramente el contenido autoritario que tiñe la conducta de sus miembros. Ese modo de dirimir los conflictos, la sangrienta experiencia sufrida por los argentinos en el período del llamado «Proceso» y la imagen de un peronismo incapaz de ofrecer al país una alternativa viable y, sobre todo, estable en relación con postulados creíbles del lado radical, fue lo que determinó el triunfo de Alfonsín en 1983.

V.

Nos encontramos a mediados de 1988. Argentina ha vivido inmersa en una crisis económica irresuelta que ha llevado en dos

ocasiones a una inflación mensual que alcanza un 20%. El radicalismo en el gobierno no ha podido conciliar los intereses contradictorios que han pujado, cada uno de ellos en forma sectorial, por obtener una cuota mayor de ingreso de una torta cada vez más exigua.

El contexto internacional en lo que se refiere al problema de la deuda no es más favorable. Los países acreedores, también penetrados por la crisis y haciendo frente, al mismo tiempo, a la reconversión de su aparato productivo para ensamblar éste con la revolución científico-tecnológica, no encuentran, todavía, la respuesta adecuada para superar el problema del desempleo —en gran medida friccional— y relanzar la economía. Las recetas keynesianas —respuesta eficaz en la crisis del 30 para un mercado deprimido y con deflación— no se adecúan al actual, recesivo, pero con inflación latente. Países acreedores y deudores deberán, juntos, buscar el modo de barajar nuevamente las cartas y dar de nuevo.

Entretanto Argentina, en estos cinco años de gobierno democrático, se ha permitido el juego de las instituciones e incluso pudo superar las crisis militares manifiestas de Semana Santa y Monte Caseros, y minicrisis que dejaron a la vera del camino a gran número de generales. El gobierno radical ha soportado el desgaste de estos cinco años. La derrota del 6 de septiembre de 1987, si bien constituyó un mazazo para muchos, no importó ningún tipo de fractura.

Por su parte el peronismo, que tras el fracaso electoral de 1983 y 1985 pareció iniciar un período de cambio, posible de integrarse al sistema democrático, conservando, ciertamente, connotaciones autoritarias, incluso en la llamada dirigencia renovadora, en 1987 pudo alzarse con la mayor parte de los gobiernos provinciales. Sin embargo, ese triunfo fue más aparente que real, aunque psicológicamente ponderable. En los cinco años que median entre 1983 y 1987 el crecimiento del peronismo sólo fue de 1,5% (de 40 a 41,5%). El bajón real lo soportó el radicalismo (de 44 a 38%) en favor, principalmente, de la derecha tradicional, por ahora integrada al sistema.

Pero sobre ese cuadro, el 9 de julio de 1988 ha impuesto un nuevo hecho. La derrota del elenco renovador en el peronismo retrotrae la situación, en lo esencial, a las condiciones de 1983. El triunfo de Menem como candidato a la Presidencia por el peronismo resulta de un doble fenómeno que en su conjunto comporta un retorno a modos emocionales y también, por qué no, irracionales de conducta, encauzables a través de una articulación autoritaria.

En efecto, en la coalición que determinó en definitiva la derrota del llamado «cafierismo» —polo de atracción de quienes postula-

ban determinados cambios para integrar al peronismo dentro del sistema— aparece, por un lado, una repulsa generalizada contra el aparato político, estructura de poder que los renovadores manejaban desde 1986. Se reivindica al movimiento nacional contraponiéndolo al partido, con lo cual se desdibujan las fronteras que marcan los límites posibles de garantía para la existencia del pluralismo y la alternativa de los partidos como reaseguro de la democracia. Por otro, la dirigencia sindical tradicional, consustanciada con la concepción movimientista omnicomprendensiva y totalizadora, se constituye en el aparato articulador del mecanismo.

Y aquí vale la pena, para evitar confusiones, aclarar la significación de movimiento cuando a él se refieren los peronistas, y el sentido con que fue utilizado por los radicales durante estos años, especialmente a través de los dirigentes de la llamada Junta Coordinadora (Storani, Becerra, Laferriere, Cáceres o Nosiglia).

En tanto los peronistas apelan al movimiento como forma concreta de realización de una supuesta doctrina —proyecto nacional— válida para toda la población argentina y que funcione como ideología característica de ésta (recordemos lo dicho por Perón al respecto, citado *supra*), los radicales referenciaron al movimiento —tercer movimiento histórico denominaron al alfonsinismo— como un fenómeno histórico, por tal ubicado en un tiempo y espacio dado, que podía resultar, como lo fue el yrigoyenismo o el peronismo en su momento, la cobertura articuladora de una coalición de fuerzas sociales y políticas confluyentes a un objetivo concreto, pero sin afectar la independencia de otras coaliciones.

En otros términos, para el peronismo la concepción del movimiento supone un aparato totalizador; para la Coordinadora radical, el reconocimiento de un hecho histórico que permitió abrigar la esperanza de un nuevo diagrama de fuerzas, bajo la condición implícita de la competencia con otras de signo distinto, enmarcadas todas en un mismo sistema: el democrático pluralista.

El politólogo Juan Linz(11) ha definido los regímenes autoritarios como aquéllos que presentan «un limitado pluralismo político, sin ideología elaborada como guía, pero con un pensamiento distintivo, sin movilización política extensiva o intensiva —excepto en algunas ocasiones de su desarrollo— y en el cual un líder u ocasionalmente un pequeño grupo ejerce el poder en el cual sus límites se encuentran mal definidos pero que son predecibles». Esta definición, como dicho autor reconoce, constituye la resultante de determinadas constantes fácticas, en contraposición con los regímenes democráticos con los cuales si se distingue claramente y con los totalitarios donde esa distinción se torna más difusa.

En función de la conceptualización que formula Linz y lo que

se ha desprendido de la actuación del peronismo en sus acciones de gobierno, más la conducta de su dirigencia y su apelación continuada y permanente al movimiento ya no como modo de comportamiento político, sino como forma articular de concretar esa conducta (aparato), bien podemos enfocarlo como posibilidad potencial autoritaria.

Por eso el mismo menemismo, en su reciente campaña interna, consideró válido el ataque contra sus oponentes en base a endilgarles —como se dijo antes— el mote de «socialdemócratas». Más allá de que, por lo dicho, tampoco los renovadores se encuentran exentos de participar de una mentalidad autoritaria (12) —en la medida en que reconocen la existencia del movimiento como encarnadura de una doctrina nacional que deberá servir como discurso ideológico común para todo el país— lo cierto es que esa invectiva lanzada por el menemismo comporta una definición de actitudes que debe conjugarse con otras dos de igual envergadura, aunque señaladas por la positiva. Estas son, el rechazo del «sistema» y la proclamación de que no desean integrarse a él, sin perjuicio de aceptar, por ahora, sus reglas de juego y la reivindicación de una posición occidental-cristiana que, tanto en nuestra sufrida América Latina como en los países europeos de cultura originariamente de preeminencia católica, conlleva en su esencia un encuadramiento autoritario y preconiliar de raíz socialcristiana.

VI.

Desenvuelto el cuadro de situación en lo que se refiere al contenido y significación política del radicalismo y el peronismo, bueno resulta referirnos, ahora, a la ideología socialdemócrata como discurso unificador de una parte de la sociedad global.

Di Tella, como señalamos más arriba, apunta a caracterizar a la socialdemocracia como el resultado del accionar de la clase obrera y de un sector intelectual capaz de formular un modelo de sociedad que apunte a una redistribución de la riqueza en base a patrones de justicia social pero conservando y fortaleciendo las reglas de juego democrático.

Reconoce que ese sector intelectual —*intelligentsia*— se ha incorporado al alfonsinismo, por lo menos esa fue la realidad en 1983, pero subraya la incapacidad de aquél para hacer lo mismo con el sindicalismo. Su conclusión en pro del peronismo se sustenta en que faltándole al alfonsinismo apoyo sindical, no le parece «que el esquema alfonsinista sea el modelo adecuado para una fuerza socialdemócrata en Argentina» (13).

Hemos afirmado antes que la socialdemocracia en lo que con-

cierno a sus objetivos, el reacomodamiento de sus componentes y la reelaboración de su discurso se encuentra ante una crisis de identidad que responde a los cambios operados en la sociedad civil y asimismo en la estructura del Estado. Más aún, quienes dentro de la militancia socialdemócrata participan del enfoque neo-marxista para el análisis de la sociedad, también enfrentan una crisis de identidad, no solamente derivada de lo ocurrido en los países llamados socialistas, sino en razón de las insuficiencias que presenta la estructura argumental —por lo menos del marxismo vulgar— para comprender la sociedad postindustrial. En ambos casos, nos encontramos ante una revisión de gran parte de los contenidos conceptuales que, durante más de un siglo, guardaron vigencia en los partidos socialistas.

Si partimos del supuesto de que la ideología constituye una «representación del mundo» que formulan los hombres de su sociedad, con el objeto de que «su cooperación productiva y su coexistencia social presupone que ellos se hagan del mundo —y especialmente de la propiedad y del poder— una idea compatible con esa cooperación y esa coexistencia» (14), la comprobación de transformaciones en la estructura material crea las condiciones para el cambio de esa cosmovisión y la necesidad de reformular nuevas hipótesis capaces de engendrar un nuevo discurso unificador en quienes plantean otro tipo de sociedad. Y ésta es la problemática que encara, hoy, la socialdemocracia.

¿Por qué ha sobrevenido esa crisis de identidad? La respuesta concreta excede el marco del presente trabajo, sin embargo conviene señalar alguno de sus aspectos principales.

El mundo postindustrial enfrenta sustanciales modificaciones en la estructura social como resultado de las ocurridas en gran parte del material industrial y en las formas como se interrelaciona productivamente ese material. La automatización y la robotización, por un lado, la revolución informática, por otro, la paulatina pero constante desconcentración de los establecimientos fabriles y la transnacionalización empresaria que merced a las innovaciones en materia de comunicaciones determina, a la par que nuevos modos de gestión, una clase trabajadora diferente, menos especializada, más dotada intelectualmente e integrada social y técnicamente para adaptarse a la velocidad que ha impreso el cambio tecnológico.

Esa situación, destacada por Serge Mallet veinte años ha y visualizada por André Gorz en un nostálgico «adiós al proletariado», debe traducirse en la práctica en nuevas formas de combate. Esas nuevas formas de combate son las que bullen por concretarse hoy día a lo largo y ancho de la socialdemocracia. No se trata solamente del ejercicio de una práctica política puntual —recuperar contingentes progresistas que militan en movimientos sociales de

distinta naturaleza— sino de plantearse una ideología que como discurso articule una concepción del mundo comprensiva de esa nueva realidad.

Como expresara Vargas-Machuca, lo que está tratándose de construir es un edificio cuya textura no esté compuesta, como en la era industrial, por «una cultura política de resistencia y para la resistencia que se definía, generalmente, como negación» (15), por otro que opere como contestación a las nuevas formas alienantes que se desprenden del sistema de relaciones postindustrial.

Lo que Touraine expresa como redefinición del papel del Estado, de los partidos políticos para la difusión del poder a través de la participación y de los movimientos sociales como salvaguarda humana contra la conducta tecnocrática (16), lo que George Ross y Jane Jenson sostienen que «más allá de lo que hemos sugerido, aproximaciones focalizadas en el control democrático sobre las decisiones sociales básicas, comenzando con aquéllas que concierne al trabajo y la economía, parece ser el camino más prometededor» (17) demuestran como, desde distintos ángulos, la ideología socialista busca esos nuevos modos de expresar la sociedad civil actual.

No es que la clase trabajadora sindicalmente organizada no constituya un factor componente de las fuerzas sociales que concurren a la formación de un partido socialdemócrata; sino que éste, como portavoz de una coalición de sectores afines de la sociedad civil, puede modelarse en función de lo que esa misma sociedad civil revela en su «praxis» cotidiana, como campo de presencia de intereses conflictuados y con contenidos concretos en permanente modificación.

Es decir, sin llegar a los extremos planteados por Marcuse, con su negación apriorística de un supuesto papel revolucionario reservado a la clase obrera, el análisis sociopolítico que se viene efectuando en base a un mayor conocimiento de la estructura de clases y las formas como éstas, y sus diferentes fracciones, se movilizan dentro de la sociedad civil, replantea el contenido de la ideología socialdemócrata del siglo XXI.

No se trata, entonces, para ésta, sólo de comprobar la existencia, en la coalición de fuerzas que la alimenta, de un apoyo sindical. Sí, en cambio, de verificar que el interjuego de alianzas de esos sectores o fracciones de clase apunte a delimitar el campo de la lucha con los grupos dominantes de forma que los primeros resulten favorecidos; para lo cual el ejercicio democrático y la difusión de ese ejercicio imponga una redistribución del poder, ofreciendo —como dice Vargas-Machuca— «un proyecto de liberación, no tanto a la nación, a un grupo o a una clase, sino a los individuos

concretos» (18), sobre la base de entender que «la democracia... implica una teoría del poder encaminada a una definición de las formas de distribución y del control colectivo para asegurar un máximo de seguridad, eficiencia y libertad» (19).

En suma, en nuestros días, la búsqueda de esa nueva identidad hace que los patrones definidos por Di Tella para enmarcar la concepción operativa de la socialdemocracia se encuentren, por lo menos, cuestionados en lo que atañe a sus componentes decisivos. De ahí que hayamos dicho que ésta soporta un permanente desacomodamiento de su perspectiva, una suerte de blanco móvil que torna difícil aunque no imposible la tarea de identificarse con esa concepción.

VII.

A pesar de lo que se acaba de plantear, persiste una duda en cuanto a la pertinencia de lo que hemos venido desarrollando, toda vez que Di Tella analizó la concepción clásica de la socialdemocracia válida para la sociedad industrial, y quien escribe lo ha hecho sobre la base de los desafíos que se dan a nivel postindustrial en las sociedades desarrolladas del Primer Mundo.

Evidentemente, una primera aproximación a la realidad en discusión —nuestra realidad argentina— donde la formación económica preeminente capitalista en su interior ha sufrido transformaciones de tipo involutivo, con el proceso de desindustrialización soportado en los últimos diez años y la preeminencia de lo que se ha dado en llamar «economía de renta» (20), comporta una diferenciación sustancial con las formaciones económicas postindustriales.

En estas últimas, la pérdida de peso relativo de la vieja clase obrera industrial —el fenómeno político del comunismo francés y del laborismo inglés dan cuenta de ello— ha dado paso a una estructura laboral de nuevo cuño con rápido crecimiento de un sector cuaternario —el dedicado a la implementación informática o integrado a las tecnologías de punta— y el de servicios, necesitados ambos de un discurso diferente.

En cambio la estructura que da contenido al diagrama de fuerzas que compone la formación social argentina, como reflejo de la involución de su formación económica, se revela a través de una pérdida en el peso político de la vieja clase obrera y el incremento de un trabajador no vinculado al sistema de relaciones emergente de una conexión de subordinación fabril, sin que este crecimiento se correlacione, aquí y ahora, con la aparición de industrias que

utilizan tecnologías punta, salvo las que conciernen a la automatización y computarización del sector servicios.

Esa diferenciación gruesa entre uno y otro tipo de estructura podría alentar la conclusión de la tesis de Di Tella, en tanto la misma se formula en función de una realidad argentina industrial y no postindustrial y en cuanto, aun con la pérdida de peso del aparato industrial, éste continúa jugando un papel preeminente dentro de la formación económica, con lo que el paralelismo entre aparato sindical y socialdemocracia aparecería como válido.

Sin embargo, dejando de lado lo que antes analizamos con relación a la raíz autoritaria del peronismo, más característico justamente en su componente sindical, la misma condición actual de nuestra formación económica y de su formación social constituye un punto de partida promisorio para su inserción en el mundo postindustrial.

En efecto, los procesos de desarrollo, entendiéndolo por tal una estrategia de cambio global que importa no solamente crecimiento cuantitativo sino transformaciones cualitativas de sus formaciones económicas y sociales, se han producido no por etapas preestablecidas. Por el contrario, los países que respondieron a la incitación lo hicieron saltando estadios y aprovechando las ventajas de su desarrollo tardío.

Es cierto también que, en muchos casos, ese desarrollo tardío implicó distorsiones políticas sostenidas en un voluntarismo autoritario. Además, está bien tener en cuenta el fenómeno actual de la transnacionalización y de la dependencia internacional que, si no hace inviable el proyecto, por lo menos lo dificulta. Todos resultan factores ponderables.

Sin embargo, aun así, la ausencia de articulaciones rígidas o definitivamente encuadradas en la estructura de clases constituye una cabecera de puente que facilita el despegue y el despliegue de constelaciones de fuerzas acordes con el objetivo de sociedad que se quiere alcanzar.

Esas situaciones se vivieron en Estados Unidos y Alemania en el siglo pasado, en Japón a comienzos de este siglo y más acentuadamente después de la segunda guerra mundial, en Francia con el *boom* de la década del cincuenta y sesenta, y en España con el desafío que supone su reciente ingreso en la Comunidad Económica Europea.

Por ello somos optimistas. Argentina posee los elementos potencialmente necesarios para modernizar su estructura productiva y hacerla competitiva. Nada tiene que perder en este campo.

Asimismo posee los elementos humanos potencialmente capaces de asumir esa tarea. No existen barreras inhibitorias de pérdida de situaciones dadas que frenen la reinserción de su población activa en una estructura productiva modernizada. Por último, ha delineado la estrategia mensurable que comporta la conquista posible de un poder de decisión autónomo, a través de una futura integración con Brasil y Uruguay, que deparará en principio la existencia de un mercado de 65 millones de habitantes con relativo poder adquisitivo (la región del triángulo San Pablo-Minas Geraes-Río junto a Uruguay y Argentina).

Este esquema básico se corresponde con la estrategia que persigue el radicalismo cuando desde el discurso de Parque Norte, pronunciado a finales de 1985 por Raúl Alfonsín, se establecieron los parámetros de aquella en función de la modernización, la participación y la ética de la solidaridad. Y ésta no dista de los postulados que la socialdemocracia europea abriga como estrategia a proponer para sus propias sociedades.

Por ello se presiente al radicalismo —cuyos apoyos adhieren a las reglas de juego democráticas— como la herramienta idónea para el cambio, en la medida que ese cambio busca un objetivo de futuro, una puerta de salida y una aventura heroica. De ahí que el encuentro ideológico entre aquél y la socialdemocracia importe la puesta en marcha de una sociedad dispuesta a compartir los avatares de un hábitat más justo y más bello en el siglo venidero.

(1) T. Di Tella.- «Hacia una estrategia de la socialdemocracia en la Argentina». *Leviatán* 31. Primavera de 1988.

(2) T. Di Tella.- *El sistema político argentino y la clase obrera*. Eudeba. Bs. As. 1964.

(3) T. Di Tella.- *Hacia una estrategia...* ob. cit. p. 67.

(4) T. Di Tella.- *idem*. p. 69.

(5) T. Di Tella.- *idem*. p. 63.

(6) J.C. Rubinstein.- *Desarrollo y discontinuidad política en Argentina*. Siglo XXI-México.

(7) T. Di Tella.- «Hacia una estrategia...» ob. cit. p. 62.

(8) J.D. Perón.- *Conducción política* p. 71. Ed. Freeland. Bs. As. 1971.

(9) J.D. Perón.- *idem*. p. 104.

(10) J.D. Perón.- *idem*. p. 165.

(11) J. Linz.- «Totalitarian and Authoritarian Regimes. Macropolitical Theory». *Handbook of Political Sciency*. Vol. 3.

Juan Carlos
Rubinstein

(12) Seguimos en esto a J. Linz cuando distingue «mentalidad autoritaria» de «ideología autoritaria» en tanto ésta se corresponde con un «sistema de pensamiento, más o menos intelectualmente elaborado y organizado» mientras mentalidad supone un «modo de pensar y sentir, más emocional que racional, que provee formas no codificadas de reacción». J. Linz.- «Totalitarian». ob. cit. p. 266 y ss.

(13) T. Di Tella.- «Hacia una estrategia...». p.68.

(14) R. Fossaert.-*La société. Les structures ideologiques*. p. 9. T. 6. Seuil-París, 1983.

(15) R. Vargas-Machuca.- «El 31 Congreso del PSOE». *Leviatán 31*. Primavera 1988.

(16) A. Touraine.- *L'Aprés Socialisme*. p. 251. Grasset-París, 1980.

(17) G. Ross y L. Jenson.- «Post-war Class Struggle and the crisis of Left Politics». *Socialist Register*. 1985/86. p. 48. R. Milliband and others. London, 1986.

(18) R. Vargas-Machuca.- «El 31 Congreso...». p. 17.

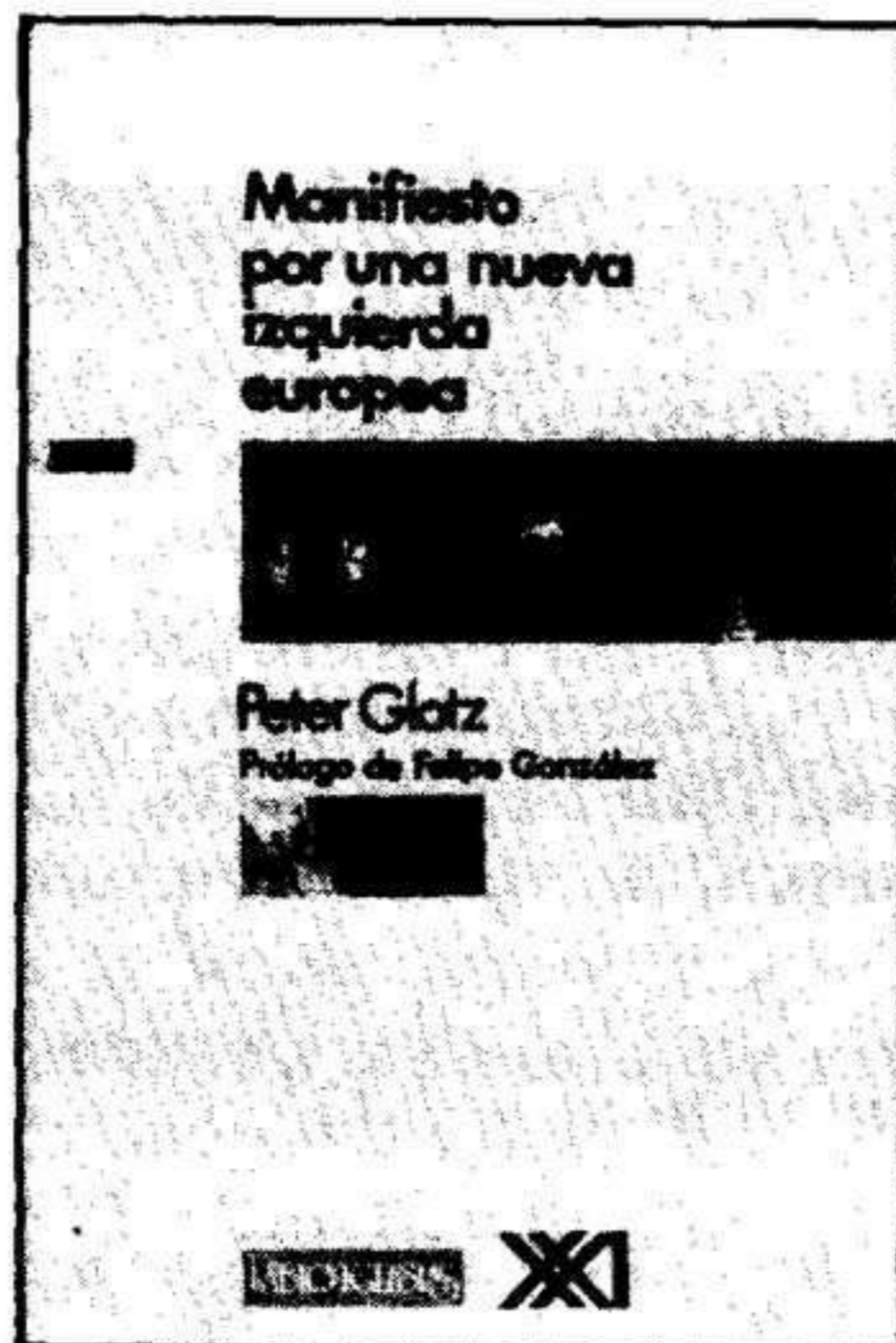
(19) K. Mannheim.- *Libertad, poder y planificación democrática*. Fondo Cultura Económica. México, 1959.

(20) M. Ikonoff.- «El papel del Estado en la Teoría y Estrategia del Desarrollo» p. 119 en Juan C. Rubinstein y ot. *El Estado Periférico Latinoamericano*. Eudeba. Bs. As., 1988.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS

XI
Siglo veintiuno
de España
Editores, sa



MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA
Peter Glotz

Prólogo de Felipe González

91 págs.

540 ptas. (IVA)

«Este *Manifiesto* es un folleto publicístico que entronca bien con la vieja tradición de la agitación (de ideas) de la izquierda. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras largos años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años setenta, precisamente cuando se nos hacía creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda en todo el mundo. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como éste las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real. Y reconquistar la calle.»

FELIPE GONZALEZ

Pedidos:

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



LIBROS

CENIZAS DEL 68

Miguel PORTA PERALES

EDUARDO HARO TECGLLEN

El 68: las revoluciones imaginarias

El País-Aguilar

Madrid, 1988

Era poco menos que inevitable que en 1988, por aquello del veinte aniversario, se nos volviera a marear con el mayo del 68. Artículos de prensa, reportajes de radio y televisión, entrevistas a los (generalmente supuestos) protagonistas de aquellos hechos y algún que otro libro sobre el tema han menudeado por éste y otros países. Y, claro está, entre tanto papel escrito y tanto material radiovisual hay que proceder a la selección. ¿Con qué «quedarse»? De entre el alud que se nos ha venido encima yo destacaría un libro, resumen y compendio de lo que aquel ya lejano 68 dio de sí: *El 68: las revoluciones imaginarias*, del sobradamente conocido Eduardo Haro Tecglen.

¿Por qué el libro de Haro Tecglen? Fundamentalmente porque es un texto que tiene la virtud de aunar la exposición con la crítica. Una exposición que no se detiene en la mera descripción de unos hechos, sino que va más allá y se preocupa por la causa (causas) de estos hechos; y una crítica que también va más allá y se aventura en la un tanto espinosa cuestión de comparar el 68 (de hecho, los

60) con el 88 (de hecho, los 80). Vayamos por partes.

Para Haro Tecglen, y en síntesis, lo que los años 60 cuestionaron no fue sino el «orden de posguerra». Un orden que empezaba a agrietarse, un orden que ya no servía para los nuevos tiempos que en los 60 se presentían. Pese a que todo parecía ir bien y funcionar correctamente había cierto «malestar», cierto «rumor de fondo», que fue tomando carta de ciudadanía y advertía que el mundo debía cambiar. Los intelectuales y los jóvenes serán los grandes protagonistas de este deseo de cambio. Un deseo de cambio que para nuestro autor tiene (tuvo) mucho de fuga: fuga social, fuga física y fuga psicológica. Fuga social, por cuanto se quiere huir de la «sociedad mal hecha» de la posguerra, de la «caída de valores», de la «autoridad» (de la paterna, de la de los maestros, de la de los modelos dominantes, etc.). Fuga física, en el sentido literal de la expresión, porque muchos jóvenes de aquella época toman el hatillo (camiseta, cazadora, tejanos, guitarra, armónica) y se lanzan al mundo (o a la carre-

tera) en busca de una nueva manera de vivir. Y, en fin, fuga psicológica porque —como dice Haro Tecglen— a través de la droga y de la llamada cultura psicodélica la juventud (y más de un intelectual) quieren alcanzar otras percepciones, otras vivencias, otras relaciones, otro mundo.

¿Cómo se intenta objetivar esta fuga? ¿Quién huye y hacia dónde se huye? A lo largo y ancho de su libro Haro Tecglen describe lo que podríamos denominar los distintos puntos o espacios de fuga que tuvieron lugar en aquella década calificada de prodigiosa. Para empezar, Berlín, en donde los estudiantes dieron el primer aviso contra una sociedad y una manera de hacer política que se rechazaba. En Berlín, en efecto, se produjeron los primeros discursos, las primeras manifestaciones, las primeras agitaciones de algo nuevo que quería superar (es decir, eliminar) lo existente. Y la derecha y la izquierda (la izquierda tradicional, en el preciso sentido de la expresión) reaccionaron como era de esperar: preocupándose por salvar el orden establecido. Y la misma reacción tuvo lugar en París —segundo punto de fuga de la década— cuando los estudiantes tomaron literalmente el Barrio Latino para iniciar, en palabras de Haro Tecglen, una «revuelta general contra la or-

ganización de la sociedad planteada por su propios protagonistas». Pese al apoyo de las clases medias, de ciertos sectores obreros y de los profesionales la revuelta de París no prendió en la izquierda tradicional que se movió entre el derechismo y el oportunismo. Como el presidente-general De Gaulle, pero sin tanques.

El 68, empero, no fue sólo una cosa de jóvenes. Y para demostrarlo estuvo Praga en donde, por citar a nuestro autor, «la utopía entró en el socialismo». Pero, como también afirma Haro Tecglen, «existían los tanques rusos». Cosa que se tradujo en una injustificable e incalificable invasión de Checoslovaquia por parte de las fuerzas del Pacto de Varsovia que acudían a Praga para «defender el socialismo» (?). Y el llamado nuevo curso checoslovaco, con sus ansias de democracia y socialismo en libertad, pasó a mejor (es decir, a peor) vida. Ahora bien, y como acertadamente afirma Haro Tecglen, no sólo quebró el modelo checo, sino que el propio comunismo hizo aguas por todas partes. Después de las «brillantes» actuaciones comunistas en Berlín, París y Praga, ¿quién podía creer en la utopía comunista? Prácticamente nadie, sólo aquellos inasequibles al desaliento con serios problemas de miopía histórica.

Pero la utopía comunista no cayó sola, sino también cayó —y de qué manera— el llamado «sueño americano». El *american dream* y la utopía comunista —las dos grandes ideologías que se disputaban el mundo— pasaron, afirma Haro Tecglen, «a la vileza, o al desgaste, o a la nada», y hoy, concluye nuestro autor, «no sirven para la vida».

Después del fracaso del 68, después de la quiebra de las ideologías dominantes, ¿qué? ¿Qué caracteriza hoy nuestro tiempo veinte años después? Haro Tecglen se muestra francamente pesimista. En el epílogo —que lleva el título nada inocente de *El regreso del orden*— Haro Tecglen habla de la nueva moral internacional (con una cierta vuelta a la ley del más fuerte), del destrozamiento de la izquierda, de la mala conciencia reinante, del estancamiento de la democracia, del retorno de la idea de ley y orden, del regreso de la caridad, de la limitación de los principios de renovación social, etc. ¿Cómo superar el *impasse*? ¿Cómo dar un paso adelante? Para Haro Tecglen la clave reside en la «renovación profunda de la democracia», una renovación que ha de lograr una democracia «más participativa, más representativa del abanico de ideas y necesidades». Pero, concluye Haro Tecglen, esa «reforma no se va a hacer desde arri-

ba; y hay pocas esperanzas de que se llegue a hacer desde abajo».

El 68: las revoluciones imaginarias es una crónica de lo que pudo ser y no fue, y cuesta bastante no estar de acuerdo con la exposición y valoración de Haro Tecglen. Si acaso se podría disentir del exceso de esperanza que el autor deposita (o depositaba) en los movimientos del 68. Al fin y al cabo el 68 sólo fue una revuelta, y con las revueltas ocurre lo mismo que con la espuma: desciende con parecida rapidez a la que asciende. Y también se podría disentir (yo creo que habría que disentir) del exceso de pesimismo que Haro Tecglen muestra al valorar el llamado «regreso al orden» hoy dominante. ¿Que no existen expectativas de cambio semejantes a las de antaño? Es cierto, no lo va-

mos a negar, pero ello no equivale a condenar el presente, ello no ha de dar pie a creer que hoy vivimos en un mundo que no tiene arreglo. Y el propio Haro Tecglen, *mutatis mutandis*, reconoce que muchos de los deseos y de los proyectos de hace ahora 20 años (divorcio, aborto, supresión de ciertos códigos sociales, necesidad de renovar el socialismo real, distensión, etc.) se han transformado en realidad. Lo que ocurre es que a nuestro autor le cuesta reconocer que —por emplear sus propias palabras— más allá del «largo fastidio», «de lo que fue algo queda».

Y probablemente quedan más cosas de lo que imaginamos si atendemos al balance que en determinado momento del libro hace Haro Tecglen refiriéndose a los movimientos del

68: «todos dejan una sensación, al caer, de desaliento y de final del último gran movimiento histórico humanista, pero todos van arrastrando profundos cambios sociales que van llegando hasta nuestros días, que penetran el corcho espeso y sordo de las instituciones y están ahora mismo modificando los comportamientos internacionales». Es cierto que vivimos unos tiempos nada heroicos, pero a fin de cuentas el 68 nos ha dejado unas cenizas nada despreciables. ¿Que todo pudo haber sido mejor? Sí, pero también pudo haber sido peor. ¿Para qué y por qué llorar los tiempos pasados? Y como no se trata de llorar, sino sólo de recordar, el libro de Haro Tecglen es una excelente crónica de aquella década de la que hoy celebramos su 20 aniversario. Feliz cumpleaños. Pero sin lágrimas. ■

EL DESTINO DE LA LIBERTAD

Juan Antonio MATESANZ

SALVADOR GINER

El destino de la libertad

Espasa Calpe

Madrid, 1987

Al concluir la última frase y cerrar *El destino de la libertad* no podemos evitar un movimiento parecido al de tomar aliento, restregarnos los ojos o rascarnos la cabeza, a falta de gestos más seguros, de apoyaturas más firmes a nuestra perplejidad, en alguna medida invertebrada. Porque la primera impresión o, mejor, la sensación inmediata que nos

deja la lectura del libro de Giner es la de un desasosiego vertiginoso. El título mismo nos llena de interrogantes. El veloz recorrido del autor por la peripecia humana culmina en el sentido —¿querido, buscado, impuesto?— y el destino de la libertad. ¿Los afanes humanos van encaminados a encontrar la libertad y, supuesto esto, esa libertad posee sentido por sí misma? ¿Hay

un entrelazamiento necesario entre el destino del hombre y el de la libertad? Y, de ser así, ¿el sentido —presunto— de la libertad daría sentido a la naturaleza del hombre y a su propio destino? En cuyo caso, ¿tiene sentido el hombre si carece de él la libertad? Y, además, ¿sentido y destino son una misma cosa? Tal vez la vida sea una «pasión inútil».

Tememos que sean pocas las apenas doscientas páginas de *El destino de la libertad* para amarrar el hilo conductor que, sin duda, sigue Giner en su empeño ambicioso por encontrar una vía de salida, un escape a la angustia subyacente que produce un mundo que parece írsenos de las manos. Así, el recurso al destino de la libertad —y su sentido— parece ejercer la función instrumental de cayado con el que poder caminar; bastón de ciego que, merced a sus golpes sobre el suelo, nos permite traspasar el umbral de la niebla.

Giner nos habla de todo y, casi, nos remite a todo. Pero con tanta rapidez y simultaneidad que no acertamos a llegar a nada en concreto. Ello no quiere decir que sus juicios sean desahucados o sus datos inconsistentes. Pero su sucesión y la contraposición, en parte compulsiva, de causas y efec-

tos, de medios y objetivos, de designios y resultados, parecen llevarnos a un callejón sin salida; a la conclusión pesimista de que por encima de lo que queramos, pensemos y consigamos, los efectos y las consecuencias de todo ello serán lo contrario de lo buscado y esperado. De ahí que, en *El destino de la libertad*, la mayor parte de su exposición se nos aparezca como una antología, bastante completa, de nuestras propias contradicciones y de la fragilidad de nuestras estructuras. Por lo visto, hemos vivido demasiado deprisa y hemos consumido nuestra capacidad de distancia y de control. Hemos hecho nuestro universo más vulnerable e inconmesurable. Existe un acusado desajuste entre la capacidad humana de transformación material y sus posibilidades de adaptación a esas mismas transformaciones.

Ahora bien, esto que se señala a lo largo de las páginas del libro contagia también —se nos antoja— al autor, haciéndole perder la distancia y el sentido de la marcha. El vehículo en que se embarca, y nos embarca, describe demasiadas curvas en una recta y su conductor no mira al fondo del horizonte, sino al morro de la máquina en movimiento. Hubiera hecho falta, tal vez,

mayor sosiego y, acaso, también cierta economía de datos, a fin de abarcar con más precisión el ámbito del asunto. Por eso, la última parte, la referida a las expectativas de la libertad en este mundo desconcertante que hemos creado, parece traída un poco a la fuerza, como si se quisiera quitar el mal sabor de boca de la perplejidad y la falta de salidas a una situación que nosotros hemos fabricado. Ciertamente, el autor —quizás percatándose de esto— nos remite, para completar un cuadro problemático, a otras obras suyas más específicas y monográficas. Pero esta remisión nos sabe también a consuelo de última hora.

¿Debemos compartir el pesimismo subyacente en *El destino de la libertad*? En el momento presente, y ante los datos de la «realidad», probablemente sí. Frente a esta inclinación al pesimismo, el propio Giner nos sugiere buscar de nuevo en nosotros mismos. Está claro que a él le cuesta trabajo admitir, al igual que a nosotros, la ausencia de salida y recurre a lo más inaprensible e imprevisible, pero simultáneamente lo más consistente: el hombre mismo. Allí, en la naturaleza humana, en la condición contradictoria y creadora del hombre, hay que buscar el sentido y el destino de la libertad... y el nuestro propio ■

LA IZQUIERDA, DE AYER A HOY

Miguel PORTA PERALES

NORBERTO BOBBIO

Las ideologías y el poder en crisis

Editorial Ariel

Barcelona, 1988

WOLFGANG HARICH

Crítica de la impaciencia revolucionaria

Editorial Crítica

Barcelona, 1988

En los últimos veinte años el mundo —o la realidad, si se prefiere— ha cambiado mucho. La crisis económica, la irrupción de las nuevas tecnologías, el «aburguesamiento» de la clase obrera, la desaparición/aparición de viejos/nuevos problemas, etc., son algunos factores que han hecho que el mundo de la década de los 80 sea completamente distinto al mundo de la década de los 60. Y la izquierda —y no podía ser de otra manera— también ha sufrido su particular metamorfosis. Viejas ideas como «lucha de clases», «dictadura del proletariado», «expropiación de la burguesía» y otras de similar tono y calibre han sido abandonadas por una izquierda posibilista y reformista que, en líneas generales, ha bajado del cielo utópico a la cruda realidad en un proceso en el que —todo hay que decirlo— se ha perdido alguna que otra seña de identidad.

Ahora bien, y como se decía antaño, siempre existen «inasequibles al desaliento» que no acaban de comprender/aceptar que hoy vivimos más cerca del año 2000 que de, por ejemplo, el año de gracia revolucionaria de 1917. *Crítica de la impaciencia revolucionaria* (Wolfgang Harich) y *Las ideologías y el poder en crisis* (Norberto Bobbio) son dos libros que nos vienen como anillo al dedo para ejem-

plificar la cerrazón de cierta izquierda «inasequible al desaliento» (Harich), y para ejemplificar aquello que puede caracterizar a una izquierda de hoy (Bobbio). Vayamos por partes.

En los años setenta, y en los ambientes de cierta izquierda radical, Wolfgang Harich gozó de una cierta popularidad. Harich —en su libro *¿Comunismo sin crecimiento?*, editado por Materiales en el año 1978 y prologado por Manuel Sacristán— reflexionó críticamente sobre la crisis ecológica y sobre las consecuencias de ésta en la definición de un proyecto de emancipación. Para el autor alemán la crisis ecológica planteaba la urgencia del comunismo: sólo el comunismo —que según Harich era ya posible— podía garantizar la conservación de la biosfera que un capitalismo voraz estaba destruyendo día a día. El comunismo, pues, estaba a la orden del día; pero se trataba de un comunismo homeostático que —lejos de lo que habían dicho los clásicos del marxismo— no se basaría en la sobreabundancia, sino en una distribución radicalmente igualitaria de la escasez que se veía venir por mor de un capitalismo depredador que estaba hipotecando cualquier posibilidad de crecimiento.

Si *¿Comunismo sin creci-*

miento? sorprendió al personal, lo mismo ocurre ahora con *Crítica de la impaciencia revolucionaria* que, con prólogo de Toni Domènech, acaba de editar Crítica. El libro de Harich se propone criticar el viejo y el nuevo anarquismo. Y la crítica es ciertamente contundente: la impaciencia anarquista, la propaganda a través de los hechos, el asunto del Estado, el subjetivismo, el voluntarismo anarquista, etc., son criticados con dureza y sagacidad. Lo que ocurre es que Harich, una vez desmontado el viejo/nuevo anarquismo, no nos propone sino una alternativa en estado ruinoso. Harich, en pocas palabras, nos canta las excelencias teóricas y políticas del viejo marxismo-leninismo. Para el alemán, y en la más pura tradición del marxismo-leninismo de la escolástica soviética, se trataría de «abolir la propiedad privada capitalista», de llegar a la «propiedad socialista común», de «aniquilar la vieja base económica», de construir un «Estado proletario», etc. ¿Comprenden ahora por qué el libro de Harich puede causar sorpresa?

El libro de Bobbio —*Las ideologías y el poder en crisis*, editado por Ariel— es un trabajo muy distinto al de Harich. Para empezar, el italiano niega aquellos absolutos que tanto gustan al alemán; así —afirma Bobbio— términos o ex-

presiones como «reino de la libertad», «extinción del Estado», etc., no son sino «fatuidades» e «idola». E incluso la frase/consigna «cambiar el mundo» —argumenta nuestro autor— no significa absolutamente nada hasta que no se haya dicho con la máxima claridad cuáles son los objetivos de este cambio y con qué medios se considera que puede lograrse. Pero Bobbio va más allá y afirma que la gente de izquierda tiene el «deber de ser pesimista»; un pesimismo, empero, que no es una invitación a la resignación: se trata, más bien, de un pesimismo crítico y racional que sea consciente de las posibilidades (y de los límites) de cualquier proyecto de transformación de la sociedad. Porque en el fondo, y pese al pesimismo y a la consciencia de los límites, se trata de transformar la realidad. Lo que ocurre, viene a decirnos Bobbio, es que la transformación de la realidad ha de reunir y satisfacer una serie de requisitos imprescindibles; de lo contrario, advierte el profesor italiano, corremos el riesgo de caer en las manos de los «fanáticos» y de los «fatuos» y, lo que es peor, corremos el riesgo de «generar monstruos», es decir, corremos el riesgo de abrir una vía de acceso que no conduce sino al totalitarismo.

¿Cuáles son los requisitos que hay que satisfacer?

¿Cuál es el método —la manera de hacer— que propone Bobbio? Y, sobre todo, ¿cuál es el objetivo? El modo de hacer no es otro que el pluralismo («ausencia de poder monolítico», «distribución de poder») y la democracia («negación del poder autocrático», «negación del poder monocrático», posibilidad de ejercer «consenso» y «disenso»). Y este requisito/modo de hacer excluye la «unanimidad» (es decir, incluye el respeto a las minorías) y la «violencia» (Bobbio llega a decir que el verdadero «salto cualitativo de la historia humana es el paso no del reino de la necesidad al de la libertad, sino del reino de la violencia al de la no violencia»). ¿El objetivo? El objetivo, para un socialista democrático como Bobbio, no puede ser otro que el lograr «más igualdad». Una igualdad que, conviene repetir, se ha de fundamentar en la «cuenta de votos», es decir, en la democracia.

Crítica de la impaciencia revolucionaria y el conjunto de artículos que forman *Las ideologías y el poder en crisis* marcan, a mi modo de ver, la distancia que hay entre una izquierda de ayer y una izquierda de hoy. Ciertamente el libro de Harich fue escrito hace veinte años, y quizá entonces sí podía tener algún sentido. Pero hoy la «alternativa» de Harich —a pesar de los loables esfuerzos del prolo-

guista del libro— es ya una auténtica pieza de museo. Y pese a ser una pieza de museo —y eso es lo grave del caso— el prologuista del libro «vende» la alternativa de Harich como algo todavía válido. ¿Alguien puede creer, a estas alturas del siglo y con lo que ha llovido, en el «revolucionaris-

mo» de Harich? La alternativa de Bobbio, ciertamente modesta, puede incomodar o decepcionar a cierta gente de izquierda que todavía tiene fe (porque de fe se trata) en unos esquemas y en un modo de hacer que el correr del tiempo y de la historia han revelado «inapropiados». En cualquier

caso, y respetando toda opinión ajena, el trabajo de Bobbio —con toda su modestia, indefinición y «tibieza»— tiene una gran virtud: la de demostrarnos que un proyecto de transformación de la realidad sólo es posible y deseable si se fundamenta en el pluralismo, la tolerancia y la democracia. ■

UN PASEO ESTIVAL POR EL CEMENTERIO

Juan Antonio MATESANZ

Gianni VATTIMO
Pierre Aldo ROVATTI

El pensamiento débil
Cátedra, 1988

«**Y**a no hay nada parecido a una sana razón humana... No nos hallamos en la perspectiva metafísica clásica, para la que existe una racionalidad exactamente definida..., ni en la época de la metafísica emancipativa, en la que se intentaba eliminar la represión para liberar una razón auténtica y más comprensiva que la definida por la lógica del dominio. La hermenéutica es la filosofía de un mundo pluralista, que ha conocido la crisis del eurocentrismo y del evolucionismo», decía Gianni Vattimo a *La Vanguardia* hace justamente un año.

Y cinco meses después, con ocasión de una conferencia pronunciada en Madrid, afirmaba: «Nuestra sociedad, ya sea por su creciente desorden o por una maduración cultural que se expresa también en la hermenéutica... puede tolerar hoy mucha más desviación que la que podría tolerar

en los primeros siglos de la modernidad». «Esto puede provocar incomodidades. Es incómodo no saber con certeza qué es racional y qué no lo es...».

Ese talante testamentario —no tanto nostálgico— se corrobora a lo largo de las páginas de *El pensamiento débil*: «En una sociedad en la que no hay valores definitivamente garantizados, ni reglas inmutables... el saber y la comunicación normales entran a formar parte de un juego especial, cuyas difícilísimas reglas todos podemos aprender rápidamente o, mejor, ya suponemos conocidas desde siempre... Su fuerza retórica (del juego) surge de que las normas son igual para todos —y, en consecuencia, universales—, pero, al mismo tiempo, no comprometen a nadie en concreto. Los actuales no son ya los tiempos de principios superiores, de fines últimos, de verdades definitivas. Enfrentarse a semejante «pensa-

miento fuerte» parecería hoy un anacronismo...».

Traspuesta esta «raqueta» de acceso al cementerio, nos adentramos en él y leemos, en nuestro caminar, los nombres de las diversas lápidas: «La fuerza del pensamiento ya no tiene nada que ver con su presunta relación con los fundamentos últimos... Debemos buscarla en la normalidad cotidiana... El panorama ha perdido altura. Y es precisamente este achatamiento la forma que reviste el 'pensamiento fuerte', en ese automatismo, en el gesto normal que lleva consigo una poderosa abstracción, en este obvio simplificar las cosas, radica la fortaleza del pensamiento».

La realidad depende de la estructura y ésta constituye la *referencia*. El ser *no es*, sino que *acontece*. Es

temporal. Lo que hace posible cualquier experiencia del mundo es la *caducidad*. Así, pues, el pensamiento de la verdad no es un pensamiento que «fundamenta», tal como lo piensa la metafísica... sino que, al poner de manifiesto la caducidad y la mortalidad como constitutivos intrínsecos del ser, lleva a cabo una *desfundamentación* o hundimiento. «Si el ser no es, sino que se transmite, el pensamiento del ser no puede ser otra cosa que un volver a pensar lo que ya ha sido pensado y dicho... Es arqueología». Por lo tanto, lo verdadero no posee una naturaleza metafísica o lógica, sino *retórica*.

En estas condiciones, ¿qué significa el pensamiento débil? Parece que lo que está en juego son «modos o categorías del conocimiento, un concreto tipo de saber».

El *pensamiento débil* postula una modificación tanto del objeto del conocimiento como del sujeto que conoce». «... A ello nos empuja el intento (nihilista) de quebrar el poder,... la 'fuerza' de la unidad... Seguimos creyendo que la realidad goza de un fondo homogéneo; que le pertenece un ser... que *existe*... Igualmente, confiamos en una identidad transcendental del sujeto».

Sin embargo, no es posible aprehender esa *totalidad*, porque «al ser no se accede por medio de la presencia, sino del recuerdo».

Levantada el acta de defunción, sólo nos resta seguir los surcos y buscar los meandros, las zonas no explotadas ni suficientemente exploradas y atenemos a lo que hay. No hay más referentes que lo que hay. ■

LUZ Y SOMBRA DE LAS CARCELES

Jacinto Luis GUEREÑA

Julián Besteiro
Cartas desde la prisión
Alianza,
Madrid, 1988

La idea de mostrar al público la correspondencia de un escritor, o de un político, o de un artista, ha tenido a veces detractores. Pero, cabe confesarlo, la mayoría de los lectores agradecen su publicación. ¿Cómo no iba a tener interés lo escrito por Besteiro? En algunos, motivo de elogio. En otros, sarcasmo y hasta indignación. Pero, en todos, sin mira-

mientos de remilgada sensibilidad, la figura bestiariana recoge deferencia, el lector se inclina con respeto y deseos de establecer vasos comunicantes en los momentos de la memoria, tanto individual como histórica. Así lo comprendió, con mucho acierto, Carmen de Zulueta, tan ligada a las familias Besteiro y Cebrián, y es quien acendradamente ha editado esas

Cartas desde la prisión con introducción y las oportunas notas aclaratorias cada vez que el caso se presenta. No es ejercicio de caligrafía y, menos aún, de estilística. El aporte de Besteiro a la memoria histórica española de su tiempo, que es la del país, junto a la de muchos de sus habitantes, se presenta como proyección brotada de las situaciones reales, de las experiencias vividas y asumidas, y por eso las cuenta y no las canta, su papel es contar exclusivamente. Pero sin desdeñar la ineludible responsabilidad (por razones de educación y de enseñanza, o de intelectualidad que exige su incorporación a las lides socio-políticas del país y del pueblo, etc.) de alguien que poseía formación y pasión ante las problemáticas más urgentes de España y de los españoles. Eso se reunía en la personalidad besteiriana y es hasta emocionante recordarlo. Carmen de Zulueta también lo ha sentido así y en los repliegues más hondos de su propia existencia. Por todo ello, la convergencia es resultante de preocupación por España, colocándonos asimismo junto a Sánchez Albornoz y a Américo Castro en sus referencias confrontadas acerca de la esencialidad. En Besteiro, siempre supuso anhelo de modernidad y de regeneración, un entrañable ánimo de sosegar ideas y de encarrillarlas hacia la tolerancia y la convivencia,

incluso hacia la convivencia por decirlo con la densa palabra escogida por Illich.

La cárcel, lugar que puede resultar adecuado para la reflexión. En itinerario más o menos espaciado en los años, emergen 1917-1918, como consecuencia del fracaso de la huelga y con los cincuenta años llenos de optimismo, y luego 1939-1940, tras la derrota del Ejército republicano y con un organismo usado y minado por quebrantos de salud y de sufrimientos éticos. La cárcel, se subraya por sí misma, como paisaje de soledad y aconsejando dejar impresiones escritas. ¿No había un destinatario directo y lógico en su mujer, en Dolores Cebrián? A ella van dirigidas las cartas, aglutinándose esperanzas y desesperación, amor de ilusiones y tragedia de desilusiones. El que sean, en determinados asuntos, repetitivas estas cartas, no mengúan en nada su profundo interés. Además, ¿podría incluso negarse el sentimiento amoroso y afectivo que le unía a su mujer y a los suyos, en apretujado racimo de identificación?

No hay, nunca, un edén de ensueños al cabo del camino. ¿Cuándo se alcanza el fin de las tensiones utópicas y justas al servicio del hombre? ¿Existe un encaminamiento que llega de veras a una muralla o abis-

mo sin posibilidad de sobrepasar los peligros y seguir avanzando? Los focos iluminadores proceden de la conciencia cotejando teorías y praxis. Pero, como en la cosecha anual, se puede atinar y se puede errar. Por eso hay que proseguir sin desmayo el camino, y hay que contar las peripecias. Es la misión de las «memorias» o recuerdos de quienes ocupan espacios de responsabilidad socioética por cultura y por dirección de movimientos (escuela, partidos, sindicatos, y muy naturalmente, estamentos de gobierno). Estancia en diversas cárceles, y en 1917, como miembro del Comité de Huelga, la encarcelación fue en el penal de Cartagena. Luego, en 1939, como miembro del Comité de Defensa de Madrid y que no logró nada de lo esbozado en afán de entendimiento con las fuerzas franquistas, Besteiro fue a parar al colegio-prisión de Porlier, del Cisne después, ambas en Madrid, y tras Dueñas (Palencia), Carmona (Sevilla), que es donde murió. La verdad es que hubo ensañamiento ante un preso que nunca fue «violento» y que esa suavidad en modos de pensar y de actuar motivó frialdad y alejamiento respecto a sus propios camaradas. El libro, se comprueba en cada página, rezuma la biografía de un tiempo candente y por fuerza representativamente histórico de España.

Otra justificación de estas *Cartas* es que los lectores se dan cuenta de que convenía reparar un olvido, trayendo al primer plano de la escena una figura muy conocida en todo el ámbito del país. Ya no resulta, por la edad, coetáneo, pero sí simboliza la contemporaneidad. Y la cárcel, en su denominador común, reavivaba la simpatía o la antipatía en los empleados del lugar. Lo que en 1917-1918 se admitía con una cierta delicadeza y hasta comprensión, se transformó, en 1939-1940, en voluntad de aniquilamiento. Recuérdese: «dejarle morir en prisión fue un acto torpe y desconsiderado» (palabras de R. Serrano Súñer).

En Besteiro, que recibió educación en la gineriana Institución Libre de Enseñanza, siempre se ha visto una animosidad hacia el belicismo, un socialismo meramente de salón y de estudio, y para algunos un estancamiento del esquema marxista. Se ha escrito: «el contrapunto teórico dentro del PSOE de Largo Caballero, era el socialismo reformista de Julián Besteiro. Su posición, representativa de los grupos intelectuales que se vinculan al PSOE ante la frustración del republicanismo burgués, viene extrañadamente asociada al sector más conservador de la burocracia sindical en la UGT» (Cf. M. Bizcarrondo, al estudiar

la revista *Leviatán*, 1934-1936, y la problemática del pensar besteiriano, libros ambos salidos de las prensas de Siglo XXI). Exacto parece su desdén hacia la radicalización que experimentó la teoría socialista en España, y ya en los tiempos de la II República más aún, y más, en 1936-39. Ante el hervor y confianza del socialismo largocaballerista, tan aceleradamente revolucionario, fue surgiendo su falta de activismo, una frialdad que incluso silenciaba sus propios comentarios y es sabida su marginalización en los años de la contienda española. Pueden leerse sin desperdicio algunas cartas y entresacar frases, ecos directos de su creencia razonada y tozuda de una civilización ante todo elitista-humanista y que le supuso muestras de veneración y también despectaban enemistades desde las propias filas del partido y sindicalistas. Esas frases de *Cartas desde la cárcel* refrendan la oposición suya y exponen enjuiciamientos duros de personas y, es que todo, lo teórico y lo experimental, las trabazones de compañerismo, conocían fases de mutación al tener que amalgamar todo en la autobiografía que vive codo a codo la misma historia y contradicciones. Leamos, por ejemplo: «El partido también pasa por una crisis de crecimiento. La masa es buena, excelente, los 'leaders' que han que-

dado en libertad se están mostrando cómo son en su mayoría: cobardes, cucos, incapaces y algunos tan asquerosos como el mismo Gobierno. Todo eso produce contrariedades inevitables... pero lo barreremos...» (26-10-1917). Habla de P. Iglesias y critica ciertas actitudes, y no todo brilla en las conveniencias políticas: «Lo sensible es que el partido va a revelar a todo el mundo las mezquindades de algunos de sus hombres» (27-10-1917). No siempre pone nombres propios, y otras veces sí. Una observación suya casi se une a la ferocidad goyesca de las pinturas negras, al escribir:

«Hay una ética malvada de la gente vieja que agrupa a los hombres por afinidades», y corrige o se adentra más en una elucidación concreta: «Romanones, él solito se está colocando, como es justo, entre lo que tiene que desaparecer» (31-10-1917). Preso, madura sus palabras: «Imperdonables son las faltas del partido y de los elementos directores de la organización obrera, con Iglesias a la cabeza. Indigna ver cómo sale el periódico... Si lees *El Socialista* te llevarán muchos disgustos» (17 y 18-11-1917). No es necesario un recuento. Cito algo como autoenfoque: «un hombre contemplativo e indolente, al cual, yo no sé qué especie de destino interno o exte-

rior, le precipita siempre a la aventura» (26-4-1939).

Todo, naturalmente, se entrelaza en las venas de vida y ansiedad, tuvo que ir aprendiendo a dominarse con mucha humildad, sobre todo en los dos últimos años de su existencia, encarcelado junto a maravillosos compañeros defensores de la República y también junto a algunos sacerdotes vascos que se habían puesto, activamente, junto al pueblo vasco que ensalzaba a su Estatuto, concedido en plena guerra por el Gobierno republicano. Gracias a dos o tres de estos curas se tienen detalles complementarios de la cárcel de Carmona y se añaden en esta edición. Y aunque todas las cartas estén dirigidas a su mujer, siempre resalta la entereza de ambos esposos, y con el deseo de no malherir aún más, de no malherirse inútilmente. La mirada hacia uno mismo y hacia los otros y hacia las cosas (comer, y la higiene, son objetivos esenciales de todos los instantes) no se despega del entusiasmo estudioso y humanista que

le envolvió siempre en sus escritos y en sus acciones y que diestramente puso en evidencia al ocupar la Presidencia de las Cortes Constituyentes de la II República. La cárcel sólo supuso ser antesala de la muerte. ¿No se le incluyó sin escapatoria posible en las Responsabilidades Políticas y sin tener siquiera en cuenta aquel sacrificio absoluto de su libertad y de su vida, su adhesión a la ingenua Junta casadista, dándole espaldarazo con su autoridad, y en el llamamiento al pueblo de Madrid con ese motivo y mientras se desmoronaba la energía militar del Gobierno de Negrín? Nada se tuvo en cuenta, y la torpeza y la desconsideración de las autoridades vencedoras del conflicto son tan necias y nocivas como las que decidieron que García Lorca debía morir.

Se incorpora al libro un relato de la pluma de su esposa, cuya lectura resulta emocionante, impresionante. Cotejando ambos textos, y tras la triste rebelión casadista, todo le fue negativo a Besteiro, aquel mes de

marzo de 1939 que lo pasó en los sótanos cercanos a la Puerta del Sol. Se hicieron, se adivina, muchas gestiones, no cuajaron. Se había decidido que Besteiro tenía que morir en la cárcel, como el poeta de Orihuela y tantos otros, por el delito de haber defendido a un Régimen legal y a su Gobierno acreditado ante el mundo de la democracia y que no recibió de ellas la ayuda prometida por tratados internacionales. Besteiro, profesor, dirigente del PSOE y de la UGT, hombre cabal pese a sus dudas y a su timidez cuando entraba en juego la voz violenta de la oscuridad y de las armas. Estas *Cartas desde la prisión* son tajantemente inexcusables si se quiere seguir la trayectoria de fuerzas socialistas y de hombres como el propio Besteiro y pensándose asimismo en Negrín y en Largo Caballero y en Llopis y en Fernando de los Ríos y en Araquistáin y en Alvarez del Vayo. Estos escritos sirven para darle latidos y precisión, a la memoria que se sembró en las heridas históricas de España ■



NUMERO 27 (Primavera 1987)

José M.ª Benegas: *El socialismo vasco: balance y perspectivas.* **E. Martín Toval:** *La crisis de la derecha.* **R. García Cotarelo:** *Las desdichas de las derechas españolas.* **Enrique Barón:** *Los retos de Europa.* **J. Verde i Aldea:** *La Europa de los ciudadanos.* **Michel Mathieu:** *Francia: la difícil cohabitación.* **Enrique Balmaseda:** *La televisión pública.* **Massimo L. Salvadori:** *El ocaso del proyecto comunista.* **Jacques Julliard:** *La izquierda y el poder.* **Felip Lorda:** *Actualidad de Spinoza.* Entrevista con **Karl O. Apel.**

NUMERO 28 (Verano 1987)

Felipe González: *Por una nueva izquierda europea.* **José Ramón Montero:** *Diez años de elecciones en España.* **Fernando Morán:** *Las elecciones al Parlamento Europeo.* **Robin Munro:** *China: ¿contradicciones constructivas?* **J. García Yruela:** *Los canales autonómicos de televisión.* **Ludolfo Paramio:** *La izquierda ante el fin de siglo.* **Fernando Claudín:** *Los intelectuales y la historia.* **Ferenc Feher:** *El paradigma de la redención.* **Vicent Garcés:** *La crisis de la izquierda.* **Reyes Mate:** *El destino político del catolicismo liberal.* **Miguel Porta:** *Los movimientos sociales.*

NUMERO 29/30 (Otoño/Invierno 1987)

Felipe González: *La Europa que queremos.* **José Félix Tezanos:** *El sindicalismo ante la sociedad industrial avanzada.* **José M.ª Zufiaur:** *El sindicalismo en el siglo XXI.* **Alvaro Espina:** *El mercado de trabajo en los años 90.* **Inés Alberdi, Isabel Alberdi:** *La participación política de las mujeres.* **Ludolfo Paramio:** *Tras el diluvio: un ensayo de posmarxismo.* **Reyes Mate:** *Democracia, moral y poder en el debate socialista.* **Peter Glotz:** *Gramsci y la izquierda europea.* **Adam Schaff:** *La crisis de la civilización industrial.* **Claus Offe:** *Razón y política: el poder de las instituciones.*

NUMERO 31 (Primavera 1988)

Ramón Vargas-Machuca: *De la mala conciencia a la conciencia posible: el 31 Congreso del PSOE.* **Julio Rodríguez:** *La ponencia económica del 31 Congreso del PSOE.* **Antoni Castells:** *El socialismo español, en la senda del federalismo.* **M. Dolores Renau:** *Socialismo y feminismo: una relación abierta.* **Pascual Maragall:** *El futuro de Cataluña y los caminos de la izquierda.* **Stuart Holland:** *Cooperación frente a empobrecimiento.* **Torcuato S. di Tella:** *Hacia una estrategia de la socialdemocracia en Argentina.* **Andrés de Blas:** *La izquierda española y el nacionalismo.* **José Ramón Recalde:** *Fidelidad nacional y fidelidad estatal.* **Luciano Pellicani:** *El espectro del nacionalismo.* Entrevista con **Hans-Jochen Vogel.**

NUMERO 32 (Verano 1988)

Salvador Clotas: *Un nuevo impulso cultural.* **Lázaro González:** *Igualdad y calidad en la reforma de la enseñanza.* **Gabriel Jackson:** *Las negociaciones bilaterales entre EE UU y España.* **Guillermo de la Dehesa:** *Los límites de la política económica española.* **José Borrell:** *Igualdad, libertad y Hacienda Pública.* **Ludolfo Paramio:** *La libertad, la igualdad y el derecho a la infelicidad.* **Cornelius Castoriadis:** *Los movimientos de los años sesenta.* **Antonio Santesmases:** *Veinte años después.* **Daniel Cohn-Bendit/Adam Michnik:** *El cielo en llamas.* **Henry Pease:** *La posibilidad democrática en América Latina.* **Marco Calamai:** *Perú: el rechazo de la modernidad.*

Suscripción anual: 1.400 ptas. Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: C/ Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid.

LETRA

INTERNACIONAL

NUMERO 9 (PRIMAVERA 1988)

Jürgen Habermas: Conciencia histórica e identidad postradical.

Camilo José Cela: Pensamiento, literatura y libertad.

Gyorgy Konrad: Cartas privadas sobre la censura.

Lars Gustafsson: Observaciones sobre literatura y política.

Irwing Howe: Novela y política.

Ivete Byro: La ironía: nueva mirada.

I. F. Stone: Hogueras en la Antigua Atenas.

José M.^a Pérez Gay: Joseph Roth: Los restos del desastre.

Daniel Cohn Bedit/Adam Michnik: El cielo en llamas.

Miguel Cereceda: Masculino/femenino: el enigma de la Reina Alférez.

Roy Medvedev: La vida cultural en la Unión Soviética.

Ricardo San Vicente: Brodski, un nobel a la poesía rusa.

Juan Benet: La estrategia militar en la Guerra Civil.

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30, 2.^o 28010 Madrid

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Nú. 454/57

Abril-Julio 1988

Homenaje a CÉSAR VALLEJO

Con ensayos de Margaret Abel Quintero, Pedro Aullón de Haro, Francisco Avila, Mario Boero, Kenneth Brown, André Coyné, Eduardo Chirinos, Félix Gabriel Flores, Anthony L. Geist, Gerardo Mario Goloboff, Rubén González, Francisco Gutiérrez Carbajo, Stephen Hart, Ricardo H. Herrera, Mercedes Juliá, Santiago Kovadloff, Fernando R. Lafuente, Luis López Alvarez, Armando López Castro, Francisco Martínez García, Carlos Meneses, Luis Monguió, Teobaldo A. Noriega, Estuardo Núñez, José Ortega, José M. Oviedo, Rocío Oviedo, William Rowe, Manuel Ruano, Amancio Sabugo Abril, Luis Sáinz de Medrano, Dasso Saldívar, Julio Vélez, Carlos Villanes, Paul G. Teodorescu, Francisco Umbral

y un homenaje poético a cargo de 65 autores
españoles e hispanoamericanos

Dos volúmenes: 1.000 páginas. Tres mil pesetas

INSTITUTO DE COOPERACION IBEROAMERICANA
AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS, 4. 28040 MADRID
Redacción y Administración, teléfono (91) 244 06 00 (ext. 267 y 396)

LOS DEBATES DE *Jávea*

ALFONSO GUERRA
S.GINER·R.G. COTARELO
R.DORADO·J.F. TEZANOS
J.A. YAÑEZ·J.M. BENEGAS
M. ESCUDERO·M. CASTELLS

NUEVOS HORIZONTES TEORICOS
PARA EL SOCIALISMO

JAVEA II

ALFONSO
GUERRA
A. DE BLAS·V. ZAPATERO
M. ESCUDERO·J.F. TEZANOS
R.G. COTARELO
E. MENENDEZ·F. LAPORTA

EL FUTURO
DEL SOCIALISMO

EDITORIAL SISTEMA

ALFONSO GUERRA
A. SCHAFF·R.G. COTARELO
J. GALTUNG·G. THERBORN
M. ESCUDERO·S. HOLLAND
J.M. BENEGAS·J.F. TEZANOS

EL NUEVO COMPROMISO EUROPEO

JAVEA III

EDITORIAL SISTEMA

EDITORIAL SISTEMA

Editorial Sistema, c/ Fuencarral, 127-1.º TEL. 448 73 19 - 28010 MADRID



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

TARIFA 4 NUMEROS:

España 1.400 ptas.

*Europa 2.100 ptas.

*América 3.100 ptas.
(\$20.00)

* Por correo aéreo.

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

FORMA DE PAGO:

Adjunto talón.

Giro postal n.º

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

Adjunto talón.

FORMA DE PAGO:

Giro postal n.º



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

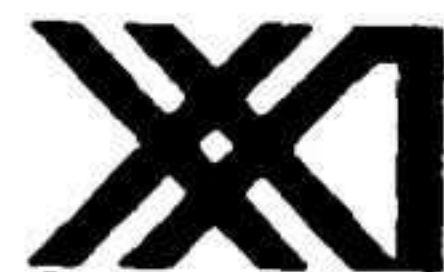
TARIFA 4 NUMEROS:

España	1.400 ptas.
*Europa	2.100 ptas.
*América	3.100 ptas. (\$20.00)

* Por correo aéreo.

EDITORIAL

LABIO IGLESIAS



Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

GERALD A.
COHEN

LA TEORIA DE
LA HISTORIA
DE KARL MARX
UNA DEFENSA

EDITORIAL
LABIO IGLESIAS



LA TEORIA DE LA HISTORIA DE KARL MARX
Gerald A. Cohen

405 págs.

2.000 ptas. (IVA)

La teoría de la historia de Karl Marx es un libro fundamental en la historia del pensamiento marxista y uno de los pocos textos absolutamente imprescindibles para el estudio de la obra de Marx. En primer lugar, supone una brusca ruptura con la tendencia dominante en lo que Perry Anderson llama el «marxismo occidental». Lejos de reinterpretar a Marx en términos próximos al idealismo, lejos de hacer hincapié en cuestiones de metodología o filosofía, Cohen trata de subrayar el aspecto esencialmente materialista de la obra de Marx, su creencia en el papel determinante del desarrollo de las fuerzas productivas y, subsiguientemente, del carácter de las relaciones de producción. Junto a esta vigorosa reafirmación del materialismo, su análisis se aleja de lo tradicional por desarrollarse en términos de extrema claridad, más próximos a la tradición de la filosofía analítica que a las habituales oscuridades de las posibles variantes de la dialéctica hegeliana. Y, por último, la justificación del razonamiento de Marx en términos de explicación funcional ha dado origen a una compleja y saludable polémica en las ciencias sociales y en el marxismo contemporáneo.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 96

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



Precio de este ejemplar: 400 Ptas.